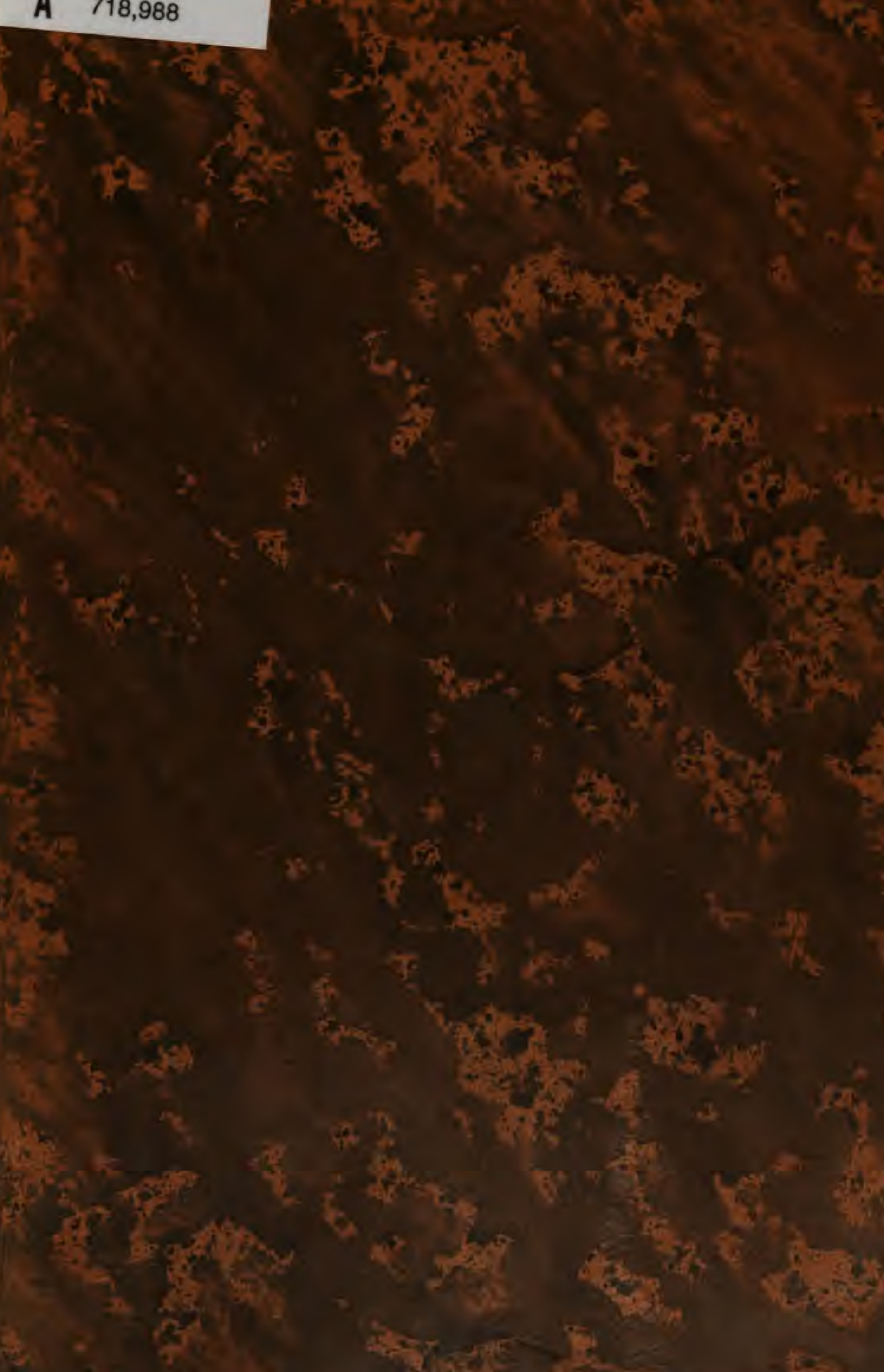
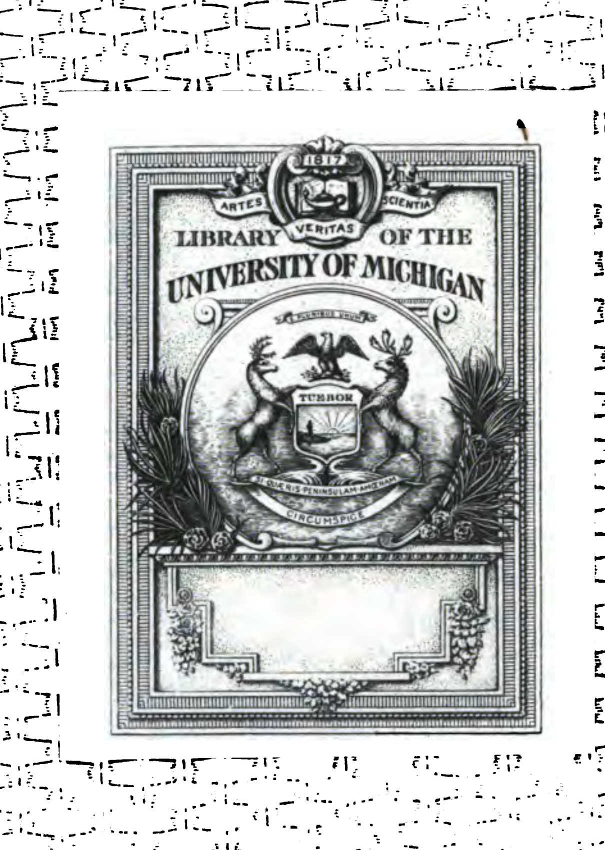

A 718,988



1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



Partonopeus de Blois

# HISTORIA

## DEL ESFORÇADO CAVALLERO

# PARTINOBLES

## CONDE DE BLES;

Y DESPUES FUE

## EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA.

AHORA NUEVAMENTE TRADUCIDA DE LA LENGUA CATALANA, EN LA NUESTRA CASTELLANA Y VA ADORNADA CON MUY GENTILES ESTAMPAS.



EN BARCELONA:
POR JOSÉ TORNER
CALLE DEL REGOMÍ Nº 22.
1842.



# LOS EDITORES.



UESTRO objeto al publicar la presente obra, no ha sido otro que ofrecer un destello de la literatura caballeresca tan abandonada ahora cuanto codiciada en otro tiempo, y que como monumento histórico-tradicional del arte filosóficamente considerado, como dato científico de los progresos de la lengua, y como fiel vestigio de las costumbres, usos y modo de existir de los antiguos pueblos, es tan acrehedora á la consideracion de todas las personas estudiosas. Desde que el espíritu de prosaismo del ingenio mas grande que han producido los modernos tiempos, destruyó en sus cimientos el ya bamboleante edificio de la ca-

balleria, la literatura á que esta dió nacimiento ha permanecido olvidada, como si de mas en mas debiera consolidarse el triunfo de Cervantes sobre el coloso de la edad media, sobre el venerable monumento de diez siglos, sobre una religion, si asi puede decirse, adoptada y profesada por casi toda la Europa y profundamente arraigada en los corazones, en los sentimientos y en las ideas por la sucesion de los tiempos. Desvanecióse ante el menguado manchego tanto heróico paladin, la flor y nata de la andante caballeria, y una humilde péñola acabó de un rasgo con el espíritu y la obra, las ideas y la literatura producto de las mismas. Ya no hubo Esplandianes ni Amadises, Artuses ni Florismartes; ya no hubo amparadores de doncellas y desvalidos, ni desfazedores de tuertos y desaguisados; ni aquel quebrar lanzas por la belleza de las damas; ni aquel crudo batallar con jayanes y endriágos; ni aquel florido razonar de tiernísimos amadores. No se vieron ya reyes caballeros ni caballeros reyes, que mano á mano y á la junta discurrian per el mundo buscando aventuras, y cuando menos, se topaban con un castillo ceñido de hondos fosos, donde un follon y mal nacido encantador guardaba dormida desde luengos siglos á una bellísima princesa, que andando el tiempo habia de ser desencantada por el tal caballero segun un muy sábio mago dejara escrito.

No se nos tilde de innovadores, ni se crea que una ridícula presuncion nos lleva al estremo de poner osada y profana mano al sello de oprobio que el gran autor de D. Quijote echó sobre los delirios caballerescos y la literatura que tratamos de encarecer: nunca será bastantemente elogiado su celo en extirpar un abuso que iba ya degenerando en mania y que á buen seguro hubiese podido dar funestos resultados. Pero aunque los rápidos progresos del saber humano y la regeneracion social que de Cervantes acá se ha operado, rechazen ya por imposibles tantos dislates, no podemos tampoco dejar de reconocer que las tales ideas pudieron ser provechosas cuando la barbarie de unos siglos mas incivilizados demandaba héroes que supiesen mantener la ley

en la punta de sus espadas, y campeones que hicieran respetar la propiedad contra las usurpaciones del mas fuerte. El espíritu de la caballeria mientras ella se mantuvo fiel á su orígen, fue no solo útil pero aun necesario, y á buen seguro no contarian tantos héroes los primeros siglos de las sociedades modernas, si la tradicion no tomara por su cuenta el ensalzar las prodigiosas hazañas de Carlomagno y los doce Pares, de Artús y la Tabla redonda, de Bernardo del Carpio y del Cid Campeador (*). La nobleza de su mismo orígen, el espíritu de hidalguia que por do quier rebosa, el idealismo fantástico y oriental de sus ficciones, y en una palabra, aquella mezcla de idolatria cortesana hácia las damas, de ferviente y místico obsequio á la religion, y el severo y constante principio de humanidad, de confraternidad y cortesia que hallamos asi en las viejas crónicas como en los viejos romances, llenan y llenarán siempre de embeleso este primer período de la literatura caballeresca.

Con los siglos medios vinieron despues las costumbres feudales. Un sistema tan nuevo, por fuerza habia de producir una revolucion en las ideas; por esto vemos cambiar enteramente el espíritu y las formas de la literatura que nos ocupa. En lugar de las pasadas creencias y de los antiguos há-

(*) Un ingenioso y sábio escritor de nuestros dias, divide en cuatro secciones los libros y poemas caballerescos, de este modo:

1° Los de origen céltico, en los cuales coloca las historias de Artús y la Tabla redonda.

2° Los de origen germánico, en que transpira ya un estilo mas grave y sesudo. Entre estos clasifica á Carlomagno y sus doce Pares.

3° Siguen los que produjeron las cruzadas y el espíritu de civilizacion de los griegos modernos. En los de esta clase se advierte mas refinamiento y mas sutileza en espresar las pasiones: á esta corresponden los Amadises.

4° En última seccion se presentan los romances italianos que tratan de las guerras de Carloman y los Sarracenos, cuya base principal es la crónica del obispo Turpin. Estos trillaron el camino para Ariosto, el Homero de Ferrara, quien en su *Orlando Furioso* levantó á la mayor altura la epopeya romancesca. (*Durán*, pról. al Romanc.)

bitos, vemos germinar otros hábitos y otras creencias mas acomodadas á las bases de la edad de hierro que se iba formando, y que luego alambicadas por la metafísica sutil de los modernos griegos y modificadas por las reminiscencias mitológicas del paganismo, por las tradiciones germánicas que trajeron á Europa los bárbaros del Norte, por las ficciones orientales, que particularmente en España, el roce con los árabes comunicaba á unos pueblos ya de sí propensos á lo maravilloso; dieron por resultado una idealidad poética que fue la cuna de todas esas fábulas semi-históricas, semi-imaginarias, las cuales apesar de sus estravagancias nos admiran aun por su espíritu, por sus formas y por su individualidad.

Todo esto sea dicho sin la mas remota intencion de erigirnos en apologistas de los libros caballerescos. Si esta literatura, cerniéndose en el apojeo de su gloria, hubiese sabido reducirse á los límites de su primitiva belleza sin invadir terrenos vedados, mejor fruto sacara de ella el arte y á buen seguro ocuparia ahora el eminente lugar que la destinaban los preciosos elementos que habian presidido á su creacion. Mas la licencia que se introduce siempre en todo lo bueno no perdonó al género caballeresco, y las mismas propiedades que bien esplotadas hubiesen constituido su mérito, ofrecieron desde luego vasto campo á prosélitos poco felices, los cuales sacando partido de la voga que ella empezaba á obtener entre el vulgo siempre inclinado á lo que halaga la imaginacion, las vertieron en provecho suyo, contaminándola de tal modo en su último período, que en vano se buscará una ligera chispa de ingenio en estas obras incóngruas, desatinadas, inverosímiles, llenas de errores crasos en cronologia, historia y geografia, que con sus hiperbólicas exageraciones y sus desvaríos llevados al mas alto punto de exaltacion á que puede arrebatarse la razon humana, les han merecido con justicia los anatemas de la sensatez y del buen gusto.

En medio de tan embrollado laberinto, difícil era hacer una eleccion acertada para presentar una muestra de lo

bueno que se contiene en tales libros, sin caer en los mismos inconvenientes que acabamos de censurar. Por casualidad llegó á nuestras manos el PARTINOBLES, y al examinarle desde luego le marcamos como el mas apropósito para nuestro objeto. Este libro, uno de los mas antiguos que cuenta en su género la literatura española, es como la mayor parte de los caballerescos, rudo, frio y desaliñado, pobre de erudicion y de elegancia, sin lujo de imaginacion y tosco en las formas, pero quizá mas que otro alguno, fantásticamente poético, con aquella poesia mística y voluptuosa peculiar solo del género literario á que pertenece. El candor y la ingenuidad que abundan en este libro forman su embeleso, y no se concibe como en una obra de tan corto volúmen y tan desnuda de artificio, nos interesamos desde luego á favor de sus héroes, de los dos ó tres personages que campean en primer término rodeados de misteriosa vaguedad, como aquellas figuras que vemos en las antiguas tapicerías. Pero como todo elogio en boca interesada suele con razon graduarse de parcial, nos abstendremos de encarecer el Partinobles, libro por lo demas bastante conocido en nuestra provincia, y que no podrá menos de ser recibido favorablemente si al juicio nuestro corresponde el fallo del público. Diremos, sí, que la *Historia del Conde Partinobles* puede ser útil asi al lector curioso ó indiferente que solo busque en sus páginas un rato de sabroso pasatiempo, como al investigador, poeta ó anticuario, quienes á vueltas del placer que encontraran en su lectura, se someteran gustosos á las trabas de un estilo incoordinado, y de una lengua forzosamente indócil y pobre de palabras para espresar debidamente los conceptos.

La primera impresion que se hizo del Partinobles, segun hallamos en una nota al excelente discurso del Sr. Moratin sobre los Orígenes del Teatro Español, fue en Alcalá de Henares, año 1515, con el título de «Libro del esforzado cavallero Pantinobles que fue emperador de Constantinopla.» Todas nuestras diligencias para hacernos con el original han sido igualmente infructuosas, de modo que para esta publi-

eacion hemos debido ceñirnos á la traduccion catalana que corre en dos distintas impresiones, una de Barcelona y otra de Tarragona, en donde paraque se vea el mérito de ese libro, estaba adoptado por texto en la antigua escuela general allí establecida. Tenemos noticia de otra edicion mas antigua tambien catalana, que no nos ha sido dable ver por lo mucho que escasean los ejemplares, sin duda porque este libro seria muy perseguido de la inquisicion como mas que medianamente sensual y desenvuelto, sobre todo en aquella edicion que conservoda toda su genuina candidez.

La traduccion pues que ahora damos á luz, va con todas las faltas anejas al que emprende escribir en otra lengua que la suya, mas la consideracion de que para ella nos hemos atenido estrictamente al estilo y construccion gramatical del libro catalan, que aunque escrito con excelente propiedad conserva aun cierto resabio al lenguaje primitivo, muy favorable para quien se ha echado acuestas la tarea de restituirle á él; un exámen atinado y profundo sobre el génio del idioma castellano entonces en su infancia (*), y mas que todo el pulso, esmero y escrupulosidad que hemos empleado en este trabajo, solo para llamar la atencion de los literatos hácia una literatura harto descuidada y por tantos títulos recomendable; nos hace esperar, quizá con sobrada confianza, en la indulgencia de un público siempre inclinado á favorecer todo cuanto directa ó indirectamente redunda en utilidad de la patria.

(*) En el tiempo que se compuso este libro era tal la decadencia del lenguaje nacional comparado con el Fuero Juzgo en castellano y las Partidas de D. Alfonso el Sábio, que parece imposible se levantára al punto que se levantó en los dos últimos tercios de aquel siglo y siguientes.



# HISTORIA

DEL ESFORÇADO

# CAVALLERO PARTINOBLES.

## CAPÍTULO PRIMERO.

EN nombre de nuestro Señor Dios Jesu-Cristo, y de la gloriosa Vírgen María madre suya y abogada nuestra, y del glorioso cavallero San Jorge. Comienza la gentil historia del muy noble y muy esforçado cavallero Partinobles conde de Bles, el cual tras varios

asares y malandanzas vino á ser Emperador de Constantinopla, agora nuevamente traduzida de la lengua catalana á la nuestra castellana en florido estilo.

Erase un Emperador en el su imperio de Constantinopla, que tenia nombre Julian, el qual por manera ninguna podia haber hijos ni hijas de su muy virtuosa y caríssima muger. Acaesció un dia que viniesse á la presencia del dicho Emperador, una mora hechizera que entendia en muchas maneras de encantamientos, y dijo al Emperador que como el la prometiesse de non la descubrir, que ella haziendo uso de su ciencia, haría de modo como el hubiesse hijo ó hija en su señora muger. Lo qual oido del Emperador, fincó alegríssimo de aquella nueva, y le prometió dende luego quanto á ella plogo de le pedir; dijo estonce la mora: Trasladarse ha á las florestas del rey Herman que lindan con el imperio, y habrá una hija en una donzella mora que yo he de le mostrar, y en volviendo habrá sin duda hijo ó hija de la señora Emperatriz su muger. Luego de sabido esto por el Emperador, envió farautes á la tierra del rey Herman le diziendo: Como el llevaba voluntad de yr á solazarse en sus florestas, y si él venia en ello, cá no faltaba quien le hubiesse dicho que eran agradables por manera, y que abundaban en venadería. En sabiendo que supo el rey Herman la voluntad del Emperador, fue alegre en gran manera, magüer anduviessen enemistados, imaginando por ahí que vendría en hazer pazes con él y que cesaría de le destruir bien ansí como tenia acostumbrado: por ende rescibió á los farautes con singular agasajo, haziendoles grande honra; y habiendo ayun-



tado su consejo, determinó de contestar al Emperador diziéndole, que era contentíssimo de aquello que le pedia, y que en buen hora venian. Con esto, y con oir el Emperador la respuesta que se le daba, quedó alegre en gran manera, y quanto antes dispuso la partida, é iban con él el rey Clausar y el rey Corsolo y algunos otros vassallos con él, y la mora hechizera iba ansimismo con él; y ansi llegaron á la gran cibdad de Damasco en la qual estaba el rey Herman, quien luego que entendió la venida del Emperador, aparejóse muy honradamente y con él algnnos de los mas

principales señores de su reino; y ansí con mucha honra salió rescibiendo al Emperador, y despus todos juntos se fueron por la cibdad, y el rey Herman dispuso que se diesse á todos aposentamiento y todo aquello que hubiesen menester, y al otro dia salieron á caza el emperador y el rey Herman, fincando en la cibdad la mora hechizera para yr en busca de la mas gentil donzella con que topase, á fin de la tener aparejada para cuando diesse la vuelta el Emperador, y estando en esto vido puesta á unas fenestras una donzella gentil, y desque la vido la mora, saludóla diziendo, que la ficiesse tanta gracia de yr con ella para le mostrar la cibdad, y la donzella fué contenta; y ansí se fueron las dos para los palacios del rey Herman, y allí estuvieron admirando las noblezas de aquellos, y hablaron de tales cosas y otras muchas hasta el declinar de la tarde.

Dejemos ahora á la mora que estaba eu los palacios con la donzella, y digamos del Emperador y del rey Hermán que volvieron de caza á la tardecita, y luego de aparejadas las tablas el Emperador y los otros cavalleros y demas nobleza asentáronse á cenar; y el Rey y sus vassallos fincaron sirviendo al Emperador.

Y en eso la mora se manejó de tal modo con la donzella, que ella fué contenta de elechigarse con el Emperador. Y cenado que hubo el dicho Emperador y dispuestas que fueron las cámaras para él y para todos los de su comitiva, desde luego se fué á dormir el Emperador, y la donzella con él, la qual amanesció preñada del Emperador; y por la mañana del otro dia, el rey Herman vino á le visitar su-

plicándole porfiadamente que le ficiesse gracia de quedarse allí algunos dias, y el Emperador le dijo, non le ser posible él quedarse por ciertas faziendas que tenia en su imperio, sinon que le agradescía infinitamente la cortesía que con tan buen talante dispensado le habia, y le rogaba con mucho encarecimiento que hubiesse por recomendada aquella mora y prometióselo el Rey, que en tanto que ella tuviesse por conveniente de permanescer en su reino sería tratada con toda la cortesía posible; y en esto el Emperador se despidió de la dicha donzella haziendola grandes mercedes y regresó á su imperio, y la mora hechizera se quedó con la donzella preñada, la qual transcurrido el acostumbrado término, dió á luz una niña á la que pusieron nombre Urraca, y despus que la mora hubo dado buen recaudo á la donzella y muy en secreto á fin que non cobrase infamia, partióse para el imperio se llevando la infanta hija del Emperador, y se la presentó y el fué muy alegre.

Dejémos ahora á la mora y á la infanta, y volvamos al Emperador el qual vuelto que hubo, empreñó á la Emperatriz, la qual parió una hija que hubo nombre Melior. Y esa hija tan bien nudrida y adiestrada en todos menesteres, que quando rayó en los diez años sabia ejecutar toda suerte de encantamientos, cá hacia descender una nube del cielo y metida en ella hazia todo quanto se la antojaba; y el Emperador viendose avanzado en años determinó de coronar á la hija, y ansí aplazó Cortes, y quiso que todos sus vasallos la besáran la mano como á señora y que la eligiessen esposo; y dióla tutores en

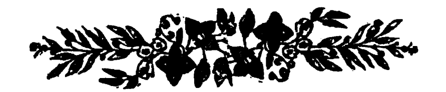
el rey Corsolo y en el rey Clausár. Y hecho esto el Emperador murió, y ellos permanescieron ansí un año, que non tenian Emperador, y la donzella Melior era tan sabida, que nadie podia traycionarla que non le fuesse descubierto y manifiesto.

Y en este entremedio, dos Reyes de su imperio no quisieron aquietarse á dicha señoría, cá non tenian emperador. Y quando ella estuvo en los pormenores de la intencion que solapaban dichos reyes, luego encontinente se partió de su castillo, y metida en una nube como tenia acostumbrado, fuesse á los reinos de dichos reyes, y llegada allí, descendió de la nube, y cavallera en un palafrén dirigióse á las cortes de dichos reyes, les diziendo que salieran á fuera con todo su poderío de gentes de armas, que ella les aguardaba en una montaña allí vezina. Lo que sabido de los reyes, dende luego se aprestaron y salieron para la referida montaña; y apenas ella les vió venir, que estaba sola, encontinente encantó todas las yerbas y arboleda de aquella montaña dicha, de manera, que á modo de gentes de armas se parescían; y llegados dichos Reyes y viendo tan grande poderío, quedaron desalentados, diziendo que con tanto poderío de gente armada como estaba en la montaña, todos infaliblemente serian destruidos; y ansí acordaron de la pedir perdon; y esto hecho prometieron le ser leales en toda sazon y coyuntura.

Y sabido del rey Corsolo y del rey Clausar que ella fincaba ausente del castillo, estuvieron dello muy espantados y en gran manera maravillados; emperó al cabo de un mes volvió ella á su castillo, y los

reyes vinieron á departir con ella preguntándola que de dó venia, y ella les refirió que volvía de los dos Reyes que se habian alzado contra ella, y contóles ademas como le habian demandado gracia prometiendola de ser leales al imperio. Y enterados que fueron de todo ello, dijéronla; que pues sabia dar tan buen recaudo en su imperio, que ellos deponian su encargo y que se rigiera discretamente por sí misma. Hecho esto, convocaron Cortes, y ayuntados los otros cinco reyes restantes con todos los duques, condes, y grandes señores de todo el imperio, y estando reunidos, se concertaron en que ella tomasse esposo; empero porque sobre este punto habia entre ellos grande desacuerdo, acordaron que el rey Clausar y el rey Corsolo se presentassen á la Emperatriz y la dijessen que viesse con quien queria casar que fuesse á su libre voluntad, que para ello le daban de termino dos años, y que si en todo el dicho tiempo non tenia determinado sugeto con quien llevasse animo y voluntad de se desposar, que le darian aquel que les paresciera ser de igual condicion que ella, si dable fuesse.





# CAPÍTULO II.

Como la Emperatriz envió mensageros por todas las partes del mundo, en busca del cavallero mas gentil, para desposarse con ella.

ENTONCES ella hizo escrebir letras, las quales espidió por todas las partidas del mundo, y envió cada letra con su mensagero, y que mirasse qual era el cavallero mas gentil y de mas gentiles traheres, aun quando non igualasen á los de ella, y ordenó que por un dia asignado viniessen todos al castillo de Cabezadoír. Y por la jornada asignada, vinieron todos allí segun les fuera ordenado. Y dende luego empezó á dezir el

mensagero que habia enderezado házia él imperio de Alemania, y consecutivamente todos los demás; y dijeron allí de muchas noblezas de muchos príncipes, duques, condes y cavalleros que por el mundo vieron y encontraron, y así encomiaron mucho cada uno de por sí; emperó los mensageros que fueron enviados al reino de Francia, no quisieron hablar hasta que hubiessen dicho todos los demás. Y entónces ellos dijeron así: Todo quanto esos señores han fablado, noble Señora, es muy poco, respeto de lo que nós trasladar hemos á vuestra grandeza, que hemos topado en el reino de Francia en un sobrino del Rey, que es cavallero, y no hay lengüa que baste á pregonar las noblezas que son en él, y son tales, que en lo que atañe á su linage es de origen godo, en cuanto á su edad no pasa de los quinze años, y tiene mucha disposicion, y grandes fuerzas de cuerpo. Y es muy liberal, y gallardo cavalgador, y tiene el rostro bello y garrido, cá en él non se alberga manera alguna de cuita, sino plazer y alegría. Y entonces la Emperatriz mandó que fuessen bien estrenados los sus mensageros, é interrogóles en que parte de Francia habitaba, y respondieron ellos: señora, él ciertamente non tiene señoría alguna, sino un castillo que nombran Blés. Y quando ella entendió el lugar donde moraba, desde luego en continente mandó fletar una nave, la mas capaz y la gentil mas de todas quantas se hallasen en su imperio, prestamente la hizo ataviar lo mejor que pudo, despues de lo qual montó á la nave con los marineros y con todo lo concerniente á la nave, y en esta guisa anduvo hasta arribar á la vista de las sierras de

Ardeña y allí dejó encantada la nave, y habiendo hecho descender prestamente una nuve, metióse por ella y se dirigió házia el nombrado castillo de Bles, y erase esto en la víspera de Santa Cruz; y llegando encima del castillo dicho, y habiendo hecho elevar la nuve, vió al Conde asentado á escaques jugar con el su tyo el rey de Francia, y contemplóle entonces



á todo su sabor, y viendo la gran gentileza y apostura que mostraba, bien entendió que era tanto mas gentil y bien dispuesto de aquello que dicho le habian, y de allí para en adelante fincó mas enamorada de él que mas non era posible. Y ansí, con sus

encantamientos que hazía, fizo que al Rey viniesse encontinente un vehementíssimo deseo de salir á caza de un javalí; y assí, terminado que hubieron el juego que traían entre manos, fabló el Rey las siguientes razones.





# CAPÍTULO III.

Como el Rey y el Conde su sobrino salieron á caza, y el Conde se perdió en el monte metido en la persecucion de un javalí que le salió delante.

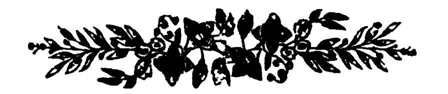
ESTANDO el Rey con tal deseo de salir á caza, dijo á su sobrino el dicho Conde, al qual tenia como á hijo. Diguedesme fijo, quereis que vamos á caza de un javalí? El qual respondió: Señor, soy muy contento. Y en esto el Rey hizo venir á los sus monteros, con los alános y lebréles, y el Conde se pertrechó de lo que habia menester, y fué, vestirse una gallaruza de

cuero, aforrada toda de ardillas, y esto era á fin que en la montaña no se malograssen los demás vestidos; y colgó de su cuello una corneta de oro, y tomó un esquero en el qual tenía eslabon y yesca, con sus pajuelas, todo lo qual usaba llevar quando á cazar salía. Y assí cavalgaron él y el Rey y muchos gentiles hombres, con los cazadores á la par, y salieron á las sierras de Ardeña donde dieron muerte á un hermoso javalí, el qual muerto que fué, mandó el Rey que todos á la yunta hiziessen colacion; y despues que hubieron refrescado, mandó que cavalgassen y se volviessen. Y quando esto oyó la Emperatriz, que estaba en la nuve, que ellos non la vían, fué muy airada, cá estaba tan prendada del Conde que non podia hartarse de le mirar. Y assí hizo ella por arte de encantamiento descender del cielo una nuve por delante, que les parescía que toda la montaña estuviesse encubertada de nieve, y despues hizo salir un encantado javalí por delante dellos, y visto por el Conde, asaltóle una vehemente cobdicia de le matar, y tomando un cavallo y requiriendo armas, non cuidó sino de perseguirle monte adentro. Lo que visto por el Rey, corrió en seguimiento del Conde dándole vozes que volviesse y que dejára al javalí ir su camino, cuidá que non se perdiesse por el monte, en el qual habia muchas suertes de ponzoñosas alimañas; empero el Conde non cuidaba sino de correr á la pista del javalí. Y quando vió que non le podia dar muerte, quiso volverse á su tyo, empero con la nuve no sabia á dó iba, sino que fincó perdido por el monte: y todo ello eran añagazas y mañerías de la Emperatriz para hazerse con el Conde á dó

quería, y ansí vagó perdido por aquella montaña.

Volvamos al Rey, el qual viendo quel Conde su sobrino no volvía, hallábase en la mayor congoja y tristura qual nunca se encontrára, considerando que sería pasto de las salvajes animalías: y partióse de allí con mucho entristezimiento y dolor.





# CAPÍTULO IV.

Como discurriendo el Conde perdido por la montaña, halló á orillas de la mar una nave, en la cual entró, y con ella fue aportado al castillo de Cabezadoír.

AGORA dexémos al Rey que hazía muy grandíssimo duelo y llanto: y digamos del Conde que discurriendo perdido por aquella montaña, ni sabia el camino que tomar, estando muy peligrado de las venenosas alimañas que allí había, y estando ansí dolorido y desconsolado, trepó por una cuesta para mirar si vería alguna poblacion de gente, ó algun castillo, emperó non vió ninguna cosa de las que buscaba, sinó que sintió un



rio en la hondura y determinó de ir siguiendo rio abajo, considerando, que allí toparía en alguna poblacion, emperó non topó nada del que buscaba, cá siguiendo la orilla del rio, dió con la mar. Y assí

discurriendo perdido como persona desesperada, encontró con una bella nave surgida. Y viéndola fué muy alegre, cuidando que allí habria gentes, y aquella era la nave que la Emperatriz dejára encantada: y en esto comenzó de gritar: ah de la nao! y nadie non le respondía; y viendo esto, comenzó de pensar, qué podia ser de la gente de la nave; comoquier viendo en tierra la escala consideró que habian internadose bosque adentro, con ánimo de matar, alguna bestia salvage para yantar, motivo por el qual acordó de entrar en la nave: y así descavalgó, y tomado su cavallo de la rienda, montó arriba, porque estaba tan debilitado, que no podia tenerse sobre sus pies, y desqué dentro estuvo, lo arrendó, y empezó á recorrer la nave para ver de topar en alguien con quien hablar pudiesse, y viendo que no topaba en alguien, empezó á retirar la escala para que ninguna bestia salvage non montára á la nave; y estando ansi ocupado en mirar la nave, se asentó á un banco y allí durmióse. Y en quedando dormido, la Emperatriz hizo levar velas muy gentilmente, por non le despertar; y en esta guisa guió la nave házia el castillo de Cabezadoír, y ansí el Conde estuvo toda aquella noche, que non despertó, y venida que fué la mañana, que el sol le daba en el rostro, despertó con crecida congoja, y empezó á se persignar mirando á todas partes, y non vió mas que cielo y agüa. Y estonce fué mucho mas triste que quando hubo entrado, cá no veía quien habia alzado velas y gobernaba la nave, sino su cavallo, el qual por exceso de mucha hambre roía las tablas de la nave: y en esto comenzó á llorar, di-

ziendo : Nuestro Señor Dios se digne por su clemencia, de acorrerte á tí y á tu acuitado señor. Y á Dios suplicaba le mostrasse qué era aquello, si estaba encantado, ó si era tentacion de espíritus malos; y con estas plegarias y lamentaciones fincó el Conde tres dias con sus noches sin yantar ni beber, nin su cavallo, del qual tenia mayor piedad que de sí propio, quando le vía roér de hambre las tablas, y no tenia paja ni cebada que le diesse. Y andando ansí por la mar, abrió los ojos el Conde dando la voz á semejantes razones: Oh Señor, como yo estuviesse en tierra, buscaría remedio para passar á las tierras de mi tyo el Rey, empero non alcanzo á ver mas que cielo y agua. Y assí estaba congojado el dicho Conde, y con muchas lágrimas que de sus ojos hilo á hilo caian, que no hay en el mundo persona que al oir sus tristes palabras non lloráse; emperó aquel que en toda desconsolacion es consuelo de desconsolados, por su infinita piedad quiso le socorrer en tal manera, que transcurridos los tres dias, estaba mirando dende la popa de la nave, suplicando con mucha afectacion á la humilíssima Virgen María para que en tan gran cuita quisiesse le deparar alguna via para su conhorte; y estando en tal suplicacion, vió blanquear un castillo en lontananza, el qual por ser tan lueñe paresciόle una paloma. Y quando vido el Conde aquel castillo tan en lontananza, afinojóse, suplicando á nuestro Señor Dios que le hiciesse tomar el derrotero dél, cá tres dias iban que non podia sentir consolacion en su desamparo, esceto las noblezas de los paramentos de la nave que eran en oro y sederías. Y venida la hora de tercia,

encontróse en el puerto del castillo de Cabezadoír: al qual arribado, al punto la escala de la nave fué puesta en tierra sin hacerse visible quien la ponía. Y entonces tomó su cavallo de las riendas, y salió á tierra, y montó á cavallo, emperó su cavallo non podia andar un paso por estar muerto de hambre, sino que abajaba la cabeza para pascer, y tiraba cozes, que por mucho quel Conde le pifase con sus acicates, no podia le menear; y el Conde viendo que la razon estaba de su parte, descabalgó prestamente, y desenfrenóle para que comiera á plazer; y despues estando junto al castillo miraba de una á otra parte sin que á nadie avistasse con quien razonar pudiera, nin veía greyes, ni pastores, ni pajarillos, ni oía cantar gallo, ni sonar campana, ni otra cosa alguna. Y estonce empezó á santiguarse llorando y diziendo: Ó María Vírgen, madre de consolacion,



prestadme ayuda! y que podrá ser ello, cá yo estoy que sueño, bien que no es posible, cá yo veo aquí mi cavallo junto á mí: despues miró házia el castillo, y vió en torno de aquel una cibdad mucho grande; que estaba todo azorado, que no sabia si era muerto ni vivo, ni en ninguna manera podia venir en imaginacion de lo que aquello era. Y estando ansi atendiendo házia el dicho castillo, vido salir humareda de una chimenea, y en esto pensó que pues salia humo, que forzosamente habia de haber fuego, y assí se encaminó házia el dicho castillo.





# CAPÍTULO V.

Como el Conde entró en el castillo nombrado Cabezadoír, y allí fué servido de comer y de beber, sin echar de ver quien se lo daba.

Ansí dejando á su cavallo que paciesse libremente, encaminóse á la cibdad y entrando por el portal del castillo, á nadie vió á quien hablar pudiesse, y arrimóse á la lumbre, y bien calentado que fué, cató una gentil mesa la qual la Emperatriz habia hecho aparejar con pan y vino y muchas viandas, cá si tenia hambre, qué comiesse; y ansí allegóse y tomó en la mano un pan de la mesa, y olióle y persignólo, pensando que era

alguna confeccion, que los espíritus malos habian aderezado, viendo emperó que era tan gentil, y no veía nadie con quien departir, estaba azorado y quería yantar del pan, emperó non osaba, y abrió los ojos y vió el alta torre, y mirando vió salir humo de una cámara, y razonó así: Ciertamente mas amo subir á la torre, cá si morir tengo, prefiero mas morir alto que bajo. Emperó á nadie vía con quien hablasse, para demandar que era todo aquello; en esto empezó á ascender á lo alto de la torre, y miró á la muralla, por si vería el su caballo donde él dejado le habia y non le vido, y ansí comenzó de sospirar, diziendo: Pues que está perdido el mi cavallo, séale Dios buena guia. Y ansi fuesse por el palacio abajo hasta llegar á una sala muy bien puesta, donde encontró un estrado que era muy ancho el qual estrado era todo de plata, y era esmaltado de muchas gentilezas, y non vía nadie por allí en torno, con quien hablar, y el fuésse á arrellenarse en el estrado, el qual tenia los pies de oro, y despues vió un buen fuego, arrimóse á calentar, cá le acosaba muy gran frio, y calentado que fué, miró por la sala en rededor, y vió una mesa hermosíssima, y cabe ella un riquíssimo sitial que habia sido de pertenencia del Emperador, que era de plata sobredorada, con muchas piedras preciosas y cristal, que hazia clarear la sala tanto como si fuesse dia, y que á pensar por su belleza, la estimaba en una cibdad. Y assi ocupado en el pensamiento de su cavallo, comenzó de le aguijonear el hambre, y dijo: por cierto que muera que viva, yo tengo de ir á me sentar en aquel sitial tan rico, y comer hé aquel pan, quel

hambre me aprieta, magüer fenezca en esa casa tan rica, por cierto non he de echar menos la vida. Por ende, empezó por se santiguar, y luego alzandose muy esforzadamente se dirigió á la mesa, y ocupó el sitial, y quando menos se cataba, vió comparescer una alxofaina de plata y un bello pichel con una toalla bordada, y él ya tenia un pan en la mano con ánimo de yantar dél, emperó viendo aquello, no dexó de tomar agua manos; y no veía quien se



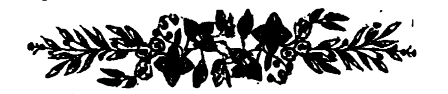
la daba. Y aquesto hecho, volvió á tomar el pan, y santiguóse y comenzó de comer · bien que gran re-

celo tenia de que todo aquello fuesse obra de malinos espíritus, por ende persignábase de contínuo; y estando en tal pensamiento, vió venir en una fuente tres perdizes bien condimentadas, á qual vista quedó grandemente maravillado, porque no veía quien las llevaba ni quien trinchado las habia. Y entonces dijose á sí mesmo: Puesto he empezado á comer, hartarme hé á toda satisfaccion. Y estando en esto vió venir una copa de plata, la qual tenia engastada en el pie una piedra preciosa que valía una villa, y tomó la copa y trasegó al estómago su contenido, y mientras trasegaba, lleváronle de delante la vianda, y quando vió le quitaban el plato, abalanzóse con la izquierda mano para tomar una perdiz que habia, cuidando que non le darian otra cosa, y en quitado que fué aquel plato, prestamente fuéle traído otro plato de viandas, y quando le hubo catado un poco, diéronle de beber con la misma copa, y desta suerte fué servido de diversas viandas sin echar de ver quien se las traía. Y quando hubo asaz comido, vió venir el aguamanil, el pichel y la toalla, y tomó agua-manos: truxéronle en seguida muchas y diversas calidades de confituras y frutas para postres, y comidolas que hubo á su plazer, empezó de imaginar á donde podria dormir noche, y no viendo lugar mas á propósito determinó de dormir en el sitial, no sabiendo que cama y hubiesse, y ansi pensando, durmióse, y en habiendo dormido un poco, despertóse con mucho frio, en vista de lo qual allegóse á la lumbre y se sentó en el sitial, y mientras se calentaba juzgó que dormir sería lo mas acertado, y durmiendose soñó que una

gran multitud de malinos espíritus estaban á su espalda que le querian empellar al fuego, y esto era del grande temor que tenia; y ansí se levó con grande azoramiento, y empezó á se persignar y llevó la mano á la espada para defenderse, y mirando por la sala, non vió nadie en toda ella, ni en lugar que pudiesse darle daño; y estando assí mirando á todas partes, vió á un ángulo de la sala una grande antorcha encendida; y bien estuvo maravillado, que no hay para que se diga, y dixo para sí: Por cierto, muchas cosas he visto en la presente noche que nunca hubiera creido: emperó non dexaré de inquirir á dó va la antorcha y quien va con ella. Y quando estuvo cercano á la antorcha, vió que la antorcha se alongaba y él siguió, y assí andando entróse en una cámara en la qual no había sino plata y pedrerías, y todos los paramentos eran en oro y seda, y allí encontró un lecho, el qual era riquíssimo, que valia mas que una gran cibdad, cá era todo cubierto de oro y de tellizas de brocado. Y habia en medio de la manta un escrito muy grande y guarnido en torno de piedras preciosas, y en rededor del lecho habia muchas figuras de emperadores, reyes, condes, caballeros y grandes señores. Los quales eran todos tamaños como el brazo de un hombre y todas de oro: en viendo aquella nobleza estuvo espantado, como non habia persona alguna con quien le hablar, nin vía quien sustentaba la antorcha que le alumbraba, y estonçe pensó que pues nuestro Señor le habia dado buena cena que cenar que ansímismo le depararía buen lecho donde dormir; y en esto se despoxó la gallaruza de cuero que acostumbraba á lle-

var en yendo de caza, y toda la su ropa, y el esquero en que llevaba yesca y eslabon, y lo depuso todo en una silla cabe al lecho, y metióse en cama, y puso á la cabezera su camisa y jubon.





# CAPÍTULO VI.

Como la Emperatriz contó á su hermana Urraca, como habia traido al Conde y quel tenia en su lecho.

ESTANDO el Conde en el lecho, la Emperatriz estaba con su hermana Urraca haziendola sabidora de todo quanto acontescido le habia con el Conde Partinobles, y en que manera le habiá traido, y dezíale las gentilezas que eran en él, como era gallardo del cuerpo, y que estaba en el lecho, y que mucho la rogaba quel otro dia de por la mañana, que le llevasse trapos de lino, que fuessen tales quales él se merescía: Urraca le

dijo que era contenta, y pidióla de gracia, que quisiesse se lo mostrar; y la Emperatriz la responde, que al presente non podia se lo mostrar, cá si se lo mostraba, todo su encantamiento fincaría desecho, y ella fincaria envergonzada, por quanto los Reyes que eran tutores y todo el imperio, le habian dado de tiempo dos años para que tomasse marido, y que ella se habia dado mano en lo tomar antes de tres meses,



mas que en estando cumplidos los dos años, que ella mostrarselo ía. Urraca responde: Sed cierta Señora, que parescerme ha que serán luengos los dos años, segun el deseo que yo tengo de le vér, por las grandes noblezas que dél narrado me habedes.

Empero, señora hermana, mostradme algun otro varon, que tanto monte en proporcion y grandeza, para que yo pueda llevarle los trapos de lino, que vos me ordenais, para que vengan bien. Y ella responde: Madrugad, antes de salir el sol, y decíroslo hé, y despues de esta medida ansí le llevareis los demas; y ella quedó contenta, y madrugó á la hora que le habia mandado.





# CAPÍTULO VII.

Como la Emperatriz anduvo á la cámara do el Conde dormía, y muy presto se acostó al mismo lecho do era elechigado el Conde.

PASADO el qual razonamiento, la Emperatriz determinó de andar á la cámara do el Conde dormia, y ansí ella se vino á la cámara sola, y sin luz: y al entrar en dicha cámara hizo rumor caminando, de manera quel Conde despertó con grande miedo; emperó seyendo la cámara á escuras, ni él podia ver que era ello; y la Emperatriz se desnudó, y acostóse al lecho, y el Conde era muy espantado y cuidaba que podia ser

ello, emperó non osaba descoser los labios. Y quando estuvo en el lecho, á fin quel Conde no imaginara que fuesse malíno espíritu, ella sacó afuera el diestro brazo, y persignóse diziendo: á Dios mencomiendo, y á la gloriosa Vírgen María, y á los ángeles todos, y arcángeles de la corte celestial. Y dichas estas palabras, metióse só la ropa; y el Conde oyendo nombrar á Dios y á la Vírgen María cobró mucho esfuerzo, y en eso la Emperatriz comenzó de girar por el lecho, encontró con el Conde y dixo: Santa María, quien es aqueste que está en el mi lecho; y para descubrir al Conde quien ella era, díxole: yo soy la Emperatriz, y tengo todo tiempo siete Reyes al mi mandamiento, y muchos otros duques, condes y grandes señores, y jamás ninguno fué osado de entrar entro las puertas de mi palacio sinó vos; por ende decidme, quien sois: El Conde entonces la responde, diziendo: Señora, plazca á vuestra grandeza de oir la mi ventura, como soy llegado acá, pues vos contado me habedes la vuestra señoría: y ansí el la relató del comenzamiento á la fin, todo lo acontescido; y en habiendo trasladado la verdad, ella le dixo: y por eso habíais de tener tal ardimiento de venir á meteros en el mi lecho? El responde: Señora, por el debdo que á virtud teneis, vos suplico que tomedes paciencia hasta la madrugada, cá yo me iré buen grado. Emperó que me hagais buscar el mi caballo que dexé afuera del castillo. Y ella respondió: como con razones curais de me passar, levantédesvos y salid por do entrado habedes, de nó, llamaré los mis caballeros, y hacéros hé matar en el lecho. Entonce la dijo el Conde: Noble Señora,

el vuestro palazio es tan grande, que á mi es imposible salir dél sin luz á tal hora; y ella le dixo: dadme acá la mano que guiáros hé hasta el portal. Y viendo el Conde que ella porfiaba tanto le dixo: Señora, yo soy á la verdad tan fatigado, que non podría andar al presente. Y oyendo tal la Emperatriz, ella se comenzó de levantar y dixo: pues fincais en ser tan descortés, yo apellidaré los mis escuderos y vos haré aplicar la merescida paga; demostrando estar muy airada. Y quando el Conde oyó estas razones, tuvo mucho temor, y comenzó de llorar diziendo: Señora, suplico á vuestra grandeza, que haya de mi piedad, siquiera para non fenescer con tanta deshonra. Y en oyendo la Emperatriz quel Conde lloraba, su corazon non pudo mas conllevarlo, y calló, y volvióse al lecho, y pasado un buen espacio, viendo el Conde que ella non chistaba, pensó que era adormida, y assí él se arrimó á ella muy gentilmente á fin que no despertára, y quería ver que era, ca estaba dubdando que fuesse un malino espíritu; en estando cabe á ella, púsole la mano sobre los pechos, y ella muy furiosamente le cogió la mano y la apartó de los pechos, si bien no dijo palabra. Viendo lo qual el Conde, presumió que aun no dormía, estuvo esperando un espacio, que ella durmiesse, y tornó á poner la mano allí mesmo, y á la sazon ella no dixo nada, y él se arrimó á ella, y le puso la otra mano sobre la cabeza, para mirar si tenia muy luengos cabellos, y en seguida le tocó la frente, y los ojos, la nariz, la barba, la garganta, los brazos, y despues palpóle las piernas y los pies, y contó los dedos de los pies y de las manos, ca el

era temeroso que non fuesse de las fantasmas que eran en aquellos tiempos, las quales del cinto arriba eran como mugeres, y del cinto abaxo á modo de leones y tenian los pies como á liebre; y ella siempre estuvo queda, bien se sabía la razon. Y en habiéndola tentado á su plazer, él entendió por el tacto, que era de las mas bellas damas que en todo lo descubierto de la tierra pudiessen hallarse, y estando en sí mismo cuydando que haría, comenzóle ella de hablar y dixo muy amorosamente: Ahora pues, que á vuestro plazer palpado me habedes, yo quiero sacaros de sospecha, á fin que perdais toda manera de temor, cá sabed que yo soy la Emperatriz de Constantinopla, y soy señora de siete Reyes los quales son en mi imperio, emperó si vos queredes, señor sereis de mí y dellos, y si vos me otorgais de servar todo aquello que deciros tengo, á saber, que fasta que sean passados los dos años, non me descubrais por ninguna vía; ca sabed, que los tutores, que me dexó mi padre al morir, otro sí con todo el imperio, dado me han de término dos años, que yo eligiesse con quien me plazia casar dentro el dicho término. É por ende yo vos he elegido á vos por el vuestro merescer, y sed cierto que si vos me descubris, os haré muy cruelmente morir, pero yo fio de vuessa virtud. Oyendo el Conde tan melosas palabras, fué muy alegre y le otorgó todo aquello que demandaba.

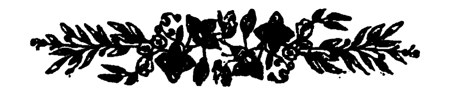


# CAPÍTULO VIII.

Como estando elechigados el Conde y la Emperatriz, discurrieron toda la noche en recíprocos prometimientos.

QUANDO hubo otorgado el Conde aquello que la Emperatriz quería, ella dixo: agora señor, vos bien cuydais que por habervos yo dado palabra de me casar con vos, que por ello me tenedes subyugada, no penseis que se me dé un ardite, que yo tengo sobre de vos la señoría despues de Dios, ca cuydan omes, que pues han obtenido de las fembras lo que quieren, que las tienen captivas; y si vos non servais lo que otorgado me

habedes, sabed cierto, que yo vos haré morir en tal guisa como prometido vos he, cá yo non tengo temor á ningun ome del mundo, sino á Dios, que está en el cielo: Emperó bien os podeis alabar de tener una noble enamorada, la qual ha nombre Melior, mas emperó non ensuyedes de descubrir el corazon por ninguna via: y ansi jugando y burlando estuvieron toda aquella noche, mas nunca ella dexaba de repetir que non la descubriéra para nada, y que quanto quisiesse pidiera mientras eran en el lecho, y no en otra manera, que todo serle ia concedido, y que si cavallos quería, que los pidiesse, que ella se los haría venir en continente, y que non tuviesse cura del su cavallo, ca su hermana Urraca lo tenia á muy buen recaudo, la qual tenia mucho deseo de le ver, magüer posible no era hasta transcurridos los dos años. Y pasadas estas razones, fué hora de se levantar, y ella se levantó despidiéndose dél, y fuésse á la cámara de Urraca antes del amanescer del sol, y le dixo: Levantedesvos, hermana, y andad á la mi cámara, y tomad los vestidos del cavallero, que están á la cabezéra del lecho, y llevadle de los limpios; y ella en continente fué allá, que el non ovo dello ningun sentimiento, y le truxo el sayo, y jubon de seda y calzas, y un capuz de escarlata, y una camisa muy gentil, y púsoselo todo en el estrado cabe al lecho, y miró si podría le ver, pero Melior les habia encantado á entrambos en tal guisa, que el uno no podia ver al otro de ellos. Y de esto fincó muy sentida Urraca, por no haber visto al Conde, y vuelta, contó á Melior lo practicado.



# CAPITULO IX.

Como el Conde estuvo mas de un año en el castillo de Cabezadoír, y servido de todo quanto habia menester, sin avistar persona alguna.

TORNÉMOS agora á hablar del Conde el qual estaba en el lecho, pensando en la gran ventura que le cupiera, y estando ansí, vido el sol que entraba por la cámara adentro, y él se incorporó en el lecho: queriendo vestirse miró el lugar á dó dejára los vestidos, emperó no dió con ellos, si bien se encontró con otros que eran muy superiores á los suyos; levantósse prestamente y vistiósse aquellos que encontró, y tomó aguamanos,

y luego un bellíssimo peynador y un peyne de que se sirvió para atusarse, y volviólo todo al lugar en que halládolo habia. Y en esto salió á la sala y en-



contró una chimenea en la qual habia un buen fuego, y ansí, el se calentó. Y calentado que fué, salióse castillo afuera y miró si podria descubrir su cavallo, magüer non pudo dar con él; cá Urraca lo tenía muy bien guardado, y él se paseaba muy á su plazer, mirando las huertas y otras bellezas que se topaba en torno de la cibdad. Y quando echó de ver que la hora de comer era llegada, volvióse al castillo, y entrando en la sala, halló aparexadas las tablas, y se asentó, y asohora vió comparescer el aguamanil, el pichel y la toalla, y tomó aguamanos, magüer jamás pudo ver quien se la daba; despús truxeron diversas viandas excelentemente condimentadas y en habiendo que hubo comido de cada una de ellas á plazer, vinieron de muchas maneras de frutas y otras confituras para plato de postres. Y comido que hubo, tomó aguamanos como habia acostumbrado, y dende luego fueron alzadas las tablas, y él fuésse á se pasear por el castillo hasta

llegada la hora de la cena, la qual encontró muy bien aparexada, y tan luego como acabó de cenar aparescieron las antorchas y se plantaron frente al Conde, y él se alzó y fué siguiéndolas hasta dentro la cámara de la Emperatriz, y allí se detuvieron las antorchas; y viendose cabe al lecho se asentó en el estrado. Y al punto sintió que le descalçaban muy delicadamente, peró non vía quien le descalçaba, y él se desnudó ansí como solía, rezando de contínuo oraciones, y metiósse en el lecho, desapareciendo luego las antorchas; y él ya estaba en ello vezado, ca ninguna manera de temor albergaba. Y estando en el lecho, sintió los sólitos pasos de la Emperatriz que venía, la qual mucho amaba, y desnudada que fué, metiósse en el lecho; y él la tomó en brazos, demostrándole grande amor, y la puso á su lado; y estando ansí con mucho engasajo jugando, ella le dixo: asolved señor verdad en lo que voy á demandaros, y él la respondió: señora, haya cierto que yo asolverla hé, magüera debiese de fincar muerte: y ella fué muy contenta de la respuesta, y le dixo: ruegvos me digades vuestro nombre. Respondió el Conde: Mi nombre es Partinobles, señora. Y dixole la Emperatriz: por sobre de todas las cosas os ruego señor Partinobles, que non me descubrades el corazon por ninguna via ni manera, fasta que vayan transcurridos los dos años; cá entended que todas las cosas he de perdonarvos fueras ende esta. Y el Conde la responde: Señora, antes que non iría contra el vuestro querer, dexarme ía trizar; y la Emperatriz fué muy contenta de su graciosa respuesta y dixo: Ruégvos señor, que si que-

reis andar á caza de açores ó de gavilanes que me avisedes; y á fin que tomeis deporte, os tengo dispuesta para mañana una gentil cazería de salvages alimañas, para lo qual encontrareis por la mañana al portal del castillo, un cavallo gris muy bien arreado, y un lebrél, el qual llevará la delantera, y vos seguidle cá él conduciros ha á lugar á do rescebireis plazer. Y en esto fué venida la hora de se levantar, y la Emperatriz se levantó, y el Conde se incorporó en el lecho, y vistiósse muy ligeramente, y siéndolo, salió á las puertas del castillo, y encontró el cavallo y el can ansí como dicho le fué por la Emperatriz, y él cavalgó; y en seguida le dieron una lanza en la mano, y el lebrél se adelantó, y él siguiendolo, hasta que llegaron á una muy viciosa



arboleda; y llegado allí, sintió sonar una corneta, y él enderezó házia donde la sintiera, y encontró una gran xauría de canes, á saber, alanos y lebreles. Y él mirándolos, vió salir de una espesura un rollizo javalí y él le siguió y lo mató; y en siendo muerto el javalí, sintió tan grande algazára de cornetas y venadores, que parescía hy haber mil personas en aquella arboleda, segun el rumor que sentía: Y miraba por do quiera, si podia aviçorar á nadie; pero ni él podia ver á los otros, nin ser dellos visto. Y estando el Conde catando el javalí, cá jamas non habia visto otro de tamaño, vió acercarse una bien travada azemilla, y fincó maravillado, cá non via quien venia con ella. Y quando la azemilla llegó donde el javalí yazía, detúvose, y vió que levantaban el javalí, y lo colocaban en la azemilla. Y estando en esto, pensó que le estaban detrás, y baxó la lanza, y volvióse á todos lados, y non vió sinó la dicha azemilla que se alongaba, y ansí la siguió; y andando, oyó sonar una corneta muy delicadamente, ansí como oido la habia quando allí llegó, y él fué en su seguimiento házia el lugar dó la oyéra sonar, y en esto llegó al castillo; en hallándose allí onde habia encontrado el cavallo que conduzía, sintió que le descalzaban las espuelas, y estonçe descavalgó, y dexó el cavallo allí mismo, y otrosí la lanza, y vuelto al palacio, encontró aparexadas las tablas, y assí se asentó á cenar, y luego estuvo allí el pichel y aguamanil de la manera acostumbrada. Y lavado que fué, luego hubo sobre de la mesa gran copia de muchas viandas muy bien aparexadas: y en habiendo cenado, y tomado agua manos, volviósse

dentro la cámara, y se assentó en el estrado enfrente del lecho, y asohora sintió dentro de la cámara una agradable música de cantar y sonar, como jamás hubiesse oido: Y estando assí escuchando, asaltóle el sueño, y por ende desnudósse encontinente, y metiósse en el lecho, y en breve sintió venir á secretos passos una persona hácia el lecho, que luego conosció ser la Emperatriz, la qual despues de desnudada, metiósse en el lecho al otro lado del Conde, y el Conde la rescibió en los brazos, y demandóle ella que le parescía de la caza, y el Conde la contestó, que muy grande plazer habia tomado en ella; y entonce la Emperatriz le dotrinó de como ella le estuvo mirando de contino, y la barahunda que sentía, producíanla los dos Reyes que eran sus tutores, y que ellos cuydaban haber dado la muerte al javalí, porque ella les tenia encantados en tal guisa, que ni los Reyes podian avistar al Conde, ni el Conde á los Reyes: y despues la Emperatriz suplicó al Conde que si tenia deseo de andar á caza de azores, que se lo dixera que ella se la aparexaría de manera que se lo habría en grado, y el Conde respondió, que no tan presto; emperó con estas razones, ya nunca la Emperatriz se hartaba de le hazer recordacion, que en ninguna via non la descubriesse, hasta ser cumplidos los dos años, y que tras dicho tiempo sería contenta de quanto él quisiesse.



# CAPÍTULO X.

Como la Emperatriz participó al Conde, que todo el reyno de Francia estaba en perdicion; y eso á causa de tres Reyes moros que eran en el dicho reyno.

Y En esta guisa estuvieron el Conde y la Emperatriz un año cumplido, en el qual año fué conquistado el reyno de Francia por un rey moro que Sornagero llamaban, el qual era señor de otros dos Reyes, de los quales el uno habia nombre Ansion, y el otro Cansion, y aquellos conquistaron todo el reyno de Francia hasta Paris, y allí estaba el Rey cercado muy estrechamente. Y

todo esto sabia la Emperatriz, emperó non quería se lo comunicar al Conde porque ocassion non oviesse de se partir sin mas, cá le amaba mucho. Y estando el Conde un dia á lo alto de una muy alta torre, mirando la mar, y las verduras del campo,



vino á se acordar de la Francia y de su tyo y de la su madre, y estando en aqueste pensamiento, lanzó un hondo sospiro, y despús en la noche, estando en el lecho, tornó á sospirar. Y oyendo la noble Emperatriz que sospiraba, le dixo: Porqué sospirais, señor? echais de menos algo? Replica el Conde: No ciertamente; bien que si yo era cierto que non vos enoxasseis, decíros ía la verdad. Y respondió ella: Sed cierto, que enoxar non me he de aquello que

lleveis en voluntad. Entonçes la dixo: Ciertamente señora, del deseo vehemente que tengo de ver á la mi señora madre y á mi tyo, nascido me ha esse sospiro. Responde la Emperatriz: Señor, mucha razon habedes, y non me maravilla, si la sangre vos duele y amohina, ca sabed quel reyno de Francia finca en mucha congoxa, y eso por causa quel rey Sornagero y otros dos Reyes, nombrados Ansion y Cansion, son en dicho reyno, y tienen cercado al rey vuestro tyo en la cibdad de Paris; por ende importa que vos andedes á le acorrer, y hareis como á noble cavallero; trabaxad en ganar honra á fin que yo haya buenas nuevas de vos, y daréos una espada, la qual conviene que la guardeis muy bien, y cada vez que la tomedes en la mano acordadvos de mí; y dareos cien camellos cargados de oro y argent, y piedras preciossas, y mandareis aqueste tesoro á España, y dareis sueldo á diez mil hombres de acavallo españoles, cá son asaz amigos de los franceses; y daréos un anciano que vaya en vuestra compañía para dar recaudo á los camellos, los quales traen mas carga que seiscientas azemillas, y vos que hagais todo quanto deciros há sin falla. É por ende, salid de madrugada á las puertas del castillo, y allí encontrareis lo que dicho os he, y non cuydeis sino de andar por allá donde os dirá él, cá él conduciros ha derechamente al castillo de Bles, y allí llegado, non guardedes al anciano un punto, nin le deis á comer en ninguna parte. Y en oyendo esto el Conde fué muy alegre, pues iba á Francia, cá deseaba mucho ver á la su madre. Emperó la Emperatriz no cesaba de le recordar, que non la descubriesse por ningu-

na cosa, fasta que fuesse passado el tiempo, y que tuviesse memoria della, que volviesse lo mas presto posible, y él, gelo prometió, cá con muy acuytado corazon se despidieron los dos que con tantas veras se querian.





# CAPÍTULO XI.

Como la Emperatriz envió al Conde á Francia para acorrer al Rey que estaba cercado en la cibdad de Paris.

Media noche era por filo, quando la Emperatriz se levantó para aparexar lo que prometido le habia al Conde, y él permanesció en el lecho hasta el alba, y se levantó y salió á la puerta del dicho castillo, y allí encontró el hombre que la Emperatriz le habia dicho, con los camellos cargados y un cavallo para sí, y él cavalgó, y partiéronse; y siguiendo su camino, él miraba á aquel hombre si le podria mirar el ros-

tro, pero jamas lo pudo, ca estaba cubierto todo de cabellos; y assí andando, llegaron al castillo de Bles. Y el anciano dixo al Conde, que no trascordára aquello que prometido habia á la Emperatriz; y él dixo, que non lo trascordaría jamás. Y llegados al dicho castillo, descargaron los camellos que nadie les sintió, cá era noche. Y despus el anciano tomó comiado del Conde, y volviósse, y el Conde le dixo, quel recomendasse mucho á la señora Emperatriz y la dixesse que muy presto se volvería.





# CAPITULO XII.

Como fué rescebdo el Conde en el castillo de Bles con mucha honra de su madre y de los cavalleros.

Estando el Conde delante del castillo, acordó de vocear que le abriessen, y en seyendo dentro demandáronle quien era los del castillo, y sabido que era el Conde, todos fueron muy alegres y lo notificaron á la Señora la qual fué dello muy gozosa, cá ella juzgaba que muerto fuesse; y salió de la cámara, y en divisándole ella, lo abrazó y besó y luego envió por todos los sus barones, los quales hubieron grande

plazer de su arribo, y fizieron muchos festexos y galas por amor dél; y en esto el Conde non se olvidó en hazer meter en el castillo el tesoro que consigo truxo; y estando en estos festexos y galas, él hizo llamar todos los principales barones y cavalleros de su tierra, y demandóles que en qual guisa podría haber del reyno de España diez mil hombres de armas que habia menester; y ellos le dotrinaron, que tomasse la mitad de aquel tesoro que traido habia, y que lo estivasse en dos naos y se arrumbasen hazia España, la una al puerto de Cadiz y la otra al puerto de Sevilla, y que allí fiziesse pregonar que aquel cavallero que quisiesse ganar sueldo para yr al castillo de Bles, que comparesciesse allí; y ansí fué hecho, que quando las naos fueron en España, ellos dieron sueldo á todos los que acetaron el passar á



Francia, y en esta guisa él hubo las diez mil lanzas que había menester, y todos hombres mozos y muy dispuestos, y tales, que eran para dar razon de todas cosas en qual parte quier; y en seyendo arribados al castillo de Bles, y vieron quel Conde era noble cavallero, ellos fincaron muy alegres, y todos prometieron al Conde de morir por la su honra. Y el Conde les fizo aposentar muy honradamente dentro del castillo, y desta suerte estuvieron todos aquel dia hasta el siguiente, que el Conde ordenó capitanes aquellos que á él le pluguieron, trompetas y estandartes.



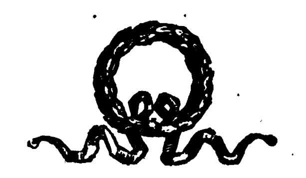


# CAPÍTULO XIII.

Como el Conde se partió del castillo de Bles con toda su gente, y anduvieron á la cibdad de París, do estaba cercado el Rey.

Y Desta suerte se partió Partinobles el otro dia despues de comer; y por la cibdad el Conde mandó sonar las trompetas, y alzaron las banderas. Y quando los de la cibdad vieron tan grande armada, estuvieron tan maravillados y espantados, que cuydaban que era el rey Sornagero, y comenzaron de doblar las campanas, y todos los de la cibdad se armaron. Y quando vido esto el Conde, envió con un mensage al Rey, diziendo que aquel

era su sobrino Partinobles que venia para le acorrer, y el Rey dixo: mucho me maravilla que sea aqueste mi sobrino, cá yo discurro que finca muerto, que ha mas de un año que se perdió en las sierras de Ardeña, y entonçes le dixo el mensagero: Señor, franquead las puertas, y dexalde entrar, y veredes la verdad. Responde el Rey: soy contento, y decilde que venga; y el mensagero volviósse con la respuesta que él le dió, y el Conde cavalgó muy prestamente, y se fué para la cibdad, y el Rey mandó franquear las puertas de la cibdad, y dexóle entrar, y desque lo vido el Rey, en un mesmo punto le conosció, y fué á le abrazar; el Conde le besó la mano y suplicóle que dispusiera fuesse bien apossentada la su gente, y todos hubieron muy grande plazer del grande socorro que les habia venido: los cavalleros y los hombres de armas fueron muy bien hospedados que non les faltó nada de aquello ovieron menester. Y el Conde yl Rey se fueron al palacio, y allí encontraron la cena bien aparexada, y cenaron muy á plazer, y casi toda aquella noche estuvieron contando las cosas que acontescidas les eran desque no se habian visto.



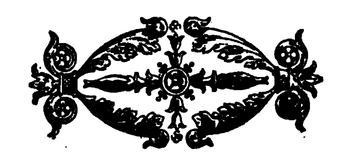


# CAPÍTULO XIV.

Como el Conde anduvo á la pista de los cavalleros del rey Sornagero, y quitóles prestamente quanto habian tomado y captivó muchos de aquellos.

VENIDO el otro dia á hora de tercia oyeron repicar las campanas, y encontinente el Conde se levantó del lecho, gritando que le diessen las armas, y el Rey le dixo, que non saliesse afuera á fin que non fuesse apressado del rey Sornagero, y el Conde le dixo, quel dexasse andar á reconoscer si eran contrarios; y ansí estuvieron ambos los dos porfiando un buen espacio, y en esto vinieron las guardas, diziendo, que los cavalleros

del rey Sornagero se llevaban cuatro mil vacas, lo que oido del Conde fué muy airado. Y prestamente cavalgó, y escogió cuatro mil cavallos de los suyos que le parescian mexores, y salió afuera de la cibdad, al alcançe de los moros que se llevaban la presa. Emperó la polvoreda era tanta en el camino, que non las podia ver, ni ellos tampoco se vían unos á otros; y el Conde anduvo de contino entre ellos les esforzando en tanta manera, que le dixéron: ansí como hareis, harémos nosotros; y dieron espuelas á los cavallos, y firieron de tal manera entre la morisma, que de diez mil que eran, no escaparon dos mil (es á saber de acavallo), y entre muertos y apressados, fincaron paso de ocho mil; y quando los moros que fuyeron, fueron arribados al real del rey Sornagero, le narraron que en quantas batallas se habian encontrado, jamas vieron cavalleros tan esforzados ni tan animosos, y que estaban espantados de un cavallero que andaba entreverado con ellos, el qual parescía que fuesse un leon segun los encuentros que daba tan terribles, que aquel solo bien valia diez de los otros.





# CAPÍTULO XV.

Como el Conde regresó á la cibdad de Paris, y el Rey le salió rescibiendo con mucha honra, al qual el Conde apressentó cincuenta cavalleros.

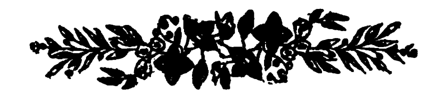
QUANDO el Rey entendió que su sobrino habia habido victoria de sus enemigos, fué alegre que mas non podia, dixo en sí mismo: Dios valme! que cosa tan maravillosa ha sido deste conde Partinobles, cá por ser mozo, y no haberse visto nunca en batalla, haya hecho cosas de maravillar; y salió á rescebirle afuera de la cibdad: Y quando el Conde le vido venir, encontinente descavalgó, y besóle la mano al su tyo, y el Rey

besóle en la boca diziendo: La bendicion de nuestro Señor Dios sea sobre tí; y despus, hecha relacion de lo caescido, el Conde le presentó cincuenta cavalleros todos con espuelas doradas, muy dispuestos y valerosos, los quales habia aprehendido en aquel dia. Y en viéndolos el Rey, fué muy contento, y dió gracias á nuestro Señor Dios, y luego á su sobrino y á los demas, de la grande victoria que habia reportado de los enemigos de la santa Fe Cathólica, y ansi entraron entro de la cibdad con mucha honra, llevando toda la presa primera, es á saber, de peones, cavalleros, azemillas y armas. Y quando fueron dentro, proveyó el Rey que se diesse buen recaudo á los heridos, y anduvo al palacio con su sobrino, y allí hizieron grandes aprestos de cena, con sendas trompetas, con mucha zambra entre ellos, y cenaron mucho alegremente, y hablaron de las cosas que dexaban hechas. Y cenados que fueron, el Rey dixo al su sobrino que fuesse á se acostar, ca debia de venir cansado, y rogóle que non saliesse de la cibdad sin su otorgamiento, y el Conde prometiógelo, magüer le dixo: Señor, idos á acostar, que yo curo de andar á visitar los cavalleros feridos; y él albergaba dentro de sí otro pensamiento y deseo de salir al campo del Rey Sornagero para trabar otra batalla, y ansí fizo callandico. Y el Rey le suplicó non fuesse tardo en volver, y ansí el Conde salió del palacio, y recorrió las posadas de los cavalleros diziendo á los que no estaban heridos, que cedo se armassen y salieran á la plaza, cá curaba de ensuyar una salida al campo del rey Sornagero para enquerir que poder tenia, empero

que no quería fuesse sabido de su tyo cá tenerle hía; en continente obedescieron todos su mandamiento y salieron á la plaza, y ajustados que fueron en total, hallaronse siete mil de acavallo; entonçes dispuso que abriessen en secreto las puertas de la cibdad, haziendo mandamiento que se güardassen todos bien de notificar su partida al rey su tyo, y en esto enderezaron hazia el campo del rey Sornagero el qual estaba muy acuytado de la perdida sufrida y no pensaba que los de la cibdad oviessen animo de llegar á su campo; con qual pensamiento estaba muy prevenido. Y en esto el Conde llegó con los suyos muy en secreto, y firieron muy cruelmente en el campo del dicho rey. Y la funcion fue tal, que desbarataron, mataron, y firieron gran partida de los moros, de manera que todos hubieron espanto. Y quando el rey Sornagero y los otros dos Reyes se hubieron aparexado, ya el Conde con su gente estaba una buena legüa lexos del campo, de vuelta á Paris. Y quando creyéron les haber alcanzado, el Conde estaba ya seguro en la cibdad, ca non fizo sino caminar toda la noche, y á hora de maytines llegó allá: y quando los de la cibdad sintieron los cavallos á tal hora de la noche, cobraron sumo espanto y fizieron doblar las campanas. Grande fué el espanto del rey de Francia al oir tal gritería, y dando vozes á unos paxes que le vistiessen, y que le armassen y le aparexaran el cavallo, y mandando que encendiessen muchas antorchas, corrió á las puertas de la cibdad gritando que era de su sobrino. Los cavalleros de la cibdad respondieron: Señor, judgamos que non puede ser otro que vueso

sobrino cá no puede darse con él en toda la cibdad. Y oido del Rey, prestissimamente ordenó de abrir las puertas de la cibdad y salió afuera, y dió en su sobrino que venia con su cavalgada, los quales traían gran número de cavallos, azemillas, tiendas y armas, y muchos cativados del campo del rey Sornagero. Lo qual visto del Rey, abrazóle y besóle diziendo: de mal y de traycion guarte Dios; y en tanto se encaminaron entrambos al palacio y allí merendaron con toda la compañía, cá bien ganado se lo tenian en haber tan valerosamente desbaratado á los enemigos.



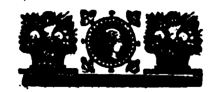


# CAPITULO XVI.

Como el rey Sornagero fincó muy enoxado de tales dos encuentros como rescibiera, y requirió al rey de Francia y al Conde á que saliessen á batalla.

FINCANDO el rey Sornagero grandemente enoxado de las deshonras que rescibiéran él y los suyos, acordó de aventurar todo su real. Y assí, entreveróse con los suyos por si podría haber conoscimiento de quien era aquel tan esforzado cavallero que aquella noche estando en su real recorría el campo como un leon, y fuéle dicho no ser aquel el rey de Francia, sinó un sobrino suyo hijo de su hermana, el qual se perdió en

las sierras de Ardeña, venido ahora á Francia con diez mil lanzas españolas para prestar ayuda al Rey su tyo, que era tan esforzado cavallero como otro fuesse en el mundo. Informado que fué el rey Sornagero acerca del Conde, encontinente hizo escribir letras, las quales mandó al rey de Francia, que dezian: que le aplazaba batalla para el dia primero de junio; bien que dicha batalla fuesse con tal pacto que si los de Francia fincassen vencedores del campo, que él y los otros Reyes moros fuessen tenudos de prestar tributo y ser subditos á la corona de Francia, y que de la propia guisa, si los del rey Sornagero fincassen dueños del campo, quel rey de Francia fuesse tenudo y forzado de ser súbdito y vassallo del sobredicho rey Sornagero, y le oviesse de satisfazer tributo anual. Para lo qual daria cada parte buena seguridad. Y que si querian el Rey y su sobrino, que aquella batalla fuesse á pié ó acavallo, ó uno á uno, ó diez á diez, ó ciento á ciento, ó diez mil á diez mil, que los del rey Sornagero eran contentos. Y estas letras fueron enviadas al Rey y á su sobrino el conde Partinobles.





# CAPÍTULO XVII.

Como rescebidas del Conde las letras del rey Sornagero, pidió de gracia á su tyo el rey de Francia, que le otorgasse la batalla uno á uno.

Y Hábiendo el Conde rescebido las letras, fué muy alegre como sabidor de que el rey Sornagero deseaba fuesse la batalla de aquella manera, y pensó la pedir licencia á el Rey su tyo para que le otorgasse la batalla uno á uno, cá se sentia muy esforzado y deseoso de grangear honra y fama; y con este acuerdo entróse por la camara del Rey, y afinoxóse á las sus plantas, y suplicóle que le otorgásse la batalla cuerpo á cuerpo

con el rey Sornagero, cá tenia esperanza que en breve espacio habria victoria; que fuera mucha prez y provecho para la corona de Francia. Y oída del Rey la voluntad de su sobrino, fué muy ayrado, viendo al Conde que era mozo y poco vezado en armas, y cuydaba quel rey Sornagero era hombre asaz esforzado, y su edad de treinta años, y que otras vezes se habia visto en tales demandas, y nunca el Conde se viera en tan estrecha batalla; por todas estas ocasiones dubdaba el Rey de otorgar batalla á su sobrino. Y quando el Conde vido que su tyo no le avía otorgado aquella grazia, fué muy enoxado y prosternándosse, besóle al Rey las plantas le diziendo: que si aquella grazia non le otorgaba, que él departirse ía de la corte, que nunca mas le habia de ver en Francia; y suplicaba el Conde á los barones y grandes señores que allí estaban, que intercediessen con el Rey paraque fuesse contento de le otorgar la batalla. Y viendo el Rey que el Conde con tanta vehemencia estaba deseoso de la batalla, le responde: Ya que vos fincades en tal deseo, yo soy contento que la batalla pase, pero no cuerpo á cuerpo, sino diez mil á diez mil, y vos aunado con los españoles, tengo esperanza que avreis vitoria; cá los tales españoles son muy practicos en esos envites. Y oída del Conde la respuesta del su tyo, replicóle diziendo: Señor, si me queredes fazer gracia, otorguedesme la batalla uno á uno, que en la manera quereis vos, á mi non plaze, porque yo quiero mostrar la puxanza de mi brazo. Y quando oyó el Rey hablar tan esforzadamente al Conde, y vía que todos sus barones le aconsexaban que le otorgasse la bata-

lla, fué contento, cá veía perdida la mitad del reyno de Francia, y tenia esperanza de la cobrar desta guisa. En sabiendo el Conde quel Rey era contento que la batalla fuésse ansí como fincaba en deseo, fué mas alegre que si le oviesse dado una cibdad, y besóle las manos, é por ende dió grazias á todos los demas, en razon de lo que ayudado le habian en impetrar aquella grazia. Y encontinente hizo escrebir letras al rey Sornagero, diziendo: quel Conde acetaba la batalla cuerpo á cuerpo con él; fueras ende que dicho rey Sornagero, truxéra consigo diez mil moros, los quales no habian de traér ninguna ley de armas, y el Conde llevaría diez mil franceses á su semexanza, sin ninguna manera de armas; y estos diez mil de parte y otra, guardarian el campo; y que dicho rey viniesse montado, con todas las armas que él y el cavallo llevar podrían, y que igualmente el Conde llevaría todas las armas que pudiere, y desto el rey de Francia le daba fé, que sería sin fraude ninguna. Y quando el rey Sornagero entendió esta nueva, fué muy contento, y prometió sobre la fé de Mahoma de servar aquel concierto, ansí como queria el Conde. En continente mandó aparexar todo quanto habia menester y dixo al conde de Mares que aprestasse diez mil moros para dicha jornada, y que no llevassen arma ninguna. Y ansi mesmo se apercibió el Conde de todo aquello que le era menester.





# CAPÍTULO XVIII.

Como el rey Sornagero y el Conde vinieron á la batalla, de la qual salió vencedor el Conde.

Venida que fué la jornada que se habia asignado para la batalla, los franceses á la par con el Conde, llegaron al campo en que habia de tener lugar la batalla; y el Rey apartósse con los diez mil franceses, los quales no traían ninguna suerte de armas ofensivas ni defensivas: El Rey tomó á su sobrino y le introduxo en el campo, y dióle su bendicion. É por ende el Rey se retiró con sus gentes á la una parte del campo, y

tras ellos entró en el campo el rey Sornagero con el conde de Mares, al qual el Rey escogió paraque le apadrinasse en dicha jornada, y acompañado que ovo el conde de Mares al Rey dentro del campo, él gelo encomendó á Mahoma y le dió su bendicion, y se volvió con los otros moros, y púsose á la otra parte del campo. Y quando el Rey y el Conde se encontraron solos en el campo, llegáronse y besáronse en la boca, y el Conde se encomendó á la Santa Trinidad, y el Rey á Mahoma; y alongandose recíprocamente lo que era necessario, lanzáronse el uno contra el otro con tan grande furia como pudieron llevarles los cavallos, baxadas las lanzas (empero cada qual traía en el arçon de la silla una buena hacha y su estoque), del primer encuentro quebrantaron las lanzas en menudicas piezas, y enseguida pusieron mano á las hachas, y descargáronse tan recios golpes, que todo el campo brillanteaba al fuego que se hazian salir de los arneses; y viendo uno y otro que con las hachas no podian se dañar, echaronlas, y metieron mano á las espadas y comenzaron á se herir tan terriblemente, que á piezas iban por tierra los escudos; comoquierque por ser el rey Sornagero mas diestro quel Conde, asestó tan poderoso golpe sobre la cabeza del su cavallo, que le lanzó en tierra maltrecho, cuydando el Rey que el cavallero caerse ía del cavallo. Y quando vido el Conde que su cavallo quedaba ansi malferido, desenredó los pies de los estribos y saltó alígero á la otra parte, espada en mano, y puesto el escudo por delante de los pechos. Y quando el rey de Francia y su gente vieron quel Conde quedaba á pié, y el rey

Sornagero á cavallo, comenzaron de llorar cuydando quel Conde era vencido, y el Rey dixo á los suyos que calláran, non oyesse el Conde como lloraban, ca serian causa que amedrentarse ía. Y estando ansi el Conde á pie, esperaba quel Rey viniesse sobre él, y viendo que no venia, dixole: como non venis, que atendeis? Y el rey Sornagero respondió: porque estoy atendiendo que os deis por vencido, y quel rey de Francia para rescatarvos la vida, prometa de darme tributo anual assi como entre nos queda concertado. Y quande el Conde oyó aquestas razones, fué muy ayrado y dixo: Yo entiendo que vos cuydais que acá somos venidos á ser novios: movedvos é hagamos aquello para que somos. Oyendo el Rey que el Conde le fablaba con tanto denuedo, le dixo: Yo he de vos mucha piedad, pues en tan grande mocedad queredes morir. Replica el Conde: Tenelda de vos mismo y fazed lo que podais, ca á Dios gracias non he yo todavía ferida ninguna, é menor vergüenza fuera para mi lo que me demandais vos, que morir en el campo. Estonçe el Rey acordó de le matar y corrió hacia él con animo de le pisotear con el cavallo; pero el Conde desvióse con ligereza, y al pasar el cavallo por delante del, dióle con la espada tan sendo golpe sobre las narizes, que le fendió en dos partes la cabeza y el cavallo cayó muerto en tierra, y el Rey viendosse á pie, vino para el Conde y comenzó de le ferir quanto podia, y el Conde á él sin ninguna piedad como dos bravos leones. Y viendo el Rey que de aquella suerte non podia reportar victoria del Conde, discurrió que abrazandose con él non podia ser que non le

venciesse, y ansi cuydando, embistió con él muy furiosamente y abrazóse con él; pero el Conde sabia de luchar y cogióle tambien ansi como era menester. Y los franceses viendo que estaban en tamaño peligro, non cesaron de rogar á nuestro Señor Dios que diesse victoria al Conde, y los moros semexantemente hazian oracion á Mahoma paraque venciesse el Rey, y en esta guisa estuvieron luchando un buen espacio. Empero el Rey mucho se fatigaba, y dixo: Ó esforzado cavallero, yo conozco que estais fatigado, por ende queredes reposemos un poco? Contexta el Conde: Fatigado yo non lo estoy; comoquier, si vos queredes reposar, soy contento. Y assi dexáronse uno al otro, y el Rey fué á se assentar sobre su cavallo que fincaba muerto en el campo, y el Conde non quiso se assentar, sino que hincó en tierra la punta de la espada y recostósse sobre el pomo, y desta suerte permanescieron un luengo espacio hasta quel Conde dixo: levantedesvos é tornemos á nuestra batalla cá medio dia es por filo, y los cavalleros que guardan el campo se amohinan. Responde el Rey: soy muy contento. Y encontinente ambos los dos se levantaron con los escudos por delante de los pechos; y se comenzaron de herir con tal furia, que bien mostraban ser enemigos mortales, ca los escudos saltaban por tierra en astillas; y el Conde le descargó tamaño mandoble sobre el yelmo, que la espada se quebró que non le quedó en la mano mas quel puño. Y quando el Rey vió desarmado al Conde, firióle tan furiosamente que daba espanto, y el Conde non se olvidó jamas de deprecar á la Divina Potencia que le deparasse victoria

y ayuda de aquel enemigo de la Santa Fe, y el Rey non cuydaba sino de ferir al Conde, de manera que forzoso le fué dexar el campo, y retraerse un poco. Lo que viendo los franceses, comenzaron de llorar pensando quel Conde era vencido, y retrayendosse el Conde, divisó en el arçon de la silla del cavallo del rey Sornagero, una bisarma muy gentil y muy bien templada, la qual el Rey habia mandado hazer. Y el Conde corrió azia el cavallo y apoderósse de la bisarma, y volviósse mucho furiosamente azia el Rey y asestóle un tremendo altibaxo so-



bre el yelmo que le alcanzó la carne, de suerte que el Rey non osaba se menear ca la bisarma le fería de modo que el Conde non la podia arrancar, tan metida estaba dentro del yelmo. Y estando ansi el Conde, sacudió un puntapie sobre el escudo del Rey tan furiosamente, que la bisarma se quebró non seyendo forxada sino para estocada. Y quando el Rey

vido al Conde otra vez sin armas, dabale sosquin tanto que movia piedad, y el Conde estaba tan cansado, que quisiera reposar si le diesse lugar el Rey; pero el dicho no queria sino haber victoria. Y quando el Conde vió que llovían en él tantas desventuras, estaba muy desalentado, y no acertaba á imaginar una salida en tan arduo caso. Empero en esto vino á remembrarse de la espada que la señora Melior le dió á la salida del castillo de Cabezadoír la qual venia atada en el arçon de la silla de su cavallo que fincaba muerto, y encontinente andovo allá do yacía, y sacó la espada, la qual habia pertenescido al Emperador difunto, que era padre de Melior, y en teniendola en la mano, cobró tan grandíssimo esfuerzo que era maravilla; y encontinente se dirigió contra el Rey con mucho denuedo, y comenzóle de herir tan furiosamente, quel Rey esclamó: O Mahoma, si tu non me acorres, ciertamente yo fincaré vencido. Y en toda sazon esforzabasse á herir al Conde quanto podia, empero el Conde cobró tanto animo con aquella espada de su señora, que le parescia como que nada non oviesse hecho. Viendo el Rey que no podia levantar el brazo, púsose de hinoxos delante del Conde y pidió de gracia que non le matara, ca era contento de tener y servar los pactos y conciertos que habian hecho; y de ser súbdito al rey de Francia y de le dar tributo. Y quando el conde de Mares vido al Rey que estaba ansi, magüer non cuydaba de la jura que el rey Sornagero habia prestado, es á saber, que ninguno de los moros traeria armas, y el habia ordenado á cada uno que truxesse escondida una espada;

y ansi non fizo sino entrar por el campo con mucho denuedo y todos los otros juntos con él, vociferando, que parescia que la tierra se hundiesse, y cogieron al Conde y gelo llevaron, cuydando que era muerto el rey Sornagero. Y quando los franceses vieron que iba malo el juego, entraron por la otra parte del campo y se apoderaron del rey Sornagero para se lo llevar adentro de la cibdad; empero los moros firieron en ellos muy furiosamente, y los franceses, pues no tenian armas, se comenzaron de retraer azia la cibdad, y soltaron al Rey. Y el Conde sin cesar gritaba: El traydor del rey Sornagero que me ha roto la fe! Y el rey de Francia cuydando que su sobrino era muerto, volviosse plañendo y llorando con la su gente. Y ansi entraron los franceses en la cibdad, y el rey Sornagero entre ellos.





# CAPITULO XIX.

Como el conde de Mares prendió á traycion al conde Partinobles y gelo llevó al campo de los moros.

Y EN esta guisa prendió el conde de Mares al conde Partinobles y gelo llevó hasta el campo do avian fincado los dos Reyes moros, y por el camino non cesaba el Conde de gritar: O traydor, y la fé que me ha dado tu señor has querido romper! Y el conde de Mares non le respondia cosa sino que caminaba tanto como podía, ca tenia temor que los franceses non le fuessen á los percanççes. Y en esta manera llegaron al campo do

fincaban los Reyes, los quales viendo llegar al Conde en aquella guisa, le demandaron con grande presteza, que do quedaba el rey Sornagero, y si muerto ó vivo. Y el Conde les narró toda la verdad de lo caescido, y como traían al conde Partinobles. Y quando los Reyes oyeron que habia dexado á su señor en el campo y se habian llevado á su enemigo, rescibieron por ello grande enoxo, y sin mas razones apelaron á las espadas y dieron muerte al conde de Mares, y despús rescibieron al conde Partinobles y lo tuvieron en su real con mucha grand' honra, ansi como se acostumbraba de hazer con las grandezas, haziendo cuenta, que si el rey Sornagero estaba vivo, que dando al Conde cobrarle ían, y que si era muerto, que harian partido con el rey de Francia, que les dexasse ir seguros á su tierra, dando en vueltas al Conde: con este acuerdo guardaban al conde Partinobles.





# CAPÍTULO XX.

Como el rey de Francia cuydando que su sobrino era muerto, estaba encerrado en el palacio y haziendo el mas triste llanto que jamas se fiziesse.

AHORA digamos del rey de Francia, el qual cuydando que era muerto el conde Partinobles, se encerró en una camara del palacio y allí hacía el mas triste llanto que se oviesse fecho jamás, y desta guisa estovo toda aquella noche, y venido el otro dia, todos los cavalleros vinieron al palacio y el rey Sornagero entre ellos, empero nadie non le conoscia, y el Rey mandó abrir el palacio y que entrassen todos para acordar

lo que habia de hazer, y como podria aver noticia de si el Conde era muerto ó vivo; y estando todos entro el palacio y viendo quel Rey era tan mohino, que nadie non le osaba habl[illegible], sino que estaban aguardando que el Rey manifestasse su voluntad, y en el instante el Rey comenzó de dezir gritando á grandes voces: O el traydor del rey Sornagero, y tamaña traycion ha hecho, y despús de me haber dado la fe de hacer venir las sus gentes sin armas, él como á traydor gelas fizo traer y ha roto su fe. Y quando el rey Sornagero oyó aquestas razones, que estaba baraxado entre los cavalleros que hi eran, que non le conoscian, avezindose á el Rey y dixo: señor, non digades traydor, que non lo manda Dios,



que ya mas haya fecho á naide traycion, ca por ello soy venido acá en vuestro poder, empero por haber yo fiado el campo al conde de Mares, he hecho grand folía, y maldito sea el señor que quiere fiar de ome civil, sinon sea gentil-hombre naturalmente: empero mandad escrebir letras á mi campo para saber si el Conde finca ó no vivo, ca si finca vivo, por mí lo darán, y si finca muerto, fazed de mí aquello que os viniere en grado; y porque echeis de ver que non soy traydor, he querido venir en vuestro poder. Y oído que ovo el Rey aquestas razones, fue muy espantado, ca non le conoscia, y demandó á los cavalleros que si le conoscian, y todos dixeron que no. Estonçe dixo un cavallero español: Señor, mandedes sacar los cavalleros que el señor Conde vos presentó quando vinieron de la segunda cavalgada, y ellos vos diran la verdad si es aqueste el rey Sornagero. Lo que oyendo el Rey, encontinente mandó abrir una sala en la qual eran aquellos cavalleros, y ordenó de como saliessen afuera. Y quando los cavalleros vieron su rey, afinoxáronse en tierra delante dél, y le besaron las manos. Y esto viendo el rey de Francia, bien conosció que aquel era el rey Sornagero, y tomóle de la mano y fízole assentar á su lado, haziendo cuenta que tenia á su sobrino; y prestamente hizo escrebir letras á los dos Reyes y al conde de Mares les diziendo: que vista la presente, antecogiessen al Conde y lo condugessen á la cibdad de Paris, lo qual mas honradamente que podrian; y en esto la nueva esparcióse por la cibdad de como el rey Sornagero fincaba en poder del rey de Francia. Y en lo sabiendo los espa-

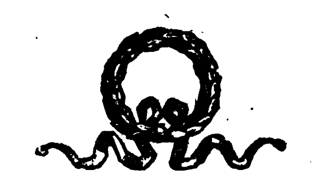
ñoles, fueron alegres en gran manera. Y en este entremedio ya los mensageros habian partido con las letras. Y estando el rey de Francia con el rey Sornagero en la sala, tenia mucho vehementíssimo plazer de le oir narrar como habia passado la batalla, y las valentías quel Conde dexaba hechas en aquella jornada: y mientras tanto los mensageros llegaron al campo de los moros, y presentaron á los Reyes las letras, los quales fueron muy espantados, cuydando que les pedian para les declarar por traydores por la traycion quel conde de Mares habia hecho, ó por razon de haber dado muerte al dicho Conde sin permission de su señor; é por ende escrebieron á el Rey diziendo: como habian muerto al conde de Mares por su traycion, y que tenian á buen recaudo al conde Partinobles muy bien custodiado, y que viesse Su Alteza que queria; y encontinente los mensageros volvieron á la cibdad con las letras. Y leído que las ovo el rey de Francia, y supo que su sobrino el Conde fincaba vivo, fué tan alegre que era maravilla, y el rey Sornagero semexantemente: ca bien se le alcanzaba que si el Conde fincasse muerto, que la vida suya non podia ser mucha. Y ansi mismo era muy alegre en saber quel conde de Mares le era traydor, y le habiendo causado vergüenza tanta, habia llevado la paga que como á traydor merescida se tenia. Y de todo esto hazia loores y gracias á Mahoma, que era su Dios. Y todos los grandes señores ansi franceses como españoles, y todos los restantes estaban tan alegres sabiendo cierto quel Conde fincaba vivo, que era grande maravilla, ca todos le tenian puesta aficion por

sus grandes valentías: empero los españoles le querian sobre todos los demás por su virtud; por ende el Rey y todos los cavalleros ordenaron que mandassen echar pregones por todo el reyno de Francia, que so pena de perder la vida ninguno non fuesse osado de enoxar á los moros en ninguna cosa, y que qualquier fiziesse lo contrario, encontinente fuesse condenado á perder la cabeza. Y dende luego es-



crebieron letras á los dos Reyes moros que viniessen en continente á la cibdad de Paris y truxeran al Conde lo mas honradamente posible; y escritas que fueron las letras, el Rey envió con ellas á los dos Reyes moros. Y sabiendo los Reyes moros quel rey Sornagero fincaba vivo, fueron por ende muy alegres y contentos, y encontinente al conde Partinobles le notificaron como era llegada la nueva quel rey Sornagero fincaba vivo, y que habian habido letras que anduviessen á la cibdad de Paris, y que allá gelo llevassen; y el Conde fué alegre en ser sabidor que saldria de captiverio. Y luego los Reyes se engalanaron lo mexor que podian, y escogieron los mexores cavalleros del campo á que fuessen con ellos.

Y tomaron al conde Partinobles muy honradamente, y lo pusieron en medio de ambos los Reyes, y desta suerte partieron en derechura á la cibdad. Y quando el Rey supo que venia, salió afuera de la cibdad de Paris una legüa, y tambien el rey Sornagero, y encontraron con los otros dos Reyes y el Conde. Y desque el rey de Francia cató á su sobrino, corrió á le abrazar, llorando de gozo que tenia, y assí el rey Sornagero fue azia el Conde y abrazóle diziendo: O buen cavallero, ciertamente yo puédo dezir que he sido vencido por el mexor cavallero del mundo. Y en estas y otras razones dieron juntos la vuelta á la cibdad de Paris. Y despus concertaron, que á la otra mañana viniessen todos al palacio del Rey para cumplimentar todo aquello que prometido habian, y ansi fue hecho. Y el Rey les fizo dar buen recaudo de todo lo que habian menester, muy abundantemente. Y desta suerte fueron ajustadas las pazes.





# CAPITULO XXI.

Cómo los Reyes moros quissieron que fuesse declarado por justicia, si por la caescida muorte del conde de Mares eran traydores ó non.

TORNEMOS ahora á dezir de los Reyes moros, los quales habian dado muerte al conde de Mares, sin permission del rey Sornagero que era señor sobre dellos, para lo qual siendo delante del rey de Francia todos tres los Reyes, dixo el rey Ansion, que suplicaba á sus Altanerías que declarassen en que manera habia de ser descargado de la muerte del conde de Mares, porque quando fuessen en la corte de su Rey, non fue-

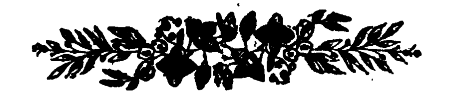
ssen dichos traydores por razon de le haber muerto en aquella guisa. Y oyendo esto ordenó el rey de Francia en continente, de cómo se ayuntaran todos los sabios de su corte, y ayuntados que fueron, el Rey les notificó lo caescido, y como aquellos dos Reyes habian muerto al conde de Mares sin permission de su señor el rey Sornagero, que discurriesen allí en continente si por aquella muerte eran traydores ó non. Y desque los sabios hubieron entendido el caso, ellos se apartaron en una sala, y allí dotrinaron quel Conde por haber fecho mancamiento, y por haber roto la fe que su Señor habia prestado, y por haber dexado al Rey en el campo y se llevado á su enemigo, merescia aquella pena y aun otra de mayor. Y por estas razones quedaban des-




cargados los Reyes de ser traydores. Y estonçe el rey Sornagero restituyó al rey de Francia todos los

castillos y villas que llevado le habia, y prometió de le ser vassallo toda la vida, él y todos los sucesores, y que cada un año rendirle ian parias; y el rey de Francia y el Conde fueron muy alegres, y fuéronle acompañando hasta el puerto de Marsella donde se embarcaron los Reyes.





# CAPÍTULO XXII.

Como la madre del Conde, sabiendo quel reyno de Francia era libertado de los moros, vino á la cibdad de Paris y el Rey y el Conde salieron en su rescebimiento.

Y En habiendo que hubo noticia, la madre del Conde, de que su hijo habia libertado á todo el reyno de Francia de aquellos tres Reyes moros, ella fué muy alegre, y acordó de andar á la cibdad de Paris á ver al Rey su hermano y á su hijo; encontinente se partió del castillo de Bles. Y quando el Rey supo su venida, aparexósse con el Conde para salir rescibiendo á su hermana. Y quando estuvieron á dos legüas de Paris

la encontraron, y tras de muchas cortesías, ellos regresaron á la cibdad y el Rey quiso que su hermana posase en su palacio junto con el Conde. Y ansi, estando un dia el Rey departiendo con su hermana, ella le dixo: que tomaria plazer en que el Conde fuesse casado y que sabía una donzella la qual era sobrina del Papa, y que sería acertado la diessen á su hijo; y le narrando todo el hecho de Melior, ansi como su hijo le habia dicho; bien que no sabía que fuesse emperatriz, ca el Conde non le habia dicho mas quel nombre, y ella estaba en creencia que era alguna fada. Lo que sabiendo el Rey, fué muy contento, y encontinente escribió letras á el Papa sobre el casamiento; y el Papa entendiendo la su buena fama del Conde, fué contento, y dixo que darle ía quatro castillos y cien mil ducados en dote; empero el Conde nada de esto sabía. Y quando el Rey supo que el Papa era contento, apartó al Conde y le dixo que lo habia desposado con una dama, sobrina del Papa, y le rogaba que fuesse contento: empero el Conde haziendo memoria de la Emperatriz, no queria consentir en que dicho casamiento tuviesse lugar. Y en este discurso de tiempo, el Papa habiendo por efectuado el dicho matrimonio, envió en Francia un cardenal para desposar al Conde. Y en sabiendolo el Rey, fue muy ayrado porque su sobrino non era contento, acerca de lo qual, se concertaron el Rey y su hermana en que diessen una bebienda al Conde, la qual le pondria por doze horas sin sentido, y de aquella manera desposarle ían con la donzella, y ansi fue hecho, que aquella noche en cenando le soministraron dicha bebien-

da que non lo echó de ver, y apres enviaron por el cardenal, y encontinente le desposaron y los metieron en el lecho. Y la donzella besó al Conde y el dormia. Venido que fué el otro dia quel Conde despertó y encontró la donzella en el lecho, estuvo espantado, y gritó que le diessen los vestidos que queria andarse con la su señora Melior, y la donzella le abrazó diziendo: yo soy vuestra muger, que no aquella fada. Y el Conde se volvió y dixo: donzella, andedes en buen hora, ca Melior es mi señora, que non otra. Y la donzella le quiso detener por fuerza, y él le dió una bofetada que casi todos los dientes le derribó. Y luego, se levantó del lecho, vistióse muy cuytoso, y descendió por la escalera abaxo.





# CAPÍTULO XXIII.

Como el Conde se volvió al castillo de Cabezadoír no queriendo consentir en el casamiento.

Y Cuando el Conde vió que su tyo le habia jugado tal burla, encontinente cavalgó y se fué para el puerto adonde habia encontrado la nave la primera vez, y allí encontró una nave que la Emperatriz le habia transmetido, ca ya sabía todo el hecho, y el Conde embarcósse prestamente, y siendo embarcado izaron velas los marineros, pero non los vía, ni los marineros á él, ca todos eran tomados de encantamiento; y hubo un viento

tan propicio que en dos dias arribaron al castillo de Cabezadoír, y en siendo en el puerto, el Conde se metió en una barca y salió á tierra; y llegando á la cibdad dexó el cavallo á la puerta del castillo y entrósse para dentro como tenia vezado antes de se partir; y llegando á la sala encontró aparexadas las tablas, ca era la hora de cenar, y asentósse en la silla que estaba cabe la mesa y asohora vió venir el aguamanil, el pichel y la toalla y tomó agua-manos, é apres comparescieron muchas suertes de viandas ricamente condimentadas, y frutas para le confortar, ca venía nauseado de la mar. Y cenado que hubo, entrósse en la cámara en donde solia dormir, y luego se desnudó, y metiósse en el lecho; y estando assi rezando oraziones, sintió venir una persona por la cámara, la qual era la Emperatriz, y despues de desnudada metiósse en el lecho, y el Conde le hizo mil caricias y demostraciones de amor le narrando todo lo avenido en las batallas y como habia alcanzado de los reyes moros victoria. Despues de lo qual, la besó en las manos le demandando grazia; y la Emperatriz le pidió que de qué demandaba grazia, y él la respondió: Señora, errado hé, pero non de mi grado, ca sepades por verdad que en la corte del Rey mi tyo me desposaron con una donzella, sobrina del Papa, empero yo non vine en ello ca no estaba en mi juyzio. Y quando la Emperatriz oyó aquesto, le dixo: Ciertamente señor, prometido os he de perdonarvos qualesquier cosa, fueras ende que si vos por alguna via me descubris el corazon antes que hubiessen pasado los dos años, que sin ninguna grazia os haria morir muy cruelmente. Y en estas

razones, volvió el Conde á ge la acariciar diciendole mil reqpiebros y demostraçiones de amor: y en esta guisa estovo el Conde con la Emperatriz dos meses, teniendo siempre la misma regla en el comer, beber y dormir, sin jamás ver persona alguna.





# CAPITULO XXIV.

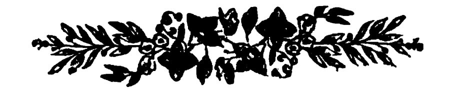
Como el Conde demandó á la Emperatriz licencia para volver en Francia por causa de los españoles, que non hobo remembranza de se despedir dellos.

PASSADOS los dos meses, remembrósse el Conde de los españoles que fincaban en la cibdad de París, que non se habia membrado de se despedir de ellos: y cuydando el Conde que era gran descortesia de non les haber dicho cosa alguna, deliberó de demandar licencia á la Emperatriz para volver á Francia á se despedir de los españoles; y ansi por la noche, estando en el lecho, el Conde notificó su intento á la Emperatriz, y la

Emperatriz viendo que tenia razon, le respondió: que era muy contenta, empero que le fiziesse prometimiento de volver çedo, en breves dias, y que se acordasse de lo que habia prometido, que por ninguna via no descubriesse el su corazon; y ansí gelo prometió. Y venida que fué la noche, la Emperatriz le dixo: Fincad señor en el lecho, que yo quiero ir á os aparexar aquello que habeis menester para el vuestro viage; é hizo guarnir una nao ansi como habia de costumbre, y le fizo aparexar muy ricos vestidos, y un cavallo gris. Y venido el dia claro, el Conde se levó muy alegre y halló sobre el estrado los vestidos que la Emperatriz dicho le habia, y vestido que fué, salió del palazio y anduvo á la puerta del castillo, y allí encontró el cavallo ansi como dicho le habia; y non curó sino de cavalgar y andar al puerto adonde otras veçes habia estado, y allí encontró una nave muy bien ataviada, y vido la barca junto á tierra que le esperaba; y non fizo sino descabalgar, y tomó el cavallo por la rienda, y entrósse en la barca, y estando en ella dirigiósse á la nave, y arribando á la nave subió y encontinente se hicieron á la vela; pero jamás non via á nadie: y en dos dias arribó adonde solia, y tomó su cavallo, y desembarcó y anduvo al castillo de Bles, y allí encontró á su madre, la qual en sabiendo que supo que él era venido, fué muy alegre, y demandóle que como iba la fada; y él responde: Señora non digades fada, ca non es fada, antes bien ella es la mas gentil dama del mundo; pero dexad que se cumplan los dos años que estonçe discurrireis si es fada. Responde la madre: Fijo, comoquier que vos

non podeis catarla, bien podeis ominar que es fada ó maligno espíritu. Oyendo aquesto el Conde, fué muy ayrado y dixo: Sepades cierto señora, que si vos andais zaheriendo la cosa que mas amo en este mundo, que jamás non volveré en vuestra casa. Viendo su madre quel Conde se enoxaba, le dixo: Señor hijo, non vos lo diré mas puesto os enoxais, antes rescebiria plazer que fuessemos á Paris á ver á el Rey vuestro tyo; y él fué contento. Y luego se aprestaron de todo lo que habian menester para la via.





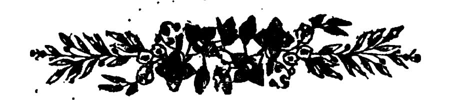
# CAPÍTULO XXV.

Como el Conde anduvo á la cibdad de París para demandar á el Rey que era de los españoles.

Y DENDE luego partieron el Conde y la su madre para andar á París, y desque el Rey supo que su hermana y el Conde venian, salió dos leguas lexano de la cibdad en su rescebimiento. Y en viendolo el Conde, encontinente descavalgó, y le tomó las manos á besar, y el Rey le besó en la boca diziendo: Nuestro Señor Dios te guarde de trayciones. Y despues entráronse juntos por la cibdad y allí estuvieron algunos dias. Y

quando la donzella con la que desposarle ían al Conde, que habia nombre Elisena, supo que su esposo estaba allí, encontinente escribió letras al su tyo el Papa, diziendo que supiesse su Santidad como su esposo era llegado de las tierras de la fada, que se diesse mano en que no redundaria en mengüa de su honra; y transmetió las dichas letras con dos sus vassallos, les encareciendo que volviessen ansi como mas luego podrian con respuesta del Papa. Empero el Conde nada sabia desto, ni el Rey se apresuraba á se lo notificar, por no darle pesadumbre. Y estando un dia en la cámara, el Conde y su tyo, departian acerca del rey Sornagero, y el Conde hubo remembranza de los españoles y demandó al Rey do eran, y el Rey le responde: que por el reyno los habia repartido, y que habian ido muy ayrados ca non cuydó les notificar nada de la partida.





# CAPÍTULO XXVI.

Como el Papa envió un obispo á la cibdad de París para meter zizaña entre el Conde y la Emperatriz.

VOLVAMOS ahora al Santo Padre, el qual sabidor de que el conde Partinobles, que era el esposo de su sobrina, era llegado y que no estaba con ella, tomó grandíssimo enoxo que nadie non osaba le hablar. Y hallandose un dia en la cámara, discurriendo modo como dar cima al negocio á fin que no redundasse en menoscabo de su honra de su sobrina, entró en la cámara un obispo, el qual era muy su amigo, y viendóle ansi imagi-

nativo, demandógele la razon, y el Papa se lo narró todo como caescido se era, y en quanto sopo el obispo la verdad, le dixo que si le daba un arçobispado, que él dar ía recaudo como el Conde pusiesse aborrecimiento á aquella fada; el Papa gelo prometió, y encontinente el dicho obispo se partió para andar á la cibdad de París; y llegado que fué á París, el Rey le hizo mucha grand' honra y fincó en la corte un mes para saber la práctica de las gentes: y en aqueste tiempo iba cada dia á la sala del Rey, magüer bien se guardaba de decir la causa por la que era venido. Un dia el Rey departiendo con el obispo, le dió cuenta de todas las fazañas del conde Partinobles en la passada guerra, y como iba á se perder por aquella fada, que nada sabian della. Y estonçe respondió el obispo: Mucho ciertamente me desplaze que en tal punto esté ese negocio; en verdad perderse ha el cavallero si no dais en ello recaudo y que se aparte de aquella fada, empero si vosotros lo habeis en grado, yo pondré desacuerdo entre ellos, esto es, que dexeis se confiesse conmigo y dexadlo á mi cargo, ca yo convertirle he en tal guisa que vosotros quedeis contentos; y le dixeron que rescebirian en ello mucho plazer. Y encontinente el Rey y su hermana tomaron al Conde y lo llevaron á una cámara le diziendo: Señor, qualesquier christiano es tenudo de se confessar y comulgar una vez por año, y por ello es que nós, vos queremos declarar que hay aquí un obispo, el qual viene facultado del Papa para absolver qualquier crimen, y nós quedamos ya confessados con él; é por atal quisieramos señor, que vos á fuer de buen christiano os confe-

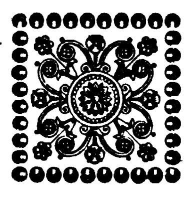
ssareis para fincar absuelto de todos vuestros pecados: lo qual oyendo el Conde, creyó ser verdad ansi como decian y dixo estar contento; y ansi fue á se confessar con el obispo el qual le hizo tal admonicion con su confession, que hubo de le declarar to-



da la verdad de lo caescido. Y quando el obispo estuvo en el secreto, le dixo: Fijo, sepades que aquesto non ha esencia de persona magüer sea su hablar en lengüage natural, ni hagais cuenta de tener con ella comercio, antes hemos sin dubda de ominar que es malíno espíritu, ca esos atales van entre las personas, que non les pueden catar: empero á ese fin de que veais la experiencia del que

dicho os hé, yo os daré una linterna, la qual será encantada, y habrá dentro aquella linterna una candela que de continuo arderá hasta que la dicha linterna sea quebrada, y vos llevarla heis oculta, y en seyendo en el castillo tenedla muy bien envuelta entre la capa, é aprés en yendo á dormir metedla debaxo el lecho muy en secreto, y quando ella haya venido, dexadla que razone á su sabor hasta que finque fatigada y despús que duerma; y quando conoscereis que dormirá, sacad entonçes la linterna y descubrid el lecho, y si es malíno espíritu, á buen seguro no podreis vella, y si persona bien podreis vella sin dubda alguna, y desta suerte vos saldreis de suspicion. Y el Conde oidas estas admoniciones, creyó ser verdad, y ansi prometió de hazer lo mandado; y el obispo le dió una linterna la qual era encantada, ansi como queda referido. Y quando el Conde tuvo la linterna, encontinente cavalgó y fuésse para el puerto á do habia dexado la nave al llegar, y halló la barca aparexada, y entró adentro con su cavallo y asohora echaron velas, y la nave comenzó su derrotero; y el Conde iba muy alterado pensando en su empresa. En estos pensamientos arribó la nave al puerto de Cabezadoír, y el Conde antecogió el cavallo y entró en la barca, y la barca lo llevó hasta tierra. Y estando en tierra montó á cavallo y enderezó hácia el castillo, y entrando por el portal estuvo indeciso, ca recelaba que la señora Melior non supiesse la traycion que hacer queria, y descavalgó y anduvo á la sala á do tenia acostumbrado á comer, y encontró las tablas aparexadas, y se assentó y tomó agua-manos; y aprés vinieron

muchas suertes de viandas muy bien condimentadas. Pero el Conde estaba tan imaginativo en lo que llevaba ánimo de hacer, que non podia catar de las viandas, y las piernas le temblaban. Y venida la hora de dormir, vido comparescer las antorchas ansí como de costumbre, y siguiólas, llevando siempre la linterna que le habia dado el obispo muy bien oculta entre la capa. Y en estando en la cámara, metióla so el lecho, y apres se desnudó y metiósse en el lecho y las antorchas se alongaron; y luego sintió venir á la Emperatriz, y quando llegó al lecho se desnudó, y en estando en el lecho luego comenzaron de razonar: y ansi ella se durmió, y el Conde se levó muy secretamente, y tomó la linterna, sacó la candela que dentro estaba, y descubrió á la Emperatriz.





# CAPÍTULO XXVII.

Como estando el Conde mirando á la Emperatriz, le cayó una gota de cera de la candela en la mexilla.

Habiendo el Conde descubierto el lecho, vido á la Emperatriz que estaba sumergida en profundo sueño, y miró el Conde la grande gentileza de aquella señora, fincó asombrado y casi estaba sin seso y sin sentido; estando ansi conturbado se la mirando, cayó una gota de cera de la candela en la mexilla de la Emperatriz, lo qual hubo de ser causa que despertasse. Y viendo que era descubierta, gritó un gran grito es-

clamando: Vírgen María valme! y cayó mortecida. Y quando aquesto oyó el Conde, dexó caer en tier-




ra la linterna y comenzó de llorar enviando en malhora á la su madre, y al obispo, y á todos cualesquier habian sido causa que él fiziera tal traycion. Y quando la Emperatriz hubo vuelto en sí de su desfallecimiento, comenzó de llorar y decir: Ó ca-

vallero el mas traydor, que en mal punto cometido habedes tal desaguisado, ca sepades por verdad que vos faré dar muerte con tanta crueleza, cuanta jamas cavallero sufrió: aquesto es lo que prometido me habedes asaz á las vegadas, y agora finca deshecho todo mi encantamiento, y todos los del imperio habrán noticia de mi deshonra, ca non puede ser que non os vean todos los del palazio; y si vos cometido non oviessedes tal traycion, vos non les podriais catar, ni ellos á vos. O traydor! y puesto que por tanto tiempo habiais esperado, no podiais esperar seis meses, y fuera acomplido el término de los dos años y fuerais señor de mi y del imperio. Y diziendo estas razones, ella se iba vistiendo, y el Conde estaba de rodillas demandandole misericordia y haciendo prometimiento que jamás volvería á tal errada; empero la Emperatriz non gela queria perdonar, antes con mucha furia le dezia: ciertamente traydor vos no escapareis de la muerte, puesto que de tal manera envergoñida me habedes, ca yo vos habia prometido de perdonaros todos los yerros sino aqueste, y tened por cierto que ya mas no hareis enforcia ni traycion á ninguna donzella. Y en esto la Emperatriz tomó todos los vestidos del Conde, que estaban sobre el estrado, y salió de la cámara dexando al Conde en cueros en el lecho, y esto á fin que non pudiesse escapar, y ella fuésse á la cámara de su hermana Urraca y la hizo levantar del lecho. Y quando Urraca la vido venir haciendo tan triste llanto y mesandose los cabellos, fincó acuytada é hizo levantar çedo todas las donzellas, y la Emperatriz antecogió á la su hermana y gela llevó á una cá-

mara, y allí entre llanto y gemido, le detalló lo acontecido, diciendo: Oh hermana, bien sabedes lo mucho que amaba á aquel cavallero, el qual habia traido del reyno de Francia, y queria fuesse emperador; y ansi me habia hecho prometimiento de non descubrir el mio corazon fasta que fuessen passados los dos años; empero anoche como á traydor hame descubierto, é por atal yo fincaré envergoñida ca todos los del palazio verle han, y él á ellos verles ha, comoquier que el encantamiento queda deshecho; é por ende yo quiero que muera, y ruegvos me aconsexedes. Quando Urraca sopo la causa porque tan grande llanto hacia la Emperatriz, fue por ello muy airada y dixo: Ciertamente señora, él merece la muerte, puesto no ha sabido estimar el bien que tenia, y por tanto aguardedesme acá que yo iré y haré armar cavalleros que lo maten: y dende luego salió Urraca del palazio, é hizo armar cinquenta cavalleros, les diziendo; que un mal cavallero habia sido osado de penetrar en la cámara de la Emperatriz é por ende que estuviessen en la sala delante la cámara, quando saldria el dicho cavallero que lo habian de matar; y apres Urraca tornó á la Emperatriz y le dixo que ya habia dado recaudo en lo ordenado; y la Emperatriz se volvió á la su cámara, y despus vino Urraca y entrando vido al Conde que estaba assentado en el lecho demandando gracia á la Emperatriz, que le quisiera asolver; y la Emperatriz callaba, que bien mostraba en su rostro non tener voluntad de gelo perdonar; é Urraca salió afuera de la cámara y vió muchos cavalleros armados que venian. Y quando el Conde sintió el rumor

de las armaduras, estuvo muy espantado. Y en esto entró Urraca dentro la cámara y quando la vido el Conde católa muy bien, y conosció que era gentil dama, ca tenia la cara muy placiente y agraciada, la cabeza chica, y los cabellos rubios como si fues-



sen hilos de oro, los ojos grandes y negros, y las cejas bien arqueadas, y la frente blanca como papel; la nariz pequeña y afilada, la boca chiquita y encarnada ansi como el coral; los dientes menudos y

blancos; la color del rostro como una rosa; y el qüello delgado; el seno tal como una nieve, los brazos largos y bien torneados; las manos cortas y blancas; los dedos largos y estrechos; y la proporcion del talle muy esbelta, y en la cintura era delgada. Todas estas perfecciones vido el Conde en la gentil Urraca á primera vista. Y viendo Urraca que el Conde estaba desnudo, se fué hácia él para mirar su disposicion, y quando le vido tan gentil, hubo de él grandissima piedad, cuydando que la muerte le estaba aparexada, y dixo: O señor hermano, y porque habeis querido agraviar á la señora Emperatriz que tanto os amaba; no podiais comportar hasta que fuessen cumplidos los dos años, y señor fuerades de mi hermana y de todo el su imperio; ca ome que habia tanto comportado, non podia comportar seis meses que faltan para cumplimiento de los dos años, que ella os lo fuera á demandar, y vos habeis quebrantado vuestra palabra. Ciertamente señor hermano, non podeis escusarvos que non seais muy culpable en todas maneras. Y quando el Conde sopo que aquella tan graciosa dama era hermana de la Emperatriz, rescibió en ello un muy grande placer, y le tomó su delicada mano y gela besó, diciendo: Señora hermana, sabed cierto que yo he sido engañado por mi madre y por mi tyo el rey de Francia, y por un traydor de obispo, ca ellos me aconsexaron de hacer lo hecho. Y quando Urraca oyó á el Conde que hablaba tan piadosamente, afinoxósse delante de la Emperatriz y le besó las sus manos y los sus pies, le demandado de grazia que al Conde quisiesse perdonar, pues que habia sido su error por mal

consexo, y la Emperatriz le responde que por ninguna cosa le perdonaria. Viendo aquello Urraca, volvió al Conde que fincaba en el lecho llorando, que non osaba se levantar, ca desnudo estaba y no tenia ropa para vestirse, ca la Emperatriz gela quitó, y le dixo la respuesta que su hermana habia hecho, y el Conde la suplicaba que á ella volviesse y le recabdasse grazia que non muriesse en el lecho tan vergonzosamente, y Urraca tornó á la Emperatriz le diziendo: señora hermana, yo os suplico que el Conde non fenezca ansí, mas si queredes atender, yo deciros he aquello que mas cumple á vuestra honra (esto es) que le devolvais la su ropa y el su cavallo, y quel dexeis ir por do quier. Responde la Emperatriz: Yo quiero que muera aquel traydor. Quando Urraca vió que no le queria valer su hermana, le dixo: señora, hacedle á lo menos gracia de le dar la ropa, á este fin de que tan complido cavallero no muera tan vergonzosamente. Y la Emperatriz dixo: Fazed en ello vuestro querer, empero despachad en dargela, ca está presta la gente quel tienen de matar. Estonçe Urraca fue contenta y anduvo çedo á la su cámara á buscar la ropa del Conde, é apres salióse á la puerta del mar y allí encontró dos naves surgidas, y llamó al patron de cada nave, y les mandó que encontinente se adereza-sen ca la Emperatriz queria enviar un correo en Francia, y oyendo esto los marineros prestamente se pusieron en orden para la partida, y Urraca volvió á el palazio y aparexó el cavallo del Conde y todo lo que llevó quando allí vino por primera vez, é apres entró en la cámara con la ropa de vestir y

ayudó á vestir al Conde, y en seyendo vestido tomóle Urraca de la mano, y anduvieron los dos delante de la Emperatriz, y Urraca puesta de rodillas por el suelo empezóle de rogar: Señora, aved piedad de tan apuesto garzon que non muera. Responde la Emperatriz: Quitedesme delante aquel traydor. Y viendo Urraca aquesto, dixo: Señora, yo iré con él, porque quando los cavalleros le habrán muerto, lo haré soterrar como á noble cavallero; y la Emperatriz fué contenta.





# CAPITULO XXVIII.

Como Urraca libertó á el Conde que non muriesse, y le metió en una nave y lo fizo aportar al castillo de Bles.

Entonces Urraca tomó á el Conde de la mano y salió de la cámara, y quando le vieron los cavalleros, pusieron todos mano á las espadas para darlè muerte, sino que Urraca les dixo: Quedáos, señores, que aqueste es un correo que mi hermana manda á Francia; empero aquel que saldrá es quien meresce la muerte: y nadie se movió, y ansi Urraca sacó al Conde fuera del palazio y le dió su cavallo y su espada, y fuéle

acompañando hasta el puerto y le fizo embarcar, y ordenó al patron de como aportasse aqueste correo hasta el castillo de Bles y que allí lo dexára, y que partiesse aceleradamente, y si la Emperatriz le mandaba á llamar despues de partido, que non volviesse so pena de la vida, y el patron gelo prometió; y en ese entremedio Urraca tomó comiado del Conde, el qual no sabia si era muerto ó vivo de puro turbado: pero quando ella miraba la mucha donosura y gentil disposicion del Conde, no podia se departir del, ca si non pensára que era su cuñado, ella se lo tomaria para sí propia. Y en esto los marineros hizieron velas, y ella montó en la otra nave y fuyó en las torres que su padre dexádole habia, temerosa de que su hermana non la fiziesse matar por haber libertado al Conde.





# CAPITULO XXIX.

Como el Conde arribó al castillo de Bles y no quiso que sus vassallos le recibiessen por señor.

AHORA digamos del Conde, que arribando al portal del castillo de Bles, los marineros lo sacaron á tierra y le acompañaron hasta la puerta del castillo, y allí encontraron algunos vassallos del Conde, los quales al ver á su señor se arrodillaron delante dél para le besar la mano, empero no lo quiso comportar, diziendo: que un traydor como él non merescia que le besáran la mano; y los vassallos estuvieron espantados oyendo

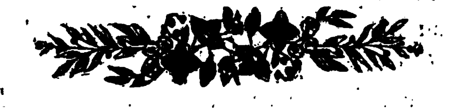
tales palabras de su señor: y encontinente se fueron á la señora para contarle el hecho. Y por ende el Conde mandó que le abriessen la torre que tenia en lo mas alto del castillo, y entró en ella y cerró la



puerta á fin que nadie no entrasse, y quando fué allí comenzó de llorar, gritando y diziendo: Ah de mi triste, porque soy nacido en este mundo para hacer tan grande traycion. O hermana Urraca, porque no quisiste que yo muriesse en el palazio de la Emperatriz, pues bien merescido lo tenia; empero yo creo que á este fin lo habedes fecho porque yo sintiesse mayor pena, y por atal razon me habedes alongado la vida: empero yo haré de manera que dura-

rá poco. Sabiendo la madre del Conde que su hijo hacia tan triste llanto, anduvo á la torre cuydando le consolar, empero el Conde la desonraba en tal guisa, que aquellos que le oian pensaban verdaderamente se habia vuelto orate. Y desta suerte estuvo tres dias sin beber ni comer, sino gritando de contino.





# CAPITULO XXX.

Cómo el rey Sornagero envió su hijo en Francia para que sirviesse al conde Partinobles, y que aprendiesse sus costumbres.

TORNEMOS á decir del rey Sornagero, el qual sabiendo quel Conde habia vuelto en Francia, deliberó de le enviar un hijo que tenia que habia nombre Aufer, y estando dicho Rey un dia en la cámara con su hijo, le habló ansi: Fijo yo quier que andedes en Francia y demandedes del conde Partinobles, y quando halladole habreis, decidle: que yo os mando á él para

que le sirvais, y le direis ser mi hijo, y aprendereis su crianza y sus prácticas. Oyendo Aufer el intento de su padre, fué mucho alegre, ca todo tiempo avia oído decir que el Conde era esforçado cavallero. Y encontinente se partió y andovo á la cibdad de París, y alli demandó en que parte hallaria al Conde, y le dixeron: que lo hallaria en el castillo de Bles. Y Aufer se fué para allí en derechura, y encontró á la su madre del Conde muy atribulada, y le pidió que á do era el Conde, y ella le contó todo el hecho y como fincaba encerrado en la torre; lo que oyendo Aufer, fué muy enoxado y dixo que queria hablar con él, y anduvo á la puerta de la torre y llamó al Conde, y quando el Conde oyó que le llamaban, le demandó: quien sois? Aufer le dixo: yo soy Aufer, hijo del rey Sornagero, y soy venido para servir á vuestra señoria. Estonçe le abrió el Conde; en estando dentro le narró la su malandanza muy largamente, y le dixo llorando con mucho dolor: Amigo, vos habreis de hacer aquello que mandaros he, si quereis estar en mi compañia. Y Aufer le prometió que haria todo lo posible para le servir. Estonçe dixo el Conde: Andedes y haced que me amassen pan de avena, y me lo traed, y me traed un cántaro de agua; y el hy fué y le truxo lo que demandaba, y desto comia el Conde quando le enoxaba la hambre, y ansi estovo cinco meses: y quando el rey de Francia supo que vuelto se era frate y que deshonraba á su madre, no queria ir á le ver, ca sabia ser él la causa. Y finidos los cinco meses, con los quales se cumplian los dos años que habia de esperar para ser emperador, comenzó de

hacer el mas acuitado llanto que jamas nadie non fiziesse; ca no hay hombre en el mundo que en le oir non hubiera dél piedad; y Aufer, y todos quantos escuchaban su quexar, creian que era vuelto orate segun las cosas que decia.





# CAPITULO XXXI.

Como todos los reyes y cavalleros del imperio se ayuntaron, y anduvieron á la Emperatriz para le demandar si habia hallado marido á su voluntad.

TORNEMOS á hablar de la Emperatriz que estaba en el su castillo de Cabezadoír, y mandó que todos los reyes, duques, condes y grandes señores del imperio viniessen; quando todos fueron ayuntados, ella dixo: Que ya sabian como le dieron de término dos años paraque buscasse marido á su voluntad, y que el dicho término habia passado y non pudo encontrar marido de su gusto. Y estonçe le respondieron los re-

yes que eran sus tutores: Pues qué manda vuestra señoria que hagamos; y ella les dixo, que hiciessen lo que les pareceria. Y los Reyes dixeron: Nós, buscarémos el mexor ome que hallar se pueda, que sea igual á vuestra señoria, y aquel elegir hemos para emperador y marido vuestro; y estando en aqueste razonar la Emperatriz y los Reyes, entró en la sala un mensaxero con una letra, y se afinoxó delante de la Emperatriz y besó la letra y la puso sobre su cabeza ansi como es vezado de hacerse con los Emperadores; y ella tomó la letra y la leyó. Y



quando la ovo leido dixo á todos los reyes que alli presentes estaban: Aquesta letra viene de España, en la qual me escriben que alli finca un noble cavallero que es muy esforçado y digno de gran señoria, y por cierto yo quiero le ver, y ansi ruegvos me otorguedes tres meses de tiempo paraque él pueda venir; y non seyendo verdad lo que escriben, estonçe voso-

tros podreis darme aquel que os venga en grado. Y quando esto oyeron los Reyes, fueron muy alegres, ca mas amaban que ella tomasse por sí misma aquel que fuesse de su gusto, á ese fin que apres á nadie non pudiesse culpar, y fueron muy contentos de le otorgar el tiempo que ella demandaba, y se desbarataron las Córtes y cada qual tornó en su tierra. Todo aquesto hacia la Emperatriz para saber nuevas del Conde, y trametió á demandar á su hermana Urraca para se aconsexar con ella; pero ella no queria venir por temor que la haria matar, magüer asaz á las vezes habia mandado por ella y nunca quiso andar, sino que le enviaba á decir que el Conde habia enloquecido. Y con esta congoxa estaba la Emperatriz que mas aina se desvanecia y nadie non sabia porqué. Y en este entremedio los tres meses fueron passados, y los dos Reyes que eran los tutores vinieron para saber si habia hecho escogencia de un marido, y ella dixo que no. Estonçe los dos Reyes dixeron: Forzoso será que nós os lo demos; é por ende, mientras tanto que las Córtes se juntarán entremeteos de alguno que sea vuestro igual, y nós por otra via buscaremos lo que os pertenesce. Y ella les dixo: que era muy contenta; y encontinente escribió una letra á su hermana Urraca le rogando que le diesse aviso del Conde á do era: ella le hizo de respuesta, que quando le habia rogado que perdonasse á el Conde, non le habia querido perdonar, que agora creyesse verdaderamente que era enloquecido. Quando la Emperatriz oyó respuesta atal, fincó muy enoxada y tornó á escrebir á su hermana le diziendo: que magüer el Conde fuesse enloquecido, que

fiziesse de manera que ella le viesse, porque sabia cierto que quando el Conde fuesse ante ella y sabria quel avia perdonado, cobraria la razon. Y viendo Urraca que la Emperatriz fincaba en tal congoxa, estaba muy alegre puesto non gelo quiso asolver antes queria que lo matassen, y agora tanto se daba la mano para le encontrar, y por ende le escribió una letra diziendo: Señora, puesto que el Conde ha perdido por voz la razon, mucha es que vos por él perdais la vida, ca nol veredes mas.





# CAPITULO XXXII.

**Como el Conde estando en el castillo en áspera penitencia y viendo que no podia morir, deliberó de andar en algun boscaxe para acabar la vida.**

HABIENDO estado el Conde ocho meses en tan áspera penitencia, que no habia comido sino pan candeal y bebido solo agua y sin ninguna vestidura sino de sus cabellos, y viendo que no podia morir, deliberó de andar en algun boscaxe y allí fincar sin beber ni yantar hasta que fenescido hubiesse; y un dia platicando con su criado Aufer, el qual era el hijo del rey Sornágero,

le dixo: que ciertamente aquella vida mucho le enoxaba y que deliberaba de andar en algun lugar do tomasse deporte, y que ya podia ser que su enamorada fuesse casada y non se membraba dél; y todo esto hacia el Conde por partirse de allí y andar á otra tierra donde pudiesse morir. Y quando Aufer oyó tales razones fue muy alegre y le dixo: Señor, mucho mas valdrá que partamos de aqui, y yo aportaros he á otra tierra donde comais y bebais á vuestro placer, y quitaros he todos esos cabellos que os afean y en breves dias podeis quedar recobrado de toda vuestra fuerza y disposicion y tornaremos á Paris á la córte de vuestro tyo; y para dar mejor recaudo en aqueste negocio yo tomaré un palafren en el qual vos podreis cavalgar, porque estais asaz entecado y macilento, y yo tomaré un cavallo para mí, y de esta suerte partiremos secretamente que nadie habrá dello sentimiento; y el Conde dixo que era muy contento. Y asohora ordenaron la partida, esto es á media noche, para que non les conosciessen; ca el Conde iba de suerte que fuera vergüenza el mostrarse ante las gentes, y assi partieron los dos, es á saber, Aufer y el Conde; pero el Conde estaba tan flaco que no podia sostenerse en el palafren, sino por Aufer que le tenia siempre puestas las manos á la espalda: ansi atasaxado, caminaron toda aquella noche hasta tanto que hubieron llegado á un sitio muy cercano á las sierras de Ardeña donde otra vez se habia perdido, y en estando alli Aufer descavalgó y ayudó á baxar al Conde, que no podia cavalgar ni descavalgar sino le ayudaban. Y descavalgado que fue el Conde, demandóle Aufer

que queria comer, y el Conde respondió: Traed que comer para vos si queredes, que yo non he yantar, ca mas amo la muerte que la vida. Estonçe quando Aufer oyó que el Conde non queria yantar fincó muy acuytado y dixo: Y cómo señor, y para esto me truxisteis aquí y ahora non quereis yantar? Respondió el Conde: Amigo, magüer aqui os haya traido y ahora no quiera comer, no por ende os vernia ningun perjuizio. Responde Aufer: señor asaz me viene perjuizio en no comer vos, ca mas aina fincares sin vida y los vuesos parientes y vassallos decir han que yo acá os truxe para mataros y vengar en vuestra persona la deshonra de vuestra esposa Elisena; é por atal vos ruego que yantedes y tomeis conhorte. Oyendo el Conde tales razones de Aufer, respondió diziendo: Ciertamente hermano, si quereis que yo coma será por amor de vos, y vos tambien hacer heis por amor de mí lo que os diré, esto es, que os torneis christiano. Esto dezia el Conde creyendo que Aufer no lo haria y con aquel pretexto no comeria; pero Aufer tenia tal deseo de ver á el Conde con la fuerza que solia tener, que todo sacrificio le parecia poco; y ansi prometió de hacerse christiano. Estonçe el Conde no tuvo escusa alguna antes fue forzado que comiesse, y el otro dia anduvieron á una iglesia que allí cerca estaba, y el Conde hizo bautizar á Aufer y él le sacó de pila, y le pusieron nombre Guillelmo, por ser nombre francés. Y apres el Conde se volvió al desierto, que su criado non lo supo. Y quando estuvo en las sierras de Ardeña, encontró los cavallos que aun estaban atados y él los desató para que pudiessen ir en liber-

tad; apres el Conde descendió al pie de la montaña y allí encontró una fuente, y viendo que era lugar muy áspero y desierto, deliberó de fincar allí para hacer mayor y mas cruda penitencia.





# CAPITULO XXXIII.

Como la Emperatriz envió otra vez á buscar á su hermana Urraca paraque le diesse consexo, Urraca cuydando que la haria matar huyó en una nave por la mar, y de la division entre los Reyes.

TORNEMOS á hablar de la Emperatriz y de su hermana, que estaba en qüestion porque Urraca no queria obedescer su mandamiento, ca en quanto la Emperatriz le mandaba á decir que viniesse, Urraca le hacia de respuesta que no estaba en disposicion de andar por camino. Y viendo la Emperatriz que non la queria obedescer, envió una nave al castillo de Tenedo ca

allí estaba Urraca, diziendo: que puesto no podia andar por camino, que con aquella nave se viniesse. Y quando Urraca supo que la Emperatriz le enviaba una nave, hubo temor que non la quisiesse hacer matar, deliberó de huir, y ansi mandó aparexar una bellisima nave y metióse dentro con seis donzellas de su servicio, con deliberacion de ir á Francia.



Y en esto los Reyes del imperio estaban en grandísima division acerca la eleccion del Emperador, ca los Reyes querian fuesse uno dellos, los cavalleros y demas señores querian fuesse otro. Y sobre esta division dixeron los dos reyes que eran tutores de la Emperatriz: Nós, queremos que sobre esta eleccion no hayan de valer favores, ni tengan que seguirse guerras ni malas querencias, antes queremos que vaya muy igualmente para todos; por ende deliberamos que sean escritas letras por todas las provincias del mundo, diziendo: Que qual cavallero quier, que por amor de la Emperatriz querrá mostrar su esfuerzo y valentia, que para el dia pri-

mero de la próxima Pasqua estén allí, y que sea hecho un torneo, y aquel que habrá victoria de dicho torneo aquel será emperador, y si era caso ó aventura que fuesse moro ó turco aquel que habrá dicha victoria, que sea tenudo y forzado de se tornar christiano, y desta suerte nadie habrá ventaxa. Y oyendo los otros reyes y grandes señores el intento y determinacion de aquellos, fueron muy contentos, y encontinente todos prestaron jura de servar y mantener aquel concierto y contra él no venir en cosa alguna. Y dende luego escribieron letras y enviaron mensaxeros á todas las provincias ansi como de suso se dice. Pero la Emperatriz ya mas no estaba alegre, porque no tenia nadie á quien pudiesse comunicar sus secretos puesto que su hermana partídose habia, y tenia gran rezelo que otro hombre no encontraria de tan buena naturaleza como era el conde Partinobles.





# CAPITULO XXXIV.

Como huyendo Urraca por la mar, arribó á las sierras de Ardeña y allí encontró al conde Partinobles.

AHORA volvamos á Urraca que iba huyendo por la mar por miedo de la Emperatriz, y ansi andando, un dia arribaron delante las sierras de Ardeña, y quando fueron en el puerto oyeron en somo en el boscaxe, relinchos de un cavallo. Sintiólo Urraca, demandó al patron de la nave en qual tierra eran. Y el patron responde: Señora, mucho me maravilla que en aquestas sierras haya cavallos, ca son las mas ásperas y de-

siertas montañas del mundo, y se llaman los sierras de Ardeña. Estonçe dixo Urraca: Patron, por amor de mí que echeis áncora, y vereis si sentiremos otra vez aquel cavallo. Responde el patron: Señora, buena cosa seria que viessemos que puede ser ello, ca yo tengo para mí que algun cavallero se perderia por esos montes y no halla camino por do salir, y verdaderamente finca peligrado ca en ellos hay muchas maneras de sierpes, leones y osos y de quantas salvaxes alimañas son en el mundo, y entre aquellas hay muchas ponzoñosas; é por atal si es algun cavallero, grand honra será prestalle ayúda: y paraque los animales venenosos non vos puedan hacer daño, yo los conjuraré de suerte que aunque os toquen no os veran. Y Urraca dixo: Aguardemos á que amanezca el sol y saldremos á tierra; y mandó aparexar tres donzellas que saliessen á tierra con ella, y asohora el patron mandó aparexar la barca, y salieron á tierra el patron y quatro marineros y Urraca con tres donzellas; y en seyendo en tierra Urraca, dixo al patron: que anduviesse cabo adelante con los marineros, y el patron fue contento; y yendo él, conjuró todas las ponzoñosas animalias de aquella tierra en tal manera que á nadie non podian hacer daño: andando ansi Urraca acavallo en una hacanea blanca, entró en las montañas con las donzellas que en su seguimiento venian, y andando los marineros hallaron rastro de un cavallo que perdia sangre, dixeron los marineros: Señora, quereis que sigamos el rastro de esta sangre? y ella respondió que sí. Y siguiendo el rastro, llegaron á la fuente á do el Conde salia á beber, y cabe la

fuente encontraron un leon muerto el qual tenia en la boca un pedazo de carne del cavallo. Y viendo esto, todos fincaron asombrados y el patron dixo: Yo creo que este leon habrá querido comer el cavallo que sentido hemos; y él le ha saltado sobre el lomo y juzgo que el cavallo le habrá sacudido alguna coz y dello finca muerto. Estonçe miraron el leon y hallaron que tenia quebrada la sien, y el patron dixo á Urraca: Señora, vos os quedad aquí junto á esta fuente y yo con los marineros iré por la montaña y veré si puedo dar con cavallo ó cavallero. Y Urraca dixo que en buen hora anduviessen; y quedóse con las donzellas cerca de la fuente. Y alli estando, vieron salir por entre la espesura un animal muy grande y feo y Urraca vino á él y vido que tenia semexanza de persona, y ella le dividió los cabellos que tenia delante el rostro que eran muy luengos, y viendo Urraca que tenia faz humana y andaba á cuatro pies, mucho espanto se fue á tomar y persignándose le pidió de parte de Dios que le dixesse quien era: Y él responde: yo soy un traydor; y estonçe Urraca mucho espanto se tomó en oir aquella voz que del Conde le parescia; y pensaba en las razones que habian passado en el castillo de Cabezadoír y de quando la Emperatriz le trataba de traydor; y pensaba en lo que narrádole habian en el castillo de Tenedo, esto es que el Conde habia enloquecido y que se andaba por los bosques como á desesperado; y por todas estas razones Urraca cuydaba que aquel podia ser el Conde, y deliberó de preguntalle otra vez quien era, y assi le dixo: Hermano, yo vos ruego me di-

gades por verdad quien sois, ca si vos supiessedes quien soy yo, bien os cumpliria en me decir lo




cierto; magüer deciros he mi nombre primeramente paraque non dubdeis en me lo confessar. Sabed

que Urraca soy, hija del emperador de Constantinopla, y tengo una hermana que ha nombre Melior la qual es Emperatriz; y yo voy en questa de un conde nombrado Partinobles señor del castillo de Bles, quien en dias passados fizo una grande errada á mi hermana la Emperatriz, por qual razon le queria hacer morir y yo le liberté, pero ahora ella es contenta de le perdonar, y esto es lo que yo vengo buscando. Y quando el Conde oyó que la Emperatriz le perdonaba y conosció ser aquella Urraca su cuñada, de la grande alegria que rescibió cayó en tierra mortescido. Viendo esto Urraca, bien conosció que aquel era el Conde y se sentó á su lado, y tomóle la cabeza y la puso sobre su falda, y le apartó los cabellos de la barba que eran rubios como si fuessen de oro. Y quando el Conde comenzó á volver en sí y abrió los ojos y vió la cara de Urraca, comenzó de llorar diziendo: Señora hermana, será verdad eso que me decís que la Emperatriz es contenta de me perdonar? Responde Urraca: Señor, non dubdeis en manera alguna. Y çedo Urraca gritó á una donzella de las suyas que habia nombre Persies, y le dixo que la ayudasse á llevar aquel gentil-hombre que era vassallo suyo y que habia un año discurria perdido por aquella montaña; y mas aina la donzella vino con las otras que habian quedado mirando el leon, y todas quatro las donzellas alzaron al Conde y lo llevaron al borde del mar y metiéronle en la barca, y apres lo trasladaron á la nave; y Urraca mandó á la donzella Persies que le diesse buen recabdo, y que le cortasse los cabellos de la barba y lo pei-

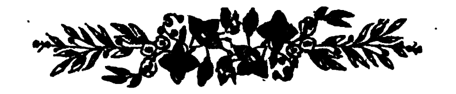
nasse muy gentilmente; y apres Urraca se acostó cabe al Conde y le dió una bella ropa y ayudóle á vestir, y mas le previno que por ninguna via á nadie dixesse quien era; y hecho que fue, Urraca estaba tan alegre por haber encontrado á su cuñado que jamas no sintió tanta alegria: y prestamente mandó que le aparexassen la barca y volvió á salir á tierra con dos donzellas, y anduvo hácia la fuente á do ballado habia al Conde, y allí encontró al patron de la nave con los marineros que volvian de la montaña, y ella les demandó qué habian visto, y ellos respondieron: Señora, nosotros hemos visto un cavallo muerto que estaba llagado de las ancas, y juzgamos que es aquel que ha muerto el leon que encontramos cabe la fuente, y hemos gritado grandes vozes quanto ha sido posible, paraque si el cavallero fincaba en el monte que viniesse, ca es cerca ya de mediodia; y ansi regressaron todos á la nave y entrando en ella los marineros vieron aquel hombre barbado y tan flaco; demandaron á la donzella quien era, y ella respondió que no sabia, y oyendo Urraca tales razones respondió: Aqueste es un mi vassallo que iba por mar en una nave cargada de mercancías, y la nave se perdió de fortuna y él tomó una tabla y lanzóse en el mar, y anduvo dos dias en la tabla á merced de las aguas, y apres quiso la ventura que llegasse á este puerto y pues se vió cerca de tierra, empezó á nadar y salió afuera y ha estado un año en la montaña, y yo hele encontrado cabe la fuente que andaba á quatro pies ansi como un animal, y allegándome á él y pidiéndole quien era, ha dicho lo que acabo de con-

tar. Y oyendo esto los marineros, creyeron ser verdad. Y luego Urraca mandó que alzassen velas y que volviessen al castillo de Tenedò onde partídose habian: y en eso estaba ella departiendo con el Conde, le narrando todo lo passado entre ella y la Emperatriz. Y en tanto arribaron al castillo de Tenedo y desembarcaron, y Urraca mandó que metiessen aquel hombre que habia encontrado, en la mexor cámara del castillo. Y ella deliberó de andar quanto antes á hablar á la Emperatriz y dixo al Conde que non cuydasse sino de yantar y darse plazer ca ella queria hablar á su hermana. Y el Conde la dixo: Señora, haceme merced que vea á la Emperatriz. Responde Urraca: Señor, non vos enoxedes, que ante muchos dias verla heis. Y en esto Urraca se aparexó para la partida y mandó á la donzella



Persies que diesse buen recaudo en aquel cavallero. Y apres tomó comiado del Conde le diziendo: que cobrasse esfuerzo, que él habria lo que deseaba. Y prontamente cavalgó y fuésse para el castillo de Cabezadoír con mucho acompañamiento de damas y donzellas. Y la donzella Persies fincó en el castillo con el Conde del qual estaba ella tan prendada que quantas vezes lo peinaba otras tantas le besaba y requeria de amores; mas él no queria consentir á su desordenada voluntad, antes decia se le quitasse delante los ojos.





# CAPITULO XXXV.

Como Urraca llegó al castillo de Cabezadoír y como salieron todos los señores en su réscebimiento.

AGORA tornemos á hablar de la Emperatriz la que tan luego como supo que su hermana Urraca habia llegado, fue tan alegre que mas no podia, pensando que puesto su hermana habia venido tenia con quien pudiesse descubrir sus secretos. Quando llegó Urraca al castillo de Cabezadoír, todos los duques, condes y grandes señores salieron á rescebirla una legüa lexos de la cibdad, y la Emperatriz con las damas que la es-

peraban en un verjel que era delante el camino por do ella habia de pasar; y quando Urraca llegó al verjel delante la Emperatriz, ella se fue á afinoxar para besar la su mano, sino que la Emperatriz no quiso, antes la tomó por la mano y besóla en mitad de la boca, y apres se entraron en un retrete y allí la Emperatriz le dió noticia de lo acaescido entre los Reyes y como habian deliberado de le dar marido, que el dia de Pasqua se habia de celebrar un torneo y el que venciesse aquel seria emperador; y ansi que le rogaba la diesse consexo. Quando Urraca oyó á la Emperatriz, pensó en hacella arrepentir de la crueldad que usado habia con el Conde quando le queria hacer matar, y por ende le dixo: Señora hermana, ocioso es me demandeis consexo, ca quando yo vos lo daba tal como debia, vos non me quisiste atender, antes con tanta crueleza qual nunca se usó, mandaste matar aquel tan noble y acomplido cavallero el qual discurre perdido por el mundo ó es muerto por aventura, ca en vano ha sido mi buscar y nunca he podido saber nuevas dél, sino me dixeron que habia perdido el juizio y que se andaba por los desiertos: bien podeis decir que soys la segunda Medea ca mayor crueleza usado habedes. Y oyendo la Emperatriz lo que la decia Urraca, viendo ser verdad, comenzó de llorar muy fuerte y Urraca le dixo: Non es ya hora de llorar, ca quando le teniades delante y él os demandaba grazia con tanta humildad, y vos con tal sobervia y fiereza non le queriades atender. Y la Emperatriz lloraba y gemia con mucho dolor; pero Urraca á fin de mas hacella arrepentir de la cru-

delidad, le decia: Non vos vale el llorar ca todo lo haceis con falsía, que si amor tuviérades, tanta crudelidad non usárais. Estonçe la Emperatriz cayó en tierra mortescida y Urraca la levantó y conhortó y por aquella jornada non le habló mas.



Y estando un dia la Emperatriz y Urraca en la cámara departiendo de muchos negocios, le dixo Urraca: Señora, mucha honra os vernia en hacer cien cavalleros para ese torneo. Y la Emperatriz le responde: Hermana, yo haré todo el vuestro querer. Estonçe Urraca le dixo: por ende mandad aparexar la sala ansi como es menester y la silla de nuestro padre, y de hoy á un mes yo seré acá con cien donzeles, y vos armarlos heis cavalleros. La Emperatriz fue contenta y le dixo: Ordenaldo her-

mana de la manera que os plaze, que yo soy contenta. En esto Urraca salió del palazio y anduvo por la cibdad y concertó los donzeles que habian de ser cavalleros y fizo de manera que fuessen noventa y nueve, porque montassen ciento con el Conde; ca todo esto hacia Urraca á fin que el Conde pudiesse ver la su señora. Y aparexado que fue, Urraca tornó al palazio de la Emperatriz y la encontró que lloraba con triste decir: Ah de mí cuytada que en teniendo el bien no lo conoscia, y ahora estoy que no sé quien será señor de mí; y bien fue maldecido el dia que yo fuí tan cruel de ordenar que matassen aquel que era el mas gentil cavallero de todo el mundo; cierto bien soy meresciente de mayor pena que no tengo. Estonçe Urraca entró en el retrete donde estaba la Emperatriz llorando, y le declaró que tenia hecha deliberacion de andar al su castillo, y la Emperatriz la rogó que çedo volviesse.





# CAPITULO XXXVI.

Como Urraca regressó al castillo de Tenedo á do dexado habia al Conde, y lo halló que estaba muy sano y esforzado para qualesquier cosa.

Y Dende luego Urraca se partió de la Emperatriz y regressó al castillo con mucha alegria, pues dexaba concertado su querer. Y en sabiendo el Conde que Urraca venia, él salió gozoso buen trecho afuera del castillo y la aguardó en el camino, y quando le llegó delante, demandóle lo primero cómo quedaba la señora Emperatriz. Y viendo Urraca que estaba bien paresciente, ella fue mucho alegre y dixo: Señor, la

18

Emperatriz está muy buena; y le tomó de la mano, y entrando en el castillo ella descavalgó y el Conde la dió el brazo y subieron á la sala del castillo, y allí Urraca le narró todas las palabras de la Emperatriz, y como se habia de hacer un torneo el dia de Pasqua el qual duraria tres dias ansi como se acostumbran, y el que habrá victoria aquel será emperador. Y dixo que tenia concertado con la Emperatriz que fiziesse cien cavalleros nobles paraque él fuesse uno de tantos, y que ya quedaban aparexados los noventa y nueve en la cibdad do moraba la Emperatriz. Quando el Conde supo que la su señora Melior habia de le hacer cavallero por sus manos, estuvo tan alegre que no acertaba cosa, puesto debia ir delante de la su enamorada; y çedo suplicó á Urraca le diesse un cavallo, ca él queria se



ensayar á cavalgar; y Urraca ordenó que luego en continente le aderezasen un cavallo que tenia muy bello, el qual era vuelto negro sino las orexas que

eran blancas; y á este fin gelo dió, paraque en estando en el torneo, por ahí le conosciesse en la señal del cavallo; y mandó le fuessen dadas las armas que oviesse menester; y quando el Conde tuvo armas y cavallo se ensayó á cavalgar, y otro dia él se armó y montó á cavallo y comenzó á correr, empero no tenia aun bastantes fuerzas.

Y en esto llegaba el plazo que Urraca habia indicado á la Emperatriz, ca no faltaban mas que cinco dias para cumplimiento del mes; y ella deliberó de partir y dixo al Conde que se aparexasse para ir á ver á la su señora, y el Conde no cabia en sí de contentamiento y aparexósse muy prestamente, y ansi se partieron para el castillo de Cabezadoír; y andando su camino ella dixo: Sepades, señor, que bien os cumplirá en regiros discretamente, esto es, que en seyendo allá non vos mostreis ni trateis con persona alguna, paraque mi hermana no haya sentimiento de que allí estais; por ende hareis desta manera. Venida la noche que habran de rescebir los cavalleros, vos manteneros heis en una cámara que está cabe de la sala, con la donzella que acostumbra de os dar recaudo, y en seyendo la hora ella ayudaros ha á armar, y aprés arrimandoos á la puerta de la cámara y quando los demas cavalleros entrarán, non cuydeis sino de baraxaros con ellos, y al salir será fuerza hacer ansi mesmo, y por atal manera nadie non conosceros ha; y en estas razones llegaron al castillo do moraba la Emperatriz y era la noche en que se debian rescebir los cavalleros; y Urraca no cuydó sino de dar recabdo que el Conde y la donzella Persies entrassen en la cámara segun dexaba

convenido, y aprés entró en la estancia donde estaba la Emperatriz, la qual fue muy alegre de su venida magüer llena de pesadumbre por la ausencia del Conde; y prestamente se pusieron á la obra de aparexar todo lo necessario.





# CAPITULO XXXVII.

Como el Conde y los otros fueron rescebidos cavalleros por manos de la Emperatriz, no sabiendo que el Conde estoviesse allí.

Passada la media noche, que ya tocaban á maytines, la Emperatriz se aparexó para salir á la sala donde habia de armar los cavalleros, y vistióse una ropa de púrpura aforrada de velludo verde y rogó á su hermana que anduviesse con ella, y ansi salieron ambas á la sala, y la Emperatriz se sentó en la silla de su padre y mandó que fuessen introduzidos los donzeles, los quales luego comenzaron á entrar; y el Conde

estaba retraido en la cámara con la donzella Persies, y quando los otros se esparcieron por la sala, él se metió en medio ansi como Urraca habia di-




cho; y quando vido á la Emperatriz sentada en la silla, fincó espantado que escasamente podia caminar. Y en aquel punto la Emperatriz dió principio

á la ceremonia, y fue el primero un hijo del duque de Bara, y apres todos los otros sin distincion ansi como fueron viniendo. Y quando el Conde vino delante de la Emperatriz, ella tomó la espada en la mano segun se acostumbra. Y queriendo afinoxarse, él cayó mortescido, sino por Urraca que le dió con la rodilla en los pechos y él se incorporó, pero siempre fixos los ojos en el suelo paraque non le conosciesse la Emperatriz; y ella le tomó la espada de la mano y ciñógela y le hizo cavallero; y apres se volvió á su hermana diciendo: Hermana, qué tenia aquel cavallero que asi se ha caido? Y Urraca responde: Señora, no es maravilla, ca son jóvenes y ansi como no estan hechos á las armas se espantan, y tambien puede estar que con el alegria y la vigilia les enoxe el sueño. Y con esta salida la Emperatriz calló y siguió armando cavalleros los que faltaban, y rescebidos todos y concluida la ceremonia de costumbre, las trompetas y clarines comenzaron á sonar, y todos humillándose ante la Emperatriz fueron saliendo: á medida que salian la donzella Persies estaba aguardando al Conde, y llegado, ella le tomó de la mano y metióle entro la cámara, y le desarmó y le dió de comer, que buena necessidad tenia, ca en toda la noche no habia pegado los ojos esperando aquel gozo de ver á la su señora.

Ahora volvamos á la Emperatriz y Urraca que estaban en consexo de lo que hacer debieran quando se celebrasse el torneo, el qual habia de comenzar en el dia de Pasqua; y en esto dixo á Urraca la Emperatriz: Yo os ruego que en la jornada del

torneo os atavieis, y vengades acá para estar conmigo á las fenestras. Pero la Emperatriz no sabia quel Conde estuviesse allí tan cercano. Y en el entremedio Urraca tomó comiado de su hermana para volver al su castillo, y todo tiempo el Conde iba á su lado, y por el camino Urraca no cesaba de decir al Conde que se esforzase en haber vitoria del torneo, ca el que la habria aquel seria emperador; y le narró toda la deliberacion que dexaban travada los reyes, ansi como gelo habia contado la Emperatriz, que nadie non podia ser emperador sino por fuerza de armas; y el Conde le dixo: que rescebia en ello sumo contentamiento, ca apres que la Emperatriz le habia armado cavallero, le parescia ser mas fuerte que una fuerte torre. Y en estas razones llegaron al castillo de Tenedo, y allí fincó Urraça ocho dias con el Conde, y aína regressó al castillo de la Emperatriz; empero antes que se partiesse dixo al Conde: Señor, aqui os quedad y yo iré á hablar con mi hermana, y allá aparexaros he una casa donde os mantengais, y non hayais cura nin se os miembre de ninguna cosa, que nuestro Señor Dios será en vuestra ayuda; y ocho dias antes del torneo yo vendré aquí para disponer las sobrevestas y todo aquello que menester sea; y mandó á la donzella Persies que le diesse buen recaudo, y partiósse camino del castillo de Cabezadoír; y el Conde permanesció con la donzella Persies, la qual le servia de todo quanto habia necessidad con mucho amor, ca estaba enamorada dél, que perdia el seso; y el Conde no se cuydaba della antes tenia puesto el pensamiento en su señora Melior, y de-

libero de enviar una letra á Urraca diciendo: Qué le ficiesse tanta merced en descubrir á la Emperatriz como estaba allí, ca bien creia que ansi como él ovo plazer y consolacion al vella, que ansi mesmo habria ella plazer en saber nuevas dél. Y leido que hubo la carta Urraca, le hizo de respuesta: que non podia ser en esta guisa, porque si la Emperatriz sabia que él fuesse allí, no quisiera esperar ninguna cosa sino que luego casarse ía con él, y esto fnera enorme escándalo para los reyes y grandes señores que eran ya partidos de sus tierras para venir á el dicho torneo, y viendo que era casada dirian que hacia burla dellos; y por atal razon no osaba decir á la Emperatriz que fincaba allí. Pero que se esforzasse para aver victoria del



torneo, que de otra manera no podia ser, y que ella vendria ocho dias antes del torneo ansi como gelo prometió. Quando el Conde hubo rescibido la

respuesta estuvo muy enoxado, pensando qué seria y como podria llenar su deseo; y con este pensamiento se anduvo paseando por un arenal mirando las olas del mar.





# CAPITULO XXXVIII.

Como el Conde entró en una barca de pescadores para deportarse, y el viento se lo llevó y los moros le prendieron delante la cibdad de Damasco.

Estando el Conde paseándose delante del mar, halló una barca de pescadores en que nadie habia, ca los pescadores eran idos á la cibdad y habian dexado la barca atada con una cuerda. Y viendo el Conde que los remos eran dentro, deliberó de entrar en la barca é ir á solazarse un rato por la mar para dilatar los brazos remando, y ansi se metió dentro, y desató la barca, y empezó á remar, no cuydando lo que por



ahí podia seguirse; y quando él viró de bordo para tornar hácia tierra, se alzó tan grande viento que él perdió los rémos y erró por la mar perdido todo aquel dia y noche, y al siguiente se halló delante la cibdad de Damasco la qual era del rey Herman, que era moro. Y quando los de la cibdad vieron la barca, encontinente hy enviaron dos de las suyas y hallaron al Conde casi muerto, y le tomaron viendo que era christiano y tan dispuesto y gentilhombre lo presentaron al rey Herman, el qual en sabiendo que era christiano luego mandó quel matassen, y quando el Conde entendió aquella nueva, comenzó de llorar y suplicar á nuestro Señor que le perdonasse los sus pecados y le diesse salvacion á la su alma. Y estando en esto, la reyna Ansias que era muger del rey Herman, entró en el palazio, y oyendo el llanto de aquel cavallero demandó quién era, y le dixeron ser un christiano que encontrado habian, el qual discurria perdido por la mar y el rey lo mandaba matar, é por atal hacia tan grande llanto. Y oyendo la Reyna la causa porque lloraba, anduvo hácia él y viendo que era tan gentil y bien dispuesto, ella fincó maravillada y demandógele de qual tierra era y como era llegado allí, respondió el Conde: Señora, yo so del reyno de Francia, y andando tierras era llegado al castillo de Tenedo, el qual pertenesce á Doña Urraca hermana de la emperatriz de Constantinopla, y fincando allí en servizio de la dicha señora, yo estaba enoxado por causa de ciertos negocios y andábame divirtiendo á orillas de la mar, y allí encontré una barca de pescadores que nadie habia; yo entré den-

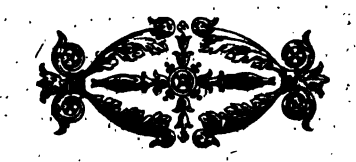
tro y comenzé á remar, y yendo ansi remando, alzóse tan recio viento que me lanzó muy adentro de la mar y perdí las velas, de suerte que apres non pude resistir á la fortuna, y el azar ha querido que acá viniesse, y esta es la verdad. Oyendo la Reyna estas razones del cavallero y entendiendo la su desventura, ovo dél gran piedade y encontinente se fue para el rey su marido y le narró todo quanto el cavallero habia dicho suplicándole y deman-

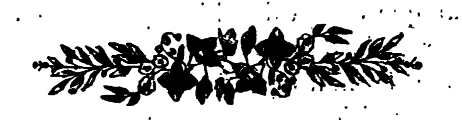


dándole: Señor, facesme grazia que non fenezca aquese cavallero, que es de Francia, ca los franceses jamas vos han enoxado en ninguna cosa, que si de tierra fuesse que vos habian enoxado, yo aconsexar os ía la primera quel fiziesedes matar; y tambien podria ser quel rescaten sus parientes por al-

guna gran cantidad de moneda, ca bien muestra en su hablar que es de cabal hidalguía. Y el Rey viéndose tan rogado de su muger, fue contento y ordenó que non le matassen sino quel metieran en una muy fuerte prision paraque non fuyesse.

Agora tornemos á hablar de Urraca, la qual volvió al castillo de Tenedo ansi como prometido habia, con el fin de aparexar al Conde todo lo necessario para andar al torneo, y llegada demandó á la donzella Persies que á do fincaba el cavallero. Y ella responde: que no lo sabia, ca dende el dia que ella envió la letra non le vido mas, y dixo que creia ser negado en la mar. Y oyendo Urraca que el Conde no se hallaba, fue muy acuytada y lloraba muy acerbamente, y la donzella Persies, la qual estaba dél muy enamorada; y hacia tristissimo llanto por no haber cumplido su deseo con él; y quando Urraca vido que no quedaba remedio deliberó partirse para tornar al castillo de Cabezadoír do fincaba la Emperatriz, ca veia discurrir el tiempo, que ya no tenia sino tres dias, ella partió. Y quando la Emperatriz sopo que su hermana venia, salió á la rescebir con grand' honra.





# CAPITULO XXXIX.

Como el rey Herman se fue al torneo con el Soldan de Persia y como el Conde fincó en la prision.

Estando el Conde en la prision, el rey Herman rescibió una letra del gran Soldan de Persia diziendo: que se aparexasse porque debia andar con él á ese torneo de Constantinopla; y sabiendo el rey Herman aquesta nueva, él se aparexó de todo quanto habia menester: y dispuso sus palazios muy honradamente, ca el Soldan debia passar por allí camino de Constantinopla, y ocho dias despues el Soldan llegó á la cib-

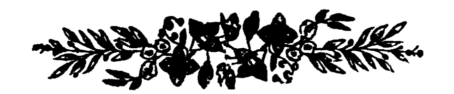
dad de Damasco con diez y nueve reyes en su compañia y el rey Herman fueron veinte. Y quando los Reyes del imperio entendieron que el Soldan venia, se ataviaron muy ricamente y salieron á rescebir al Soldan con mucha honra, y entraron en la cibdad



y luego apossentaron al Soldan en un muy sobervio palazio, y apres á todos los reyes que venian con él; y apossentados que fueron, el rey Clausar y el rey Corsolo deliberaron de venir ante el Soldan para le declarar que si la suerte queria que él ó qualesquier de sus reyes vencian en el torneo, se habian de hacer christianos, y por ende querian que antes de comenzar el dicho torneo, que él y todos los otros jurassen servar aquel pacto. Y el Soldan fue muy contento, y encontinente él prestó jura y prometimiento de que si vencia el torneo tornarse ia christiano y todos los reyes que eran súbditos á él: y apres todos los reyes cada qual de por sí juraron y prometieron de servar el dicho pacto si vencian el torneo: y fecho esto, los Reyes del imperio fueron mucho alegres por dos razones. La una particular

para el servizio de Dios, ca gran mérito seria si el Soldan se tornaba christiano, y la otra porque el Soldan era buen cavallero y muy esforçado; y bien quisieran que oviesse vencido el torneo paraque él fincasse emperador.





# CAPITULO XL.

**Como el Conde estando en la prision del rey Herman, viendo que no podia andar al torneo hacia muy triste llanto, y como la reyna Ansias ovo dél piedad y le dió armas y cavallo.**

TORNEMOS á hablar del Conde que estaba en la prision con la mayor tristura y dolor que jamas nadie sintiesse, y no hacia sino demandar cada dia á el moro que le daba recaudo, si sabia en qué estaba el torneo, y el moro le responde que no, ca todos los dias passaban por allí muchos cavalleros y barones que iban al dicho torneo. Y el Conde estaba muy acuytado, ca no sa-

bia los dias que debian passar hasta Pasqua, porque la prision era tan escura que no acertaba á distinguir el dia de la noche; y el moro que le daba recaudo viendo su gran passion que passaba le dixo: que si alguna cosa podia hacer para dar cobro á la grande passion suya, que gelo dixesse y él hacer ía por amor dél; y el Conde le dixo: Hermano, pues tanto por mí hacer queredes, os demando que busqueis algun christiano qualesquier sea, y hacémele venir aqui. Pero el moro non cuydó de buscar lo que el prisionero demandado habia, antes se fue para la reyna Ansias muger del rey Herman, y le repitió quanto el prisionero habia dicho. Y la Reyna mandó á una donzella que andoviesse en busca de algun romero y le llevase allí. Y la donzella anduvo encontinente y encontró un romero que volvia de Jerusalen, y dixo que fuesse á la puerta de aquella prision y hablasse á un christiano que habia dentro, y el romero fue contento y anduvo á la puerta de la prision, y en quanto le vido el Conde demandógele que de qual tierra venia, y el romero responde: que venia de Jerusalen. El Conde le pidió: Hermano, facedesme plazer en me decir quantos son los dias que faltan de aqui para Pasqua; y el romero le dixo: Sepades que de aqui para Pasqua faltan doze dias. Oido aquesto del Conde, gritó tales gritos que parescia que la prision se entrasse, y el romero viendo que aquel prisionero daba tales quexas, no quiso tener con él mas razones sino que se fue al palazio de la Reyna y le dixo las palabras que habia dicho el prisionero y como quedaba gritando tan fuerte que daba piedad; y asohora la Rey-




na mandó ataviar cinco donzellas que anduviessen con ella y encontinente se llegó á la puerta de la prision, y oyendo las vozes del prisionero ella le demandó por qué razon gritaba, el Conde respondió: Señora, en poridad suplico á vuesa Alteza que

mande me sacar de la prision y me haga matar. Oyendo la Reyna quel prisionero estaba en tanta congoxa, ovo gran piedad y mandó que le abriessen la rexa paraque ella pudiesse le ver, y dende luego fue hecho ansi. Y viendo la Reyna que él lloraba, le demandó porque hacia tan triste duelo, y el Conde le responde: Sabed cierto señora, que tengo mucha razon en llorar, ca yo debia me hallar en ese torneo que se ha de celebrar de aqui á doze dias, y ahora ah de mí coytado, me veo en esta prision. Y la Reyna habiendo dél piedad le dixo: christiano, como vos me otorguedes sacramento y homenaxe de volver tan luego como finido sea el torneo, de suerte que seais acá antes que non vuelva el rey mi marido, yo sacaros he de la prision para dexar cumplido vuestro deseo. El Conde responde: Señora, á mí nada aprovecharia el salir de aqueste lugar para ir allá, puesto no tengo armas ni cavallo; ca sin ellas no me seria posible entrar en el torneo ni haber lo que cobdicio. Y en medio de razones tales, el Conde lloraba de contino muy fuertemente, y la Reyna le dixo: Cavallero, prometerme heis lo que os pido, y yo vos daré armas y cavallo y todo lo que sea menester, pero guardáos non vos conozca mi marido en el torneo; y quando el Conde oyó aquellas palabras, fue alegre en gran manera y dixo á la Reyna: Señora, vea la vuestra Alteza qual sacramento debo hacer y qual la promesa que de mí quiere, que yo soy muy contento. Y çedo la Reyna mandó que apriesa no de vagar, viniesse el romero christiano y le tomasse de sacramento en aquella guisa que ellos suelen; y el romero to-

mó un crucifixo y fizo jurar al Conde que servaria todos los prometimientos hechos á la Reyna, esto es, que acabado el torneo él vernia en su poder. Y jurado que hubo el Conde, encontinente la Reyna mandó le sacassen de la prision y luego de salido él se anduvo delante della y afinoxóse y le besó los pies, y despues suplicó le diesse armas y cavallo ca el tiempo apremiaba; y la Reyna mandó que aina le truxessen las armas que eran de su padre, y fizo venir maestros que le armassen, y los maestros le armaron encontinente con mucha diligencia, ca las armas le viniëron tan ajustadas como si para él fuessen hechas espresamente. Y la Reyna mandó le diessen un cavallo blanco que era de su marido, el qual era de grande brio. Y quando la Reyna le vido armado á cavallo, ella le dixo: Cavallero, si oviessedes ventura en haber una espada que está en nuestra mezquita mayor, mucha honora por ello os redundaria, ca el Soldan ha trabaxado tanto como posible para la tener mas no le fue possible, porque la tiene en la mano un cavallero christiano que yaze soterrado en la mezquita, el qual toda esta tierra habia conquerido; y quando los cavalleros moros se allegan á la tumba, asohora ellos se caen por tierra poseidos de fiebre y de frio, por ende nadie es osado de se acercar allí: si vos puesto que sodes christiano quereis os aventurar, yo mostraros he la tumba, y á Dios plegue que la fortuna sea vuestra de haber aquella espada, ca no tiene su par en el mundo. Y en esto respondió el Conde: Señora, á vuesa Alteza suplico haya me mostrar esa tumba, ca yo he confianza en nuestro

señor Dios que alcanzaré la espada sin mal ninguno; y la Reyna le dixo: Seguidme que no está lexos. Y ansi anduvieron la Reyna y el Conde hasta la mezquita, y estando dentro, el Conde se afinoxó diciendo: A vos ruego me dexedes aquesta espada, ca yo hago prometimiento de non ser jamás cobarde mientras la tenga en la mano. Y dichas




estas palabras levantóse el Conde y acercóse á la tumba sin ningun temor y dixo á la Reyna: Señora, ayudesme á quitar la cubierta de la tumba; y la Reyna no se atrevia á llegar allí, porque bien ha-

bia visto como otros cavalleros se acercaban y en un mismo punto caian por tierra, y ansi dixo: Cavallero, comenzad vos á levantar la piedra; empero él no podia la quitar por sí solo, ca era de marmol muy peligrosa de quebrar, y ansi dixo á la Reyna: Señora, non hayais miedo alguno, ayudesme un poco. Estonçe la Reyna se acercó, y ambos los dos tomaron la piedra que estaba encima de la tumba, la pusieron en tierra, y dentro vido el Conde un cavallero muerto que tenia la espada en la mano, y el Conde dixo: O cavallero muy virtuoso, ruegvos me prestedes aquesta espada. Y diciendo estas palabras, él se inclinó y besó la su mano, y despues tomó la espada y la metió en la cinta, y aprés volvieron á cubrir la tumba con la misma piedra, ansi como denantes. Lo qual visto por la Reyna, fue muy maravillada, que muchos reyes y grandes señores habian deseado aver aquella espada, y viendo que aquel cavallero sin ningun trabaxo gela tomó, ella dixo: Ciertamente cavallero, gran ventura es la vuestra, que si mi marido fuesse aqui non vos llevarades aquesta espada. Responde el Conde: Señora, pues que mia es la ventura, á vuestra Alteza suplico no quiera me quitar lo que he rescebido de Dios. Y en esto salieron de la mezquita; y la Reyna regressó á sus palazios.





# CAPITULO XLI.

Como el Conde se partió de la cibdad de Damasco para andar al torneo, y en camino encontróse con un cavallero nombrado Gaudin, era moro.

Y QUANDO el Conde Partinobles vido que la Reyna vueltose habia, ovo temor que non le hiziesse quitar la espada, y por ende no cuydó de yantar sino que montó á cavallo y con diligencia salió afuera de la cibdad, y salido él miró á todos lados, ca ignoraba la via; y apercibió unas muy altas montañas y él conosció ser aquellas las montañas de Constantinopla, y él comenzó á enderezar hácia allí, andando todo tiempo

retraido del camino, temeroso que la reyna no hiciesse seguir otros cavalleros para le quitar la espada; en tal guisa que él andovo tres dias con sus noches por escusados veriqüetos, sin encontrar poblacion ninguna, ni comer sino yerbas, y bebia agua. Y andando ansi perdido, él encontró un estrecho sendero, que salia al camino real. Y viéndose el Conde en el camino, fue muy alegre, cuydando que por él hallaria cosa que yantar; ca tanta era su hambre, que no podia llevar el yelmo en la cabeza y por esto lo llevaba en el arzon del cavalhuste, recostándose en él; y ansi andando, vido venir por el camino real un cavallero, el qual llevaba consigo tres pages y dos açemillas. En la una llevaba las armas y la tienda, y en la otra la vitualla pa-



ra comer, y beber. Y quando el Conde vido aquel cavallero fue muy alegre, y se daba prisa en salir al camino real para alcanzar aquel cavallero, el qual

era moro y habia nombre Gaudin; y el Conde se apresuró tanto que llegó á alcanzar al cavallero. Y en le viendo Gaudin, demandógele si era moro ó christiano, y el Conde respondió que era christiano, y dixo Gaudin: Hermano, cómo habedes nombre? y el Conde le respondió, que bien le diria su nombre, á no ser por temor que habia que no le descubriesse. Y dixo el moro: Hermano, no por esto hayais recelo en me decir vuestro nombre, ca sepades por verdad que si nadie vos queria enoxar por alguna malfetria que oviessedes fecho, yo moriria al vuestro lado, pues sodes en mi compañia. Estonçe repuso el Conde: Yo á nadie non fize malfetria, ni ese temor me contiene de os decir el mi nombre, pero haced que se retraigan los pages, que yo decillo he; y ratraidos los pages, él dixo ansi: Sepades que yo soy Partinobles y voy camino de aqueste torneo secretamente, para non ser de nadie conoscido. Y quando el moro entendió que habia nombre Partinobles, él se membró que en la corte del Rey Sornagero habia oido le nombrar y decian que era esforçado, y por ende dixo: Si vos sois Partinobles, ciertamente mucho me cumplirá en ser vuestro compañero y que juntos nos vamos ambos los dos. En tal sazon repuso el Conde: Y cómo posiblemente puedo yo ser vuestro compañero, que no tengo sino lo que veis, ni tan siquiera traygo dineros para despender. Estonçe Gaudin respondió: No os dé mancilla, que yo ho dineros por todos. Y oido del Conde que aquel decia haber por todos con tanto amor, él dixo: Entended hermano que ha tres dias no voy comiendo sino herbezillas del monte. Oido

esto por Gaudin, prestamente envió un page á las açemillas que andaban delanteras y hizo que se detuviessen. Y quando Gaudin y el Conde alcanzaron las açemillas, el page sacó pan y vino y muchas confituras que el moro llevaba para su via. Y en tanto quel Conde comia, Gaudin le demandó: Diguedesme hermano, sois vos el Partinobles sobrino del rey de Francia? Y el Conde le dixo: Pues me habedes hecho prometimiento de non me descubrir, os diré la verdad: Yo soy Partinobles, sobrino del rey de Francia. Y quando Gaudin entendió que aquel era lo que habia dicho, fue mas alegre que hombre hubiesse en el mundo, y andando para él le dió paz en la boca diziendo: Ciertamente cavallero, yo he confianza en que alcanzareis victoria del torneo, segun son las velentias que oí de vos. Y ansi discurriendo, vanse los dos para la montaña que estaba vezina al castillo de Cabezadoír; llegados media legüa cerca del castillo, Gaudin mandó detener las açemillas y fizo assentar las tiendas, y allí fincaron toda aquella noche; y otro dia de por mañana que era sábado de Pasqua, Gaudin se levantó y mandó los sus dos pages á la cibdad á comprar pescado para el Conde, ca él ansi como era moro comia carne. Y quando el Conde se alzó y tomó agua manos, fue aparexado el almuerzo, y almorzaron con mucha alegria; pero el Conde comia pescado y el moro comia carne. Y en habiendo almorzado, el Conde apremió á Gaudin, que mandasse un page á la cibdad para ver que aparexo se hacia para el torneo; y Gaudin fue contento, y prestamente el page cavalgó, y anduvo á la cibdad y de-

mandó que en qual parte se açemaba el campo para el torneo, y le dixeron que afuera, y el page fue allá donde habian dicho y halló que aderezaban un bello catafalco muy alzado, y allí vido siete sillas sobremanera ricas; el page demandó porqué hacian aquello, y los maestros le respondieron: que allí estaria la Emperatriz, y en aquellas sillas debian se assentar los Reyes del imperio, que habrian de judgar qual será el mexor cavallero. Y oido esto por el page, volvió riendas al cavallo y regressó á las tiendas do fincaban los cavalleros, y narró todo quanto acababa de ver; y ansi estuvieron todo aquel dia y aquella noche reposando y tomando deporte.





# CAPITULO XLII.

Como el Conde y su compañero Gaudin se armaron la mañana de pasqua para andar al torneo.

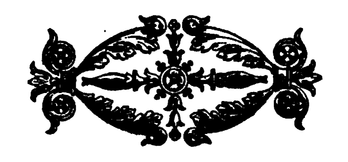
LA MAÑANA siguiente Gaudin dixo á el Conde: Almorzemos hermano, apres armar nos hemos, para ser de los primeros llegados, ca primeros y postreros aquellos son mexor vistos que otro ninguno; y el Conde dixo que era muy contento, y ansi ellos almorzaron: asohora los pages comenzaron á los armar, y el Conde no traia sobrevesta alguna y Gaudin le dixo: yo he dos sobrevestas, llevad vos la una. Y le dió una



sobrevesta blanca cubierta de argenteria muy rica, y armados que fueron y acavallo, ellos sintieron un grandissimo rumor de trompetas y atabales. Entonçe la Emperatriz salia del palazio con su hermana Urraca y muchas donzellas consigo, y los dos Reyes que eran sus tutores, que iban delante. Y llegando al catafalco, ellos sentaron á la Emperatriz en una silla riquissima, y apres todos los Reyes se assentaron en sus sillas, y çedo mandaron á un trompeta que gritasse por el campo, que qualesquier cavallero christiano ó moro que fuesse deseoso de venir al torneo, podia ir salvo y sin mancilla, nin ser tenudo de facer enmienda aunque ma-

tasse ó empeciesse algund' cavallero, y aquel que fincasse vencedor del campo seria emperador.

Y en esto el Conde y su compañero Gaudin llegaron al campo y fueron los primeros llegados, y mucho se los miró el rey Corsolo, y sobre todo miraba al Conde que venia blanco de hojuelas de plata; y oviera querido saber quien fuesse ca mucho le habia en grado, y dixo al rey Clausar: Ciertamente, aquel cavallero de las armas blancas parésceme muy esforçado, y yo quiero le catar en el torneo qué hará; y el rey Clausar responde: No creo, en poridad, que por todo el descubierto de la tierra hallarse pueda tan esforçado cavallero como es el Soldan de Persia. Y esto hacia el rey Clausar, porque habia deseo quel Soldan fincasse Emperador. Y el rey Corsolo dixo: No digades en todo el descubierto de la tierra, ca aqui vedredes muy esforçados cavalleros; y yo os digo verdad que aquel cavallero de las armas blancas mucho me plaze. Y en esto el rey Clausar envió á decir al Soldan que se metiesse debaxo el catafalco de la Emperatriz, y esto porque él tenia creido verdaderamente que habria victoria.





# CAPITULO XLIII.

Como el Conde y Gaudin estaban en el campo mirando los cavalleros que venian, y como se dió comienzo al torneo del primer dia.

ESTANDO el Conde en el campo, vido parescer todos los cavalleros que venian, guardando ese orden. Todos los que eran de una provincia estaban ayuntados en un lugar, y los de otra provincia en otro lugar; y el Soldan con todos los sus cavalleros fincaban so el catafalco de la Emperatriz; y los cavalleros del reyno de Francia estaban en un arenal; los españoles cerca de una qüesta, y cada qual de los otros estaban

en su lugar todos por orden; y el Conde y Gaudín se iban paseando á lo largo del campo, que non se ayuntaban con nadie, ca ellos habian dexado la tienda en la montaña lexos media legua. Y quando todos fueron assentados, el Conde y Gaudin se allegaron á un cavallero que estaba mirándolos en el campo, y el Conde le demandó quién eran todos aquellos que en tal guisa fincaban atendalados, y el cavallero dotrinógele ansi como de suso se dexa dicho. Y nombrado que hubo los restantes de los que eran en el campo, pidióle el Conde quien eran aquellos que fincaban so el catafalco, y el cavallero le dixo: que eran el Soldan de Persia con los cavalleros suyos. Comoquierque el Conde entendió aquesto, grande enoxo se tomó porque el Soldan habia tenido tal osadia de se meter allí debaxo, por ende dixo á su compañero: Hermano, yo quiero andar á medir mi lanza con el Soldan, y por atal aguardedesme aqui fasta que yo vuelva, y Gaudin le dixo que andoviesse en buen hora. Y prestamente tomó una lanza del page y anduvo delante el catafalco, y en catándole el Soldan dixo á sus cavalleros: aquel campeon se ha puesto allí para aguardar competidor, pero yo haré que se retraya. Y dixo á los pages que le diessen armas y cavallo acuciosamente. Y ansi que estuvo armado, él montó á cavallo y tomó una senda lanza y salió afuera. Y quando el Conde le vido venir, él fue muy contento ca no aguardaba ál; y çedo se alongaron buen trecho uno de otro y apres ambos vinieron tan furiosamente sobre su contrario, que temblaba la tierra; y todos los del catafalco tenian puestos los oxos en ellos, ca fueron los prime-

ros en justar; y de aquel primer encuentro los dos quebraron las lanzas en menudas piezas, y entonces metieron mano á las espadas y comenzaron de ferir tan cruelmente, que hacian salir rayos de las armas; empero el Conde doblaba todos los golpes, que el Soldan fue tenudo de se retraer, ca ya no podia levantar el brazo y el Conde feria en él siempre con mayor coraxe. Y viendo esto el Soldan, dió de espuelas al cavallo y comenzó á huir hácia el catafalco. Y prestamente el Conde demandó otra lanza y fincó con su compañero Gaudin en mitad de la plaza aguardando aventurero. Y estonçe dixo el rey Corsolo, gritando paraque todos los demas Reyes le oyessen: Señores, mirad aquel cavallero con qué denuedo acaba de se deshacer del Soldan y vuelve á pedir batalla; ciertamente si ansi hace los otros dias, bien podrá pagarse de ser el mas valiente y esforçado cavallero del mundo y él reportará la victoria en ese torneo. Responde el rey Clausar, el qual tenia mucha voluntad al Soldan: Aun faltan que pasar dos dias, casi queriendo decir: los otros dos dias no hará lo que hoy. Y estando los Reyes en estos razonamientos, el cavallero de las armas blancas miraba por todos los términos del campo y vido que los aragoneses y los sicilianos torneaban contra los españoles, es á saber los castellanos, y los españoles se retraian por una qüesta. Estonçe dixo el Conde á su compañero: Hermano, por amor de mí que vamos á acorrer á los españoles, ca ciertamente mucha obligacion les tengo por la grand' honora que me ficieron en la guerra de Francia, quando el rey Sornagero tenia sitiado al de Francia en

la cibdad de Paris; y Gaudin respondió que era muy contento, y pifaron los cavallos y anduvieron hácia la qüesta á do los españoles se retraian, y andando, el Conde dixo á Gaudin: Quando seamos entre la hueste, gritad: *Santiago, Santiago!* que ansi tienen vezado de hacer los españoles quando son en la pelea. Y en esto el Conde y Gaudin comenzáron á herir tan fuerte en los aragoneses y sicilianos, gritando todo tiempo: *Santiago, Santiago!* de manera que muchos aragoneses fueron volcados de los cavallos. Y quando los españoles vieron que aquellos dos cavalleros tan valerosos y esforçados les acorrian, asohora se confortaron muy animosamente y firieron los sicilianos; pero aquel que podia huir el cuerpo al cavallero de las armas blancas, se tenia por bienhadado. Y desta suerte los españoles vencieron, ca todos los aragoneses y sicilianos echaron á huir por una dilatada floresta. Y apres un fidalgo castellano se vino al cavallero de las armas blancas y le fizo gracias por la honra que habia hecho, y le demandó de merced que fuesse servido de le decir su nombre. Y el Conde le respondió en lengua francesa, paraque non le entendiesse el español, y entonçe Gaudin dixo al cavallero castellano: no hay que demandargele su nombre, ca no lo ha decir; y el español no porfió mas sino que le hizo reverencia y fuésse. Y todo esto miraba el rey Corsolo, como el cavallero de las armas blancas se puso en tamaños peligros; y decia á los otros reyes: Guardedes aquel cavallero de las armas blancas, con qué ánimo denodado y tal esfuerzo se metió en todas las batallas. Responde el rey Clausar:

Ciertamente el Soldan es muy valiente cavallero, y no creo venza el otro ese torneo; y estando en tales palabras, el cavallero de las armas blancas tomó comiado del español y anduvo delante el catafalco á do era el Soldan, ca mucho le pesaba fincasse allí. Y andando le dixo Gaudin: Hermano, porqué vades hacia el catafalco; yo cuydo que non se os miembra de la demanda en que por venir aqui os encontrasteis. Y el Conde le responde: Por mi amor dexedesme catar aquella virtuosa y exelente persona de la Emperatriz, porque quando estoy delante della, me paresce que soy fuerte tanto como una torre. Y diciendo estas palabras, tomó de un page una gruesa lanza y anduvo delante el catafalco. Y viendo esto los miradores estuvieron maravillados, puesto no habia un quarto de hora que salió de la batalla entre los españoles, aragoneses y sicilianos, hombres muy esforçados y valerosos, y aun aguardaba otra. Y viendo el Soldan que aquel cavallero era vuelto allí, encontinente pidió armas y cavallo. Y visto por Gaudin, él dixo á su compañero: Mas valiera que esperásemos aqui, ca el corazon me dice que nos veremos en mayor demanda que hoy nos encontramos, porque el Soldan se aparexa para venir. Y en el entremedio el Soldan ovo de montar á cavallo y tomó una senda lanza y salió; pero ya dexaba concertado con algunos de los sus cavalleros que si el de las armas blancas viniesse abaxo del cavallo, que saliessen prestamente y le dieran cruda muerte por la deshonra que fizo en hacelle retraer de la pelea. Y en esto el Soldan hubo salido y se fizieron seña él y el Conde que venian uno contra

otro, y dieron de acicates á los corceles y vinieron tanto furiosamente quanto podian correr. Y ansi que Gaudin vido á los cavalleros del Soldan que



se aparexaban, él tomó el yelmo y calógelo en la cabeza porque veia que su compañero habria sobras. Y el Soldan y el Conde se arremetieron con mucha furia, que el Soldan quebró la lanza sobre el escudo del Conde, y este hirió con tanta fuerza en el yelmo al Soldan, que le derribó del cavallo. Y quando el Soldan fue en tierra, su cavallo comenzó á huir por el campo, y el Conde como acomplido cavallero corrió tras él hasta lo alcanzar, tomóle y volviólo donde habia sido derribado el Soldan, y le halló de pié; y el Conde baxó del cavallo y le ayudó á cavalgar; y quando los cavalleros del Soldan vieron que su señor habia caido, vinieron muy denodados que parescia habian de lo meter á sangre y fuego sobre el Conde, y todos con ánimo de le matar. Y quando Gaudin su compañero vido tal descortesia, afloxó riendas al cavallo y vino para los cavalleros que ya empezaban á herir en el Conde, el qual se habia apeado para ayudar á cavalgar al Soldan; y Gaudin entró por medio dellos con tales brios que todos se apartaron. Y aina el Conde volvió á cavalgar con tanta alegria y destreza como si jamas se hallasse en aquellos tomares; y los dos compañeros, el Conde y Gaudin, cargaron tan réciamente sobre los cavalleros del Soldan, que á una buena parte dellos hicieron morder la tierra. Apres el Conde y Gaudin volvieron al mesmo lugar delante el catafalco, con ademan dispuesto y aparexado para qualesquier demanda; todo lo qual miraban los Reyes y la Emperatriz. El rey Corsolo dixo á los demas cavalleros: Nobles señores, bien avedes visto aquel paladin de las armas blan-

cas con qué ánimo y valentia ha derrocado al Soldan, y despús se defendiendo de aquellos que querian le dar muerte, y quanta cortesia ha usado con el Soldan en traergele el cavallo despues de vencido, le ayudando á cavalgar, y aun paresce que no ha hecho cosa según su condicion; que ahora quiere aguardar combatiente empuñada la lanza. Estonçe responde el rey Clausar: Vedredes qué hará los otros dias ca hoy es el primero, y por aventura mañana no podrá se levantar del lecho; y el Soldan es muy fuerte que otras vegadas se ha visto en tales torneos y siempre ha habido victoria, y soy cierto que él non se ha de fatigar en todos los tres dias; y de los cavalleros que entraron hoy en liza no quedará el postrero dia la quinta parte, porque algunos seran muertos ó malferidos y otros fatigados: y desta suerte yo creo que el cavallero de las armas blancas no hará cada dia lo que hoy.

En esto fueron dos horas pasado mediodia y en las iglesias comenzaron á tocar á vísperas, y prestamente los Reyes mandaron sonar trompetas y atabales paraque todo el mundo se dexasse del torneo, ca ansi estaba ordenado que á hora de vísperas se dexassen. Çedo los duques, condes, grandes señores y cavalleros ibanse para sus tiendas, y el Soldan se fue debaxo el catafalco, ansi como tenia vezado. Y el cavallero de las armas blancas se puso delante el catafalco mirando los Reyes y la Emperatriz. Estonçe dixo Gaudin á el Conde: todos los cavalleros se van, menos nosotros. Repuso el Conde: dexaldos ir, que nós fincaremos acá un breve espacio. Y Gaudin se llegó al Conde diciendo: Ciertamente, señor, si

ansi como hoy executais las armas los otros dias, yo tengo creido que vos habreis victoria en ese torneo; y hasta aquí os hube por compañero, mas de agora para en adelante quiero os reconoscer señor de mí. En estas razones el Conde volvió riendas al cavallo y fuese, y Gaudin siguiéndole con los sus pages por detras; y si con buen continente habian entrado en el campo, con mucho mexor habian salido. El rey Corsolo al ver que se iban, dixo á los



demas: Atended señores, con qué continentes se parten aquellos dos cavalleros que han sido los primeros en llegar hoy, y agora son los postreros en

salir del campo. Respondieron los reyes: que jamas habian visto cavallero el qual executasse las armas con tanto brio como el de las armas blancas. Mucho hubieron de enoxar estas razones al rey Clausar por la voluntad que tenia al Soldan, y por ende dixo: Vosotros vistes como el Soldan de Persia ha hecho perder por dos veces los estribos al Soldan de Babilonia? Responde el rey Corsolo: Y vos vistes como el cavallero de las armas blancas ha vencido por dos veces al Soldan de Persia? Estonçe todos los otros reyes dixeron á una voz que no habian visto en el campo mexor cavallero que era el de las armas blancas.





# CAPITULO XLIV.

Como despues de finido el torneo del primer dia, el Conde y su compañero se volvieron á la tienda, y como se hizo el torneo del segundo dia.

QUANDO el Conde y su compañero estuvieron fuera del campo, derechamente se anduvieron á la montaña donde á su arribo habian dexado la tienda y todo lo demas, y allí llegados los pages les desarmaron prestamente, y asohora pusieron las mesas y con gran reverencia echaron aguamanos al Conde y á su compañero Gaudin, y apres les sirvieron muchas maneras de viandas bien acondicionadas; y el Conde es-

tando ansi durmióse por sobras de cansancio y Gaudin le decia: Señor, despertad y yantad que apres dormir heis, y de no, mañana non vos será posible conllevar la queta de la batalla; y ansi cenaron con mucho regocixo. Tan luego como hubieron cenado, dieron recaudo á los cavallos y apres Gaudin dixo al Conde: Señor, vamos á dormir paraque mañana podamos madrugar y ser los primeros en el campo. El Conde repuso que era contento, y ansi fuéronse á dormir; y á la mañana Gaudin se levantó y despertó á los pages y fizo que aparexasen el almuerzo; y çedo fue á despertar al Conde, pero él estaba tan fatigado que no era posible y Gaudin le tiraba de las piernas diciendo: Señor, despertad ca es ya muy entrado el dia, y miembreseos de aquel que da buen concierto en las cosas, tambien es tenudo de las dar buen fin. Y á estas voces el Conde despertó y los pages le ayudaron á vestir y apres le armaron. Y luego fue aparexado el almuerzo, y en acabando ellos cavalgaron y tomaron cada qual una lanza en la mano, y Gaudin ordenó á los pages de como no dixessen la verdad á qualquiera quier por ellos demandasse. Y ansi se partieron de la tienda para la plaza, y Gaudin no llevaba puesto el yelmo hasta entrar en batalla, y el Conde llevaba siempre calada la viscera á este fin que nadie non le conosciesse; y por atal los cavalleros estaban mucho maravillados, ca ninguno solia se poner el yelmo hasta que era menester, y algunos decian al velle: Aquel es noble cavallero de gran fuerza, y no quiere que nadie sepa quien es. Y antes de llegar al campo oyeron sonar las trompetas y atabales, y Gaudin dixo

al Conde: Señor, agora salen los reyes que conducen la Emperatriz al catafalco. Y el Conde responde: Por amor de mí que nos demos prisa en llegar antes que la Emperatriz haya subido. Y assi anduvieron muy prestamente, pero ya la Emperatriz estaba en su asiento; y el rey Corsolo les viendo llegar dixo á los otros reyes, cavalleros y grandes señores: Helo allí aquel cavallero de las armas blancas, con qué compás y donayre tan gracioso se vie-



ne gallardeando, que paresce como si no haya tomado ningun afan ni penalidad, ca todo tiempo es el primero en entrar y el postrero en salir del campo. En esto el Conde se paseaba hasta llegar delan-

te el catafalco y fincó allí, y su compañero Gaudin dixo: Señor, vale mas que pasemos adelante, que allí encontraremos con quien justar, para no dar en los peligros que ayer fuimos. Repuso el Conde: Gaudin hermano, no querades me arrebatar este plazer y gloria en que estoy; ruegoos por amor vuestro y mio, me dexedes catar un poco aquella noble y exelente Emperatriz y los otros señores ilustrissimos reyes valerosos, y nobles cavalleros y altos señores que estan con ella; y todo esto decia por dar lugar á que saliesse el gran Soldan, á quien tenia mala voluntad por causa de haber ido á se apossentar tan cercano de la señora Melior; y llevaba propósito de le dar muerte si en alguna guisa podia, pero no de suerte que redundase en su afrenta. Y estando assi, Gaudin vido que el gran Soldan se armaba y que le habian aparexado una lanza delante la puerta del catafalco la qual lanza tenia una banderola bordada; y visto por Gaudin, él hubo temor de se encontrar en tales demandas como el dia denantes, y dixo al Conde: Señor, vamos de aqui pues veo quel Soldan se dispone para justar, y nos haran alguna traycion los sus cavalleros ansi como han costumbre. Repuso el Conde: hermano, dexedesme ver tan solamente quien es el cavallero aquel de la banderola tan gentil bordada; y diciendo estas palabras él se allegó paseando hácia el catafalco, pero jamas partió los oxos de su señora la Emperatriz pensando en lo que habia sido entre los dos, y cataba ansi mesmo á su cuñada Urraca, cuydando que á non ser por ella nunca mas hubiera salido de las sierras de Ardeña, dende esta-

ba en penitencia por la traycion que habia fecho á la Emperatriz. Y estando el Conde en estos pensamientos, el Soldan requirió el cavallo y cavalgó con animo denodado, y quando le vió Gaudin, él aparexó una gruesa lanza y mandó á un page que le ajustasse el yelmo, porque ya via que si el Soldan fincaba vencido sus cavalleros harian como de costumbre. Y en aquella hora ningund cavallero estaba aun levantado sino los españoles, los quales viendo que aquellos dos cavalleros se disponian para combatir, dixeron á su capitan que cavalgasse si queria ver los dos cavalleros mexores del campo, y el capitan respondió que sí. Y viendo ser el cavallero de las armas blancas, mandó que si habia menester su ayuda todos le acorriessen, y esto por la grande honra que les fizo el dia antes que los aragoneses y sicilianos les combatian. Y en tanto el Soldan salió del catafalco y andovo al encuentro del cavallero, y hecha la señal convenida asohora se alongaron uno de otro pifando los cavallos, y vinieronse encima con tan grande furia, y con tal ímpetu el Conde encontró al Soldan en la viscera, que le hizo caer sobre la grupa del cavallo; y la lanza del Soldan atravesó por debaxo el brazo del Conde, que este gela llevó al passar; y el Conde fue mucho alegre por haber quitado al Soldan la su lanza en que habia una banderola bordada con sus armas, y anduvó hácia el catafalco la llevando en la mano, y fizo presente de ella á la Emperatriz diciendo: Señora, acetad aquesta lanza por amor de mí, ca asaz me cuestan vuestros amores. Y la Emperatriz acetó la lanza muy graciosamente y ordenó que la subiessen al catafalco,



y los miradores se maravillaban cómo la habia tomado la Emperatriz; y viendo que todos fixaban en ella los oxos, fincó tan corrida que sino por vergüenza

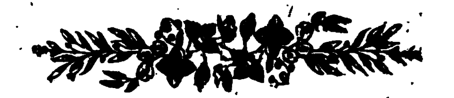
hubiera arroxado la lanza buen trecho lexos; y ansí mesmo llevaron á mal los miradores quel Conde se hubiesse de ella desprendido, ca por aquel medio pudiera se defender si otro algun cavallero venia contra él. Y en aquel entremedio, cient cavalleros de los del Soldan salieron del catafalco, todos lanza en mano, y entraron hácia el Conde para vengar las deshonras de su señor; y entonçe Gaudin dixo á los españoles: Señores, vamos allá para acorrer á aquel buen cavallero. Y dichas estas razones enristró la lanza y pifó el cavallo, y los españoles semexantemente; y en un punto arrollaron y desbarataron á los cavalleros del Soldan, en medio de los quales pugnaba el Conde, como toro bravo entre los alanos. Y apres el cavallero de las armas blancas tomó comiado de los españoles, les haciendo infinitas mercedes por la cortesia que acababan de usar con él. Todo esto miraban el rey Corsolo y demas, que estaban asombrados de las grandes fuerzas de aquel cavallero. Y Urraca pensando en las razones que él habia dicho quando presentó la lanza á la Emperatriz, vino á se membrar del Conde, porque verdaderamente á nadie tanto como á él habian costado los amoríos de su señora hermana, y ansi la dixo: Señora, yo estoy mala y quisiera me retraer un poco, y la Emperatriz respondió que andoviesse en buen hora; y Urraca se quitó y llamó á la donzella Persies que fuesse con ella, y ambas las dos se apartaron á un estremo del catafalco y Urraca dixo á la donzella: Entendiste las razones que aquel cavallero fabló á la Emperatriz, quando ovo entregado la lanza del Soldan? Responde la donzella: Señora,

bien he visto quando entregó la lanza, mas no entendí sus razones. Dixo Urraca: Bien las entendí yo y por ende creo será el cavallero que encontramos en aquellas montañas del reyno de Francia, el qual nós metimos en la nao, y apres quando yo estaba aqui se perdió, que non supimos nuevas dél. Oyendo esto la donzella, echóse á llorar y dixo: Plazca á nuestro Señor Dios que sea él. En esto la Emperatriz se volvió para ver á do era su hermana, y la vido que lloraba con aquella donzella, asohora dixo á los reyes: Señores, perdonesme que mi hermana está indispuesta, yo quiero andar á ver que es su mal. Y los Reyes dixeron que en buen hora anduviesse. Y ansi la Emperatriz anduvo alli do fincaba su hermana Urraca y demandó por qué causa lloraba. Y Urraca respondió: que si la perdonaba que decir ía la verdad. Estonçe dixo la Emperatriz: Hermana, vos non sabeis que qualesquier cosa fizierades os la ía perdonar, magüer todo el mi imperio ovissedes mancillado y destruido? Responde Urraca: Ciertamente señora, deciros he verdad. Sepades que yo hube al Conde Partinobles en mi castillo y aun no ha un mes, que de aquellos cien cavalleros que rescebiste vos, él era uno; y judgo que bien se os miembra de aquel que se cayó quando le tomastes la espada. Responde la Emperatriz, que bien se membraba. Apres dixo Urraca: Sabed cierto señora, que aquel era el Conde. La Emperatriz quando entendió quel Conde le habia estado tan cerca sin haber dello ningun sentimiento, de puro enoxo cayó mortescida en tierra, y Urraca la tomó en brazos porque los reyes no entendiessen el caso, y luego



hizo traer agua fria y le echó de ella por el rostro. Y recobrada algun tanto la Emperatriz, ella demandó á Urraca á do era el Conde; y Urraca responde: Sabed señora que entonçe no osé os decir que allí estuviesse, para no dar escándalo á los reyes y gran-

des señores los quales debian venir al torneo, y por ventura vos no aguardárais mas tiempo para os casar con él; y habiendo fincado en mi castillo con esta donzella la qual se llama Persies, él salió á pasear y se despareció que non le vimos mas; y yo creo segun las palabras que fabló el cavallero de las armas blancas quando os presentó la lanza, he pensado que él es el Conde que tanto amais. Lo qual sabido de la Emperatriz, ella fincó algo conhortada y dixo: Hermana, á nuestro Señor Dios plazca que aquel tan esforçado cavallero de las armas blancas sea el Conde. Y en estas razones ellas se quitaron de aquel lugar y volvieron al acostumbrado paraque los reyes no hubiessen sentimiento de lo caescido; y la Emperatriz dixo á Urraca que demandasse al rey Corsolo si conoscia aquel cavallero, y Urraca demandógelo, y el rey dixo que nó, pero que él saberlo ía; y Urraca tornó la respuesta á la Emperatriz, que todo tiempo se estaba catando al cavallero de las armas blancas, y tomaba grande plazer viendo las muchas fazañas que hacia. Y estando en esto tocaron á vísperas. Çedo los Reyes mandaron que las trompetas y atabales sonassen, y ansi fue hecho que en aquel mesmo punto todos los cavalleros se departieron. Y cada qual se anduvo para su tienda, ca tenian grandes deseos de cenar; pero el Conde y su compañero siempre querian ser los postrimeros. Y los Reyes tomaron á la Emperatriz con muy grandissima reverencia y la llevaron á sus palazios, y con toda aquella honra y pompa como tan alta Señora se requiere.



# CAPITULO XLV.

Como despues de finido el torneo del segundo dia, el Conde y su compañero regressaron, y como se hizo el torneo del tercer dia.

Ablemos ahora del Soldan el qual estaba apossentado so el catafalco de la Emperatriz y los veinte reyes que vinieron con él, y los cavalleros que eran sus vassallos estaban hablando de la batalla, y el rey Herman dixo al Soldan: Señor, os suplico que mañana me dexedes justar con el cavallero de las armas blancas ca yo he grande enoxo de la deshonra que él vos hizo. Responde el Soldan: Yo soy contento que

justedes con él, pero conviene que hagais oracion á Mahoma, que os dé victoria contra aquel tan fuerte cavallero. Y asohora el rey Herman se puso en oracion.

Y á la madrugada que ya empezaba á asomar el dia, Gaudin se levantó y despertó á los pages que aparexassen el almuerzo, y aparexado que fue anduvo á llamar al Conde, el qual dormia tan fuerte por causa de la fatiga passada que non podia le despertar. Y Gaudin comenzó á le tirar de las piernas y estonçe despertó; y prestamente los pages le vistieron y armaron, y luego que fue armado del todo sino la espada y el yelmo, ellos se assentaron á almorzar con grande plazer, y Gaudin le servia siempre en la mesa, no olvidando jamas de le suplicar que se esforzasse en haber victoria del postrer torneo. Y quando hubieron bien ronzado y almorzado, ellos montaron á cavallo y tomaron sendas lanzas en la mano, y antes que se partiessen Gaudin ajustó el yelmo al Conde, paraque si alguien encontraban por el camino non le conosciessen; y andando, ellos sintieron las trompetas y atabales que acostumbraban tocar quando la Emperatriz salia á la plaza; y en esto el Conde y su compañero dexaron la montaña y se encaminaron al campo. Y en le catando el rey Corsolo, él dixo á los demas Reyes: Helos, helos por do vienen con ánimo denodado el noble paladin de las armas blancas y su compañero; y los restantes cavalleros aun dormian. Mucho plazer daban estas razones á la señora Emperatriz, y todo tiempo rogaba á Dios que aquel acertasse á ser su amado Partinobles. Y en esto los cavalleros vinieron al

campo y dieron una carrera por allí, y apres se detuvieron delante el catafalco y Gaudin dixo al Conde: Señor, vamos de aqueste lugar, que alguna traycion amagan los cavalleros del Soldan. Repuso el Conde: No hayais miedo que aun no se levantaron, y desde aqui vedredes á todos como saldran al campo. Y assi discurriendo, Gaudin vido sacar una lanza del catafalco y la colocaron delante la puerta, y apres vido salir un cavallero muy bien armado el qual era el rey Herman, y al salir tomó la lanza. Viendo esto Gaudin, él avisó al Conde que un cavallero venia para yuso, y el Conde se volvió y encontinente el rey Herman le fue al encuentro y firió en él con tanta furia que la lanza se hizo quatro pedazos, pero el Conde no se movió mas que si fuesse una torre; y contrariamente él hirió al rey



Herman sobre la babera con tal violencia, que le hizo caer por las ancas del cavallo, y dió de cabeza en el suelo de suerte que no podia se menear; y el cavallo huyó al traves del campo. Y quando el noble Conde vido al cavallero por tierra, él corrió detras del cavallo, y le cogió; y apres salieron algunos ca-

valleros del catafalco y llevàronse consigo al dicho rey Herman cuydando estaria muerto; y viendo los Reyes la gran fuerza del Conde, dixeron que ciertamente en todo el universo mundo no habian visto tan denodado cavallero como aquel. Responde el rey Corsolo: ciertamente yo quisiera saber quien es, por ende enviaré un escudero á gelo demandar. Y çedo mandó llamar un escudero y le envió al campo paraque demandasse al cavallero de las armas blancas quien era y de qué parte, y el Conde respondió: Decid al señor rey Corsolo que yo soy christiano y soy del reyno de Francia, y que me haya perdonar que no le diré mi nombre porque juré de non lo decir. Y el escudero se volvió con esa respuesta y dixo al rey Corsolo en presencia de los demas y de la Emperatriz, la qual oyendo decir que era del reyno de Francia fue alegre en estremo, y vuelta á Urraca fizo un grande sospiro, y de aquella hora en adelante siempre rogaba á nuestro Señor Dios que diesse victoria al cavallero de las armas blancas. Y en esto el rey de Francia y sus cavalleros, se combatian con los cavalleros alemanes. Y viendo el Conde que los de Francia se retraian por un arenal, el corazon non gelo pudo conllevar y prestamente hizo determinacion de acorrelles magüer estaba malquistado con el rey de Francia. Y ansi á los gritos de *S. Luis!* él y su compañero Gaudin pifaron los cavallos y anduvieron allí donde se hacia la batalla de los franceses con los alemanes, y llegados arrollaron de tal suerte á los alemanes, que todos los miradores fincaban asombrados. Y viendo esto los franceses, mucho se alentaron y con gran

denuedo firieron en los alemanes que forzado les fue huir por un rio arriba, y siempre les iba á los percançes el cavallero de las armas blancas; y en este encuentro murieron de los alemanes docientos, ca en el vado del rio se anegaron paso mas de ciento. Y departidos que fueron, el rey de Francia fizo grándes mercedes al cavallero de las armas blancas y á su compañero, y tomó comiado dellos. Y todos los Reyes judgaron de valiente al cavallero de las armas blancas. Estando en esto, el Soldan y el rey Herman concertaban so el catafalco de que manera podrian le dar muerte, y por ende dixo el rey Herman: Señor, aqueste mal cavallero busca por todos modos la deshonra de vuestra señoria. Repuso el Soldan: Y acaso no os deshonró á vos al derribaros del cavallo? Estonçe el rey Herman dixo: Señor, sed cierto que yo os daré cuenta dél y comoquier trataremos entre nusco una çelada para le matar, y assi vos podreis salir firiendo en él, y luego que venga para vos yo entraré de lado y meteréle la lanza por el cuerpo, y desta suerte matarle hemos. Entendiendo el Soldan este consexo, fue muy contento que se hiciesse de aquella manera, y prontamente él tomó una lanza y salió á la puerta del catafalco. No bien le cató Gaudin, él dixo á su compañero: Ved señor al Soldan que está á la puerta del catafalco, pronto á venir sobre vos armado de todas armas. Y el Conde respondio: Eso yo espero. A estas palabras el Conde dió de espuelas al cavallo y corrió hácia el Soldan, y el Soldan semexantemente vino para él; y en tanto Gaudin vido que el rey Herman se adelantaba con ánimo de matar al

Conde traydoramente, y asohora gritó: Guarda, señor, que otro cavallero viene para os matar con alevosía; lo qual oyendo el Conde dixo al Soldan: Haced como buen cavallero. Entonçe el Soldan alzó su lanza y non quiso le ferir, puesto que la traycion estaba descubierta y fuérale muy mal contado, por ende se retraxo al catafalco; y el Conde volvió el cavallo y anduvo contra el rey Herman lanza en ristre, y el Rey ansimesmo vino hácia el Conde, y dieron entre sí tan fiero encuentro que el Rey quebró la lanza en menudicas piezas, y el Conde le firió en los pechos traspasando sus armas de parte á parte, en tal guisa que una braza de lanza le salió por las espaldas, y cayó en tierra muerto. Y quando los miradores vieron que el rey Herman era fenescido, todos dixeron que bien ganado se lo tenia, por la gran fechoria que habia cometido en contra del conde Partinobles; y la Emperatriz y Urraca y el rey Corsolo, y todos quantos querian bien al Conde, fincaron muy alegres por la victoria habida en aquel traydor. Y ansi mesmo estaban por ello muy enoxados todos los que tenian voluntad al rey Herman, á saber el Soldan, y el rey Clausar y algunos otros cavalleros. Y en esto el Soldan estaba á la puerta del catafalco mirando al Conde y á Gaudin, que se paseaban por el campo muy asoberbentados, ca no encontraban quien quisiesse les combatir, pues todos habian cobrado tal miedo al cavallero de las armas blancas que no osaban le se poner delante. Y estando ansi, comenzaron á tocar á vísperas, y çedo los Reyes mandaron sonar trompetas y atabales paraque todos se dexassen del




torneo. Y oyendo el Conde que las trompetas sonaban, fue muy airado porque le parescia que aun no hubiesse hecho cosa, antes cuydó que el Soldan dexaba hechas mas fazañas que él; con estos pensamientos volvióse y vido al Soldan estar á la puerta del catafalco, y con presteza enristró la lanza le embistiendo; y semexantemente el Soldan pifó su cavallo contra el Conde y de grandissima furia se encontraron, que las lanzas se quebraron por en medio; y el Soldan vino al suelo tan malparado que á no estar los suyos á mano para prestalle ayuda,

jamas se levantara del terrible enqüentro; y quando el Conde vido que se llevaban ansi á su enemigo, descavalgó y tomó una gruesa lanza de manos de un page, y corrió hácia el catafalco con grande coraxe; y alli estuvo delante la puerta que á nadie no dexó salir, y los de dentro se esforçaban en le apartar de allí, pero él se puso tan fiero que parescia un leon, y las trompetas no çessaban de sonar paraque de allí se alongasse. Estonçe los Reyes descendieron del catafalco con la Emperatriz é hicieron apartar de allí al Conde. Y asaz mohino el Conde tornó á cavalgar y miró por todo el espacio del campo y á nadie vido sino á su compañero Gaudin, y los dos ambos hicieron reverencia á la Emperatriz. Y ansi se andovieron á la tienda, y en-



contrando aparexada la cena ellos cenaron con mucha alegria, y en habiendo cenado Gaudin dixo al Conde: Señor, forzado nos será madrugar paraque asistamos al juicio del torneo, y yo creo verdaderamente que vos sereis emperador, ya que con tan-

to trabaxo lo ganastes. Responde el Conde: Yo he andar primero por otro negocio, ca presté sacramento y homenage á la reyna Ansias que luego de finido el torneo volveria de cierto en su potestad, y esto porque ella me sacó de la prision para venir aquí. Gaudin dixo: Señor, vamos pues, que yo fincaré allá en la prision en vuestro lugar, y vos tornareis acá para saber la deliberacion del torneo.





# CAPITULO XLVI.

Como transcurridos los tres dias del torneo, el Conde se volvió á la cibdad de Damasco segun dexó prometido á la reyna Ansias, y de la division que habia entre los reyes del imperio.

La mañana siguiente el Conde y Gaudin alzaron la tienda y quanto habian, y encontinente se partieron derechamente á la cibdad de Damasco segun el conde Partinobles habia prometido á la reyna Ansias; y en esto los Reyes que eran judgadores del torneo, vinieron á los palazios de la señora Emperatriz para declarar qual fuesse el mexor cavallero, y tras de muchas altercaciones declararon por los mas señalados en

el torneo á solos dos cavalleros, es á saber, el de las armas blancas y otro sí el Soldan de Persia. Y luego de hecha la deliberacion, mandaron venir al Soldan y al cavallero de las armas blancas, y asohora el Soldan se pressentó, y apres fueron en busca del cavallero primera, segunda y tercera vez, y nunca pudieron dar con él. Estonçe el rey Clausar gritó diciendo que puesto no encontraban al de las armas blancas, que diessen á la Emperatriz en muger á ese Soldan de Persia, ca mas aventaxado cavallero non lo hay en todo lo descubierto de la tierra, ni otro alguno á quien mexor ataña de ser emperador que al gran Soldan. Lo qual oyendo el rey Clausar, fue muy felon y dixo: Mucho me maravilla que ansi querades mancillar al cavallero de las armas blancas, ca bien sabedes que non ovo cavallero en el torneo que atales valentías como él ficiesse, pero yo no he consentir que la Emperatriz tome marido fasta tanto que sean transcurridos los treinta dias que él tiene de plazo para cumplir, y si en todo él no fuere llegado, estonçe haremos lo que sea de justicia. Y grata fue esta determinacion á los castellanos y franceses, quienes con vehementes deseos esperaban conoscer al cavallero de las armas blancas.

Agora tornemos á hablar del buen conde Partinobles y de su compañero Gaudin, los quales llegados á la cibdad de Damasco, éntrando vieron los portales tendidos de ropas negras y las calles ansimesmo enlutadas, y yendose para al palazio de la Reyna sintieron grandes lamentaciones y llantos, y esto era por causa de la muerte del rey Herman

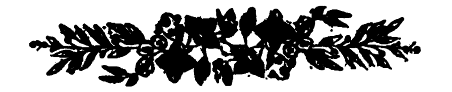
al qual el Conde hubo de matar en el torneo; y á la entrada del palazio los cavalleros descavalgaron, y el Conde subió en somo, y entró en el retraimiento de la Reyna la qual hacia triste duelo y estaba vestida de negro, y el Conde se afinoxó á las sus-




plantas diciendo: Señora, acá soy venido por el sacramento y homenaxe que os presté, y por atal yo soy contento de volver á la prision segun mi prometimiento. Responde la Reyna diciendo: Cavallero muy virtuoso, vos hiciste como debiades, empero ya que la ventura quiso que mi señor marido haya muerto en aquese torneo, yo soy contenta de os soltar, ca no habrá mas prisioneros en mi reyno; y mas quiero, que las armas y cavallo que os presté

quando de acá os partiste sea todo vuestro, y os otorgo libertad franca que andedes do quier. Y como el Conde entendió que la Reyna era contenta de le soltar del cativerío en que estaba, él fue muy alegre y afinoxóse á las sus plantas y besó la su mano, y apres tomó comiado della; pero bien cuydaba en sí mesmo que si la Reyna supiesse á cuyas manos fenescido habia su marido el rey Herman, non le otorgara licencia de aquella suerte. Y prestamente el Conde y su compañero Gaudin cavalgaron y partieronse de la cibdad, y vueltos al monte do solian tener la tienda mientras se hacia el torneo, allí mesmo se aposentaron por aquella noche. Y en el discurso de ocho dias ellos andovieron y regressaron de la cibdad de Damasco.





# CAPITULO XLVII.

Como vuelto el Conde de la cibdad de Damasco y libre del cativerio, andó á ver la determinacion que harian los Reyes sobre el torneo.

La mañana siguiente el Conde se levantó que no fue menester le despertaran, antes él hizo ansi con Gaudin su compañero, el qual dixo: Señor, paresce que ahora no os han despertar puesto debeis de andar á la deliberacion, pero quando se trataba de ir al torneo bien era necessario que yo os tirasse de las piernas antes que despertarais; y todo esto decia Gaudin de burlas, y ansi ellos se vistieron y ya los pa-

ges habian aparexado el almuerzo, y Gaudin demandó al Conde si irian armados, y el Conde respondió que sí. Y çedo ellos se armaron y apres sentaronse á almorzar, y acabando ellos cavalgaron ca los cavallos ya estaban aparexados; y Gaudin dixo al Conde: Señor, no os caleis el yelmo puesto que non habedes de entrar en batalla. Responde el Conde: Hermano, non ho restaños ni sederías con que me ataviar, y si era caso que acerca la dicha eleccion se levantasse algun pleyto, valdrá mas que vamos armados. Y dichas estas palabras, Gaudin le encaxó el yelmo y fuéronse para el castillo donde los Reyes tenian consexo todos los dias, y el rey Corsolo siempre miraba por unas ventanas si veria salir al cavallero de las armas blancas por el lugar que tenia vezado quando se hacia el torneo. Y viendo aquel dia que llegaba, el rey Corsolo començó á gritar á los otros reyes que saliessen á mirar al cavallero de las armas blancas como venia, y mandó que todas las trompetas y atabales le saliessen rescibiendo, y los franceses salieron afuera para hacelle mas honrado, y en el mesmo orden todos le escoltaron hasta el palazio y le apressentaron delante los Reyes y la Emperatriz, la qual con grandissimos deseos esperaba su venida por saber si era el Conde ó non, y pressentado que fue, el rey Corsolo dixo á los demas que puesto era ya llegado el cavallero, que declarassen qual seria emperador, y que á él le parescia ser el de las armas blancas el vencedor del torneo, y por ende él, que non otro, merescia ser emperador. Respondieron los otros Reyes, que hiciessen salir al cavallero del re-

traimiento y apres cada qual diria su parescer, y ansi fue hecho que sacaron á el Conde del retraimiento y le entraron en una sala que era muy bella, y el Conde se assentó á unas ventanas con su compañero Gaudin, y desde allí vieron al gran Soldan que iba se paseando en torno de una plaza con diez y nueve reyes que iban en su compañia todos ricamente engalanados. Y estándose ansi el Conde mirando al Soldan, todos los Reyes del imperio retraidos en la cámara altercaban sobre la declaracion. Y asohora el rey Clausar se alzó diciendo que mucha mas ventaxa les redundaria en que el Soldan fuesse emperador, y esto por ser muy esforçado cavallero y señor muy principal, y por aventura el cavallero de las armas blancas seria de vil condicion, y que ansi mucha deshonra fuera en ser él emperador. Oyendo el rey Corsolo estas razones, prestamente se levantó y anduvo á la sala do estaba el Conde y le dixo: Noble cavallero, rogaros he diguedesme el vuestro nombre y de donde sois y de qual linage. Responde el Conde: Señor, sepa la vuesa Altaneria que yo soy natural del reyno de Francia y á mí llaman Partinobles, y soy conde y señor del castillo de Bles, y sobrino soy del rey de Francia; y esta es la verdad de lo que me pedís. Quando el rey entendió ser de tan alto linage, él fue muy alegre y entró en el retraimiento do fincaba la Emperatriz con los otros reyes, y allí placeramente y ante todos les narró quanto el Conde habia dicho. Y entendiendo la Emperatriz y Urraca que aquel era el tan anhelado Partinobles, estuvieron muy alegres y placientes; pero tenian grandes

deseos que fuesse él verdaderamente, que aun no podian dar crédito á sus sentidos, y ansi mesmo todos los reyes llevaban hecha deliberacion de elegir por marido de la Emperatriz al cavallero de las armas blancas, sino que el rey Clausar no lo queria consentir, antes decia que aun siendo aquel sobrino del rey de Francia ó Conde, que no era por ende merescedor de ganar el imperio tanto como el gran Soldan. Y sobre esta porfía estuvieron el rey Corsolo y el rey Clausar asaz mas de una hora y passaron muchas razones entre los dos.





# CAPITULO XLVIII.

Como los reyes del imperio determinaron que la Emperatriz eligiesse marido uno de los dos (es á saber) el Conde ó el Soldan de Persia, y como ella eligió al conde Partinobles.

Quando los Reyes del imperio vieron la gran division que habia entre el rey Corsolo y el rey Clausar, ellos rescibieron grandissimo enoxo, y por atal se retraxeron á una cámara los cinco que eran imparciales, bien que ya reconoscian al cavallero de las armas blancas por el mas valeroso, y que dexaba hechas mas fazañas quel Soldan. Mas porque el rey Clausar defendia al Soldan y queria contra toda razon que

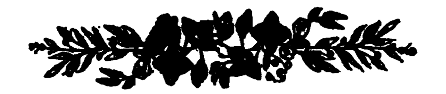
fuesse emperador, por ende establescieron á fin de escusar guerras y malas qüerencias que se hiciesse en esta guisa, á saber: que antecogiessen al Soldan y al cavallero de las armas blancas y los dos juntos los pressentaran á la Emperatriz, la qual tomaria marido al que le viniesse en grado; y esta deliberacion hecha, ellos gritaron al rey Corsolo y al rey Clausar y les mandaron entrar en dicha cámara y allí les narraron la su determinacion. Y oido esto por los dos reyes, fueron muy contentos que de aquella manera se hiciesse, y todos prestaron jura de non lo contradecir hasta tanto que la Emperatriz eligiese aquel que mas en grado le vendria. Y ansi hecha esta concordia, los Reyes mandaron que los dos cavalleros, esto es, el Soldan de Persia y el conde Partinobles, viniessen á la sala delante la Emperatriz. Y luego de venidos, los Reyes salieron de la cámara y se afinoxaron á los pies de la Emperatriz diciendo: Alta y poderosa señora, hase deliberado entre nós, en vista de la grande valentia y fuerza destos dos nobles cavalleros, que siendo entrambos merescederos de mucha honra, hemos venido en declarar que la vuesa Altaneria haga escogencia y eleccion de uno de los dos, ca nós somos contentos de rescebir al escogido por emperador y señor nuestro natural. Y dichas estas razones, todos le tomaron la mano á besar y se levantaron de pies, y fizieron venir los dos cavalleros ante ella. Y entendiendo la Emperatriz aquella determinacion de los dichos reyes, ella fue muy alegre puesto era libre de escoger á su amado Partinobles, magüer aun dubdaba que fuesse él ca no


TORNER

podia ver el su rostro, pues todo tiempo llevaba calada la viscera; y para salir de suspicion ella llamó al rey Corsolo y le ordenó de como hiciesse quitar el yelmo al cavallero pues queria ver la su faz; y el rey Corsolo encontinente se llegó al Conde y le quitó el yelmo, y el Conde fincó descubierto con sus cabellos y rostro muy placiente y fresco qual rosa, y en le catando la Emperatriz ella le conosció por ser el que con tantas veras deseaba. Y estando ella ansi, dióle un temblor en las piernas que á buen seguro se cayera sino por Urraca que la sostenia. Y estonçe cobró esfuerço y se levó de pies, y anduvo hacia los çavalleros que estaban ante ella de hinoxos, y andando, todos los miradores creian que tomaria al Soldan porque iba muy ricamente ataviado, mas ella sin curarse de riquezas, tomó á el Conde de la mano, y vuelta á la silla le fizo sentar á su lado. Y quando los Reyes vieron que habia tomado aquel, todos apoyaron su eleccion. Y prestamente sonaron las trompetas y celebraron las mayores alegrias que jamas se hiciessen: y todos los reyes besaron las sus manos y le hicieron mucha honra, ansi como á tal emperador pertenesce. Y todos los grandes señores que eran venidos al torneo tomaron mucho deporte sino el Soldan, el qual se partió con mucho enoxo por no haber conseguido lo que tan á pechos solicitaba. Y el novel Emperador rogó á los franceses y castellanos que non se anduviessen, y ellos fueron muy contentos y allí permanescieron hasta celebradas las bodas. Y duraron las fiestas quince dias, en cada uno de los quales se hacian justas y jugaban cañas, y tambien co-

rrian toros, y muchas otras alegrias que hacian los cavalleros del imperio y cavalleros franceses y castellanos; ca todos se tenian por bienhadados en tener al novel Emperador.





# CAPITULO XLIX.

Como apres que Partinobles fue elegido emperador, Gaudin se hizo christiano y fue casado con la donzella Urraca, y el Emperador le hizo gran señor.

TORNEMOS ahora á decir del buen cavallero Gaudin, el qual estaba muy alegre de la prosperidad de su compañero Partinobles. Y luego de transcurridas las fiestas, Gaudin deliberó demandar licencia al Emperador para volver á su tierra; y estándose un dia los dos hablando de muchas cosas, él dixo: Ilustre y exelente señor, puesto que ya fuiste promovido á aquel grado que os pertenesce, suplico á vuestra señoria le plazca de me dar licencia para que pueda tornar á mi tierra. Responde el Emperador: Especial amigo y hermano, acaso ignorais que quanto vos deseáredes non vos seria negado; mas si queredes me otor-

gar lo que yo os diré, hacerme heis grande servizio. Responde Gaudin: Serenissimo señor, yo soy muy contento de hacer todo quanto la vuestra Magestad ordenare. Y quando el Emperador entendió que Gaudin era contento de todo, él le rogó que se hiciesse christiano; y Gaudin por el grande amor que tenia al emperador Partinobles, fue contento de se hacer christiano. Y al otro dia el Emperador le llevó á una iglesia, y allí bautizaron á Gaudin siendo padrinos suyos el Emperador y su esposa la Emperatriz; y pusiéronle nombre Julian. Y apres todo tiempo permanesció en la corte de Partinobles y fizo muchas valentias, y fue varon de muy santa vida; por lo que viendo el Emperador su buena crianza y la santa vida que hacia, deliberó de le dar por muger á su cuñada Urraca, y otro si, para satisfacer á cada qual los servizios que prestado le habian, otorgóles muchas rentas, villas y donadíos en el imperio á ese fin de que pudiessen vivir honestamente segun su estado; y á nuestro señor Jesu-Christo, por efecto de su infinita misericordia plogo de les conceder fecunda prole en hijos é hijas, los quales por ser bien nudridos y administrados en la santa Fe catholica fueron colocados con otros príncipes christianos, passando de esta mísera vida á poseher la gloria eterna del Paraiso; la qual nuestro señor Jesu-Christo Salvador de todo el mundo, por efecto de su sólita clemencia quiera nos otorgar, Amen.

FIN DE LA HISTORIA.



# ÍNDICE.


FIN.

